

ERIDANIA J. REINOSO



EL PRECIO DE

Andrea

Ella fue tras un sueño y ahora es
parte de la mercancía

Eridania J. Reinoso

El Precio de Andrea

Ella fue tras un sueño y ahora es parte de la mercancía

Copyright © 2019 Eridania J. Reinoso

Fotografías: [andreas160578](#) y [Gustavo Rezende](#) en [Pixabay](#)

Corrección de estilo: **Juan Galván, sociólogo y escritor**

Corrección Ortotipográfica: **Lidia Alcántara Ivars, MC**

Todos los derechos reservados.

ISBN: **978-9945-8-0681-6**

Contents

[Dedicatoria](#)
[Agradecimientos](#)
[Advertencia](#)
[Prólogo](#)
[Comentarios](#)
[Con destino a París](#)
[Bienvenida a París](#)
[Nueva realidad](#)
[Vendida](#)
[Las reglas del juego](#)
[Huir o morir](#)
[Giordana](#)
[Atrapadas](#)
[Alika](#)
[Ayúdame a escapar](#)
[Libre](#)
[Stella Night Club](#)
[Eva](#)
[Encuentro inesperado](#)
[Salven a la niña](#)
[El precio de la libertad](#)
[¿Quién es Marcello?](#)
[Tiempo de sanar](#)
[Testimonios](#)
[De vuelta a casa](#)
[Epílogo](#)
[Hablemos de Trata de Personas](#)
[Bibliografía](#)
[Webgrafía](#)

Dedicatoria

A todas las supervivientes de trata y tráfico de personas, a aquellas que permanecen esclavizadas
y a las que han pagado con su vida.

Agradecimientos

En primer lugar doy gracias a Dios y luego a mi familia, como también a todos aquellos que han colaborado para que esta novela sea una realidad.

Advertencia

Esta novela, aunque pertenece al género de la ficción, toma elementos de la cruda realidad de las personas que son víctimas de trata y tráfico humano, y su contenido puede herir la sensibilidad del lector. Léase de manera responsable, reflexiva y como instrumento de prevención.

Prólogo

La literatura tiene un papel importante para la sociedad y el quehacer filosófico de los pensadores. Por medio de ella, el hombre busca una proyección para sentirse mejor, y por medio de la poesía, el cuento y la novela se siente la presencia del ser humano. La novela es una obra literaria donde se narra una acción fingida en todo o en parte y su objetivo es causar una belleza estética, la misma tiene su precedente en la antigüedad. Por tanto, la novela se distingue por su carácter abierto, capaz de hacer sentir a las personas como si estuviesen en ella.

En esta historia encontramos a una joven de barrio con un intenso deseo de progresar y viajar a París. Eridania nos cuenta cómo tantas jóvenes llegan a la desesperación por ser engañadas por familiares y amigos. Es una historia que se repite una y otra vez, pues la trata de personas es un mal que afecta a la humanidad, un delito que tiene como finalidad la explotación de las personas en diversas actividades y una de ellas es la sexual.

La historia de este delito es amplia y se remonta a la comercialización de mujeres africanas e indígenas como mano de obra, servidumbre y como objeto de satisfacción sexual. El término de Trata de Blanca se generó a partir de la primera guerra mundial, en donde mujeres europeas de piel blanca eran captadas y transportadas a otros países e incluso otros continentes, siendo utilizadas como esclavas y vendidas como concubinas y servidoras sexuales en redes de prostitución y puestas en una vitrina para la venta. La República Dominicana no se ha quedado atrás en este problema mundial.

La novela de Eridania nos habla de una joven llamada Andrea que no estaba conforme con su vida. Su madre trabajaba como empleada doméstica, pero Andrea quería más de la vida y soñaba con ganar mucho dinero trabajando honradamente. Una amiga le habla de un empleo en el extranjero y ella se siente contenta y comienza a realizar los trámites para lograr sus sueños. Cuando por fin llega a Francia las cosas iban muy bien, hasta que todo cambió y el encuentro con su amiga de infancia la llevó a una nueva vida. Andrea vive el proceso que sufren cientos de jóvenes que son sacrificadas por personas sin escrúpulos, que sólo quieren hacerse ricos al costo que sea.

En esta novela la autora incide en el plano emocional de los protagonistas, consiguiendo que el lector conecte de forma emocional. Eridania entra en el mundo de la escritura por la puerta grande, ya que su novela toca un tema de puro interés mundial, con una protagonista cercana a la realidad que vive y que tantas personas se identifican, ya por vivirlo o por alguien muy cercano. Te recomendamos encarecidamente esta lectura.

Aurelia Castillo

Escritora dominicana

Presidente de la Coalición Cultural y Literaria de San Pedro de Macorís

Comentarios

Claudio Cordero

Director Técnico de la Fiscalía de San Pedro de Macorís

La novela «El Precio de Andrea», está desarrollada en un espacio muy cierto, en cuanto al mundo de la Trata de Personas, pues, para que un hecho sea delito, debe de existir una ley que lo sancione. En República Dominicana, la ley 137-03 es la que persigue el crimen de Trata de Personas y Tráfico Ilícito de Migrantes.

La historia es narrada en primera persona y es la misma Andrea quien nos cuenta lo que le va ocurriendo. Desde sus sueños, sus motivos, lo que quería lograr hasta la pesadilla que vivió. Es la realidad de muchas víctimas de este delito, que se van para tener una mejor vida y se autoevalúan y autoemocionan, esperando cosas que no llegarán.

El porcentaje de mujeres víctimas de Trata ha aumentado en el último año. Hay mucho más trata y denuncias hoy, que ayer, pero aún falta más voluntad de las víctimas para denunciar y de la población, de la comunidad y de las autoridades de darle seguimiento.

Esta novela nos ayuda a adentrarnos en cómo piensa una víctima antes, durante y después de recibir los embates de esta dura realidad. Si las personas leyeran «El precio de Andrea», pudieran ver que nada que llegue fácil es porque es bueno o real y así saben lo que viven las víctimas y, peor aún, lo que les hacen. Por lo que, conociendo todo esto, es poco probable que se vean afectados, porque la historia describe el violento y deshumanizante escenario de las víctimas.

Me resta felicitar a Eridania Reinoso, quien investigó, se trasladó al mundo en el que se desarrolla este crimen y lo expresó en su novela «El precio de Andrea».

Lidia Alcántara Ivars, M.C.

Defensora de los Derechos de los Migrantes

«El Precio de Andrea» es una novela actual, ágil, profunda, fascinante, llena de frescura y color, de vida y de dolor, de esperanzas y desdichas... como la vida misma. Está escrita de tal manera que es imposible no meterse en la escena, ni dejar de leerla hasta el final...

En una sociedad como la que nos está tocando vivir, en la que no se respeta la vida humana y se trafica con lo más sagrado, esta novela nos permite penetrar en los sentimientos que viven tantas mujeres –¡y tantos niños, adolescentes, jóvenes y adultos!– que son cosificados, usados, esclavizados...

Ojalá la lectura de «El Precio de Andrea» nos haga ser más conscientes del respeto que deberíamos tener ante la realidad sagrada que es cada persona y apostar por redes de vida en vez de por redes de muerte. Gracias, Eridania, por este regalo que haces a nuestra sociedad.

Con destino a París

Día uno

Aeropuerto Internacional de las Américas,
Santo Domingo, República Dominicana.

Deseándome buen viaje, la asistente me entrega mi pasaporte. Camino firme y decidida por el pasillo sin mirar atrás. No quiero hacerlo. En este momento lo más importante es lo que tengo delante, el mundo que se abre radiante ante mi mirada expectante. Abordo el avión. Coloco mi pequeña maleta en el lugar indicado y me arrellano en el asiento junto a la ventana. Estoy muy nerviosa porque mi vida está cambiando drásticamente. Visualizo con una sonrisa en los labios las nuevas oportunidades y los muchos billetes que tendré en mis bolsillos, con los cuales sacaré a mi madre de aquel miserable barrio y jamás tendrá que trabajar de chopa^[1] en una casa de familia.

Me detengo a pensar en ella. Sus ojos estaban llenos de lágrimas cuando nos despedimos en la puerta que separa a los que se van de los que se quedan. Me dijo que aún estaba a tiempo de olvidarme de este viaje, que tenía un mal presentimiento con respecto a él. Yo pienso que ella necesita abrir sus horizontes mentales y pensar en grande. Ahora no me comprende, pero llegará el día en que lo hará.

Por un lado, la entiendo. Sin embargo, mi deseo de tener más de la vida es superior y quiero demostrarle que voy a obtener más de lo que ella ha conseguido. Es cierto que estoy muy agradecida de todo lo que mi madre me ha brindado con los escasos recursos de su trabajo, pero siento que merezco más.

La vida empieza a sonreírme. Toda una vida de mediocridades llegó a su fin en el momento en que puse un pie en este avión con destino a París, Francia. Y pensar que apenas la semana pasada asistí a mi última clase en la UASD^[2]...

Estaba en mi segundo semestre de la carrera de psicología clínica y con esos pocos semestres sabía que me gustaba la profesión; pero en mi país no es sencillo ganar buen dinero ejerciéndola. Así que para mí terminarla no valía la pena, cuando podía obtener mejor remuneración económica haciendo otras cosas en un país con mayores ventajas y beneficios.

Aún recuerdo lo aburrida que estaba en aquella clase. No entendía ni lo más mínimo de lo que explicaba el profesor de estadística descriptiva. Mi mente fantaseaba con la nueva vida que iba a tener y sólo había asistido hasta el último momento por petición de mi mamá, pues ella guardaba la esperanza de que me arrepintiera de hacer este viaje y repetía continuamente que se había soñado que no debía irme.

—Señorita Rivera, ¿le aburre lo que estoy diciendo? —recuerdo escuchar al profesor—. ¿Puede repetirme lo que acabo de decir?

—No sé profesor, no le puse atención —contesté cínicamente pues ya no me importaba reprobarme la materia.

—Y usted, ¿puede repetírselo? —preguntó a la tipa con anteojos en la butaca de al lado.

—Sí, profesor. Usted dijo que la estadística se refiere a la agrupación de datos sobre una situación específica. Por ejemplo, usted mencionó que en el último año el porciento de mujeres por trata de personas ha aumentado de manera significativa...

Ciertamente, la chica sabelotodo continuó hablando y hablando, pero mi mente la bloqueó totalmente ya que sólo podía pensar en el fin de mis penurias.

La verdad es que siempre supe que inscribirme en la universidad había sido una pérdida de tiempo, dado que mi sueño es salir del país y conocer el mundo. Sin embargo, no podía justificar el terminar la secundaria y quedarme en casa sin hacer nada. Si hacía esto mi mamá nunca dejaría de recordarme que era una holgazana y que ella trabajaba muy duro para conseguir las cosas, y me hubiera obligado a acompañarla a limpiar casas de ricos. No. Yo no nací para eso.

Mi objetivo es largarme de este país y hacerme rica en el extranjero. No terminaría como mi madre, lavando baños y limpiando pisos. Pero gracias a Julia, mi vecina y amiga de toda la vida, eso va a terminar, pues tiene preparada para mí una mejor vida.

Y es que yo me lo merezco. Me considero una muchacha muy bonita, alegre, con mucha clase, educación, y que además, tiene habilidades artísticas, pues sé bailar desde merengue hasta reggaetón. Lo hago tan bien que podría ser bailarina profesional.

Soy esbelta, con piernas largas y fuertes, mis ojos color miel, mi piel canela y abundante y larga cabellera. Como ven, mi perfil no encaja en la comunidad de barrio Blanco de San Pedro de Macorís. Aquel lugar es mayormente conocido por los delincuentes, la droga, la miseria y las vulgaridades.

Yo sólo vivía allí por las circunstancias de la vida y no por elección. Por eso me sorprendía tanto que aquella monja española, llamada Angelina, escogiera vivir allí y fundar la escuela primaria donde estudié. «La educación es la esperanza de los pobres», suele decir. Ella piensa que puede hacer la diferencia, yo sólo quiero huir de aquí.

En el barrio todos los hombres voltean a verme y yo, con desdén, siempre giro mi cabeza al otro lado haciendo que mi cabello ondulado vuele con gracia, ya que nadie ahí es digno de mí. Sé que mi trasero les llama la atención y solía moverlo con sensualidad al caminar. Pero no me confundan, sólo lo hacía por diversión. Mis vecinos me consideran orgullosa y frecuentemente me llaman «comparona» y arrogante, y tienen toda la razón, me creo en un nivel superior a todos los que habitan el barrio.

A pesar de mi altivez, soy una buena chica y mi madre es la responsable de ello, ya que siendo madre soltera, me había educado para ser una niña de su casa y se encargó de espantar a todos los posibles pretendientes que me acechaban. Así que yo, con dieciocho años cumplidos, apenas me había dado unos besos con mi vecino Carlitos, pero no había tenido la oportunidad de que me desvirgaran y, créanme, ganas no me faltaban.

Mis amigas del barrio son todo lo contrario. Algunas habían abandonado la secundaria hacía mucho tiempo, y se prostituían por unos pesos o eran distribuidoras de la mercancía que se produce clandestinamente en el sector. Otras simplemente lucen sus panzas preñadas o cargan sus bebés en brazos, vislumbrando en sus rostros el mal vivir que tienen. Yo no quiero esta realidad para mí y por eso nadé contra la corriente para que no me ocurriera ninguna de esas cosas, tanto por mí como por mi mamá que luchó con ahínco por mi bienestar.

La voz de la aeromoza pidiéndome que abroche mi cinturón, me trae de regreso a la realidad. El avión se prepara para despegar. Miro por la ventana y le doy un último vistazo a la tierra que me vio nacer y me despido hasta nunca de ella lanzando un beso por la ventana. Me acomodo en mi asiento y cierro los ojos con una sonrisa dibujada en mi rostro. Estoy lista y ansiosa de vivir mi nueva vida, aunque mi emoción se apaga un poco al recordar a mi madre decirme que tenía un mal presentimiento.

Bienvenida a París

Día dos

Aeropuerto Internacional Charles de Gaulle,
París, Francia.

Por fin, el avión posa sus ruedas en la tierra. Deben ser alrededor de la una de la tarde. Yo estoy muy cansada y entumecida, pero la emoción de estar ya en mi nueva vida me hace olvidar el cansancio. Salgo del avión, me topo con una larga fila en migración, pero disfruto hacerla ya que sólo hay unos minutos entre esto y la mejor experiencia de mi vida.

Llega mi turno y con dificultad me comunico con el oficial que habla un poco de español. Pasa bien. Todo está en orden y me da la bienvenida a Francia. «Disfrute su estadía» me dice amablemente. Le respondo con una enorme sonrisa y pienso en lo atractivo que se ve este francesito. «Si todos los hombres están tan buenos como éste, me encantará este país», me río sola. Sigo caminando detrás de la multitud hasta que veo la salida y, entre el grupo de personas que esperan, reconozco a Julia, que me dedica una gran sonrisa.

Sigue siendo ella: alta, delgada, cabello lacio a fuerza de cremas alisadoras y conserva los matices en su piel que la convertían en la típica jabada^[3]. Sin embargo, algo en ella la hace distinta. Se ve tan parisina, tan distinguida, no parece la muchacha de barrio que conocí. Viste sencillo pero con mucho glamour, al estilo francés. Siento que el aguijón de la envidia me clava la piel, y me nace una urgencia de verme como ella, aunque en su mirada noto un deje de tristeza que me perturba un poco.

—¡Andrea! —grita mientras me atrapa en un efusivo abrazo—. ¡Qué gusto verte, amiga! ¡Estás hermosa!

—¡No puedo creer que ya esté aquí! Valió la pena la espera y el largo viaje. Ya me gusta este país y no he visto nada aún—. Expreso muy emocionada.

—Yo estoy muy contenta de que estés conmigo. No te arrepentirás, te gustará muchísimo este lugar. Pero vamos, un taxi nos espera. Seguimos hablando en el camino.

Juntas salimos hasta donde está esperando un señor a bordo de un auto negro, tiene cara de pocos amigos y de inmediato siento desconfianza de él. Julia abre la puerta del vehículo y me invita a abordarlo. La obedezco.

—¿Cómo está Xiomara? —me pregunta en cuanto se acomoda.

—Ya te puedes imaginar... Tú sabes que mami no quería que yo viniera, que dizque tenía un mal presentimiento.

—Es normal. Pero no le hagas caso, que aquí te va a ir muy bien —contesta acomodándose el cabello teñido de bronce—. Este es un país lleno de oportunidades.

Noto que el chofer nos mira de vez en cuando por el retrovisor y su mirada fría y penetrante me hace sentir incómoda. Julia y yo continuamos conversando sobre mi vuelo y las bellezas de este país. Poco a poco dejo de pensar en el conductor y me voy emocionando más al mirar por la ventana y ver la gran diferencia que tiene este lugar con mi país de origen. Sus grandes edificios, su estilo elegante y antiguo. Al ver todo esto me doy cuenta que me encuentro en una cultura mucho más avanzada, casi superior a lo que estoy acostumbrada a ver. Ciertamente, puedo adaptarme a

esto, la buena vida me espera con los brazos abiertos y yo estoy dispuesta a corresponderle.

Julia tiene cuatro años más que yo, pero desde pequeñas nos hicimos muy amigas. Ella es como mi hermana mayor. Siempre hemos sido mi madre y yo, pues el pendejo de mi padre se esfumó cuando supo que mi mamá estaba embarazada y nunca supe de él. Sin embargo, la presencia de Julia en mi vida me ayudó a no sentirme sola. Después de mi madre, es la persona que más amo y ahora tenemos la oportunidad de vivir juntas en una de las ciudades más hermosas y emblemáticas del mundo.

Ella cuida la casa de verano de unos holandeses en París desde hace tres años. ¡Qué increíble! Le pagan por darse una vida de lujo en la casa de unos viejos con dinero. Tengo tanto que agradecerle a Julia. Ella había pensado en mí cuando los viejitos le pidieron que buscara a alguien de confianza para que les hiciera los mandados y la ayudara con la limpieza, pues planeaban quedarse en París una larga temporada.

Ellos arreglaron todo para conseguirme una visa de trabajo por cinco años, pagaron los trámites y el boleto aéreo, y lo irían descontando de mi sueldo. La parte que no me agrada es la limpieza, pero esta era mi gran oportunidad de salir del país y más adelante sé que encontraré un trabajo más a mi gusto o un millonario que me mantenga.

En unos cuarenta minutos el auto se estaciona frente a una hermosa casa de dos niveles en una zona residencial muy fina. Bajamos del auto y el extraño señor saca mi maleta de la parte de atrás y se queda viéndome de forma intimidante. «*Merci*», escucho a Julia agradecerle. Respiro aliviada cuando Julia abre la puerta y pasamos adentro, pero algo me dice que no es la última vez que veré a este hombre.

Esbozo una gran sonrisa al ver el lugar por dentro. La casa supera mis expectativas. Cuánto lujo, cuánta elegancia. No puedo creer lo que miran mis ojos. Era la primera vez en mi vida que entraba a un lugar con tales dimensiones y con un decorado tan cuantioso y bello. Sencillamente estaba delante de lo mejor que había experimentado en toda mi existencia y la emoción brotaba por mi piel.

—¡Bienvenida a tu nueva casa! —exclama Julia y percibo un entusiasmo forzado, como si ocultara una horrible verdad—. Ahora, iré por un trago para celebrar tu llegada. Pasa y acomódate, vuelvo en seguida.

Rápidamente se va a la cocina, mientras yo suelto mi maleta en la sala de estar y giro sobre mis pies admirando todo. Me siento un poco confundida. Quiero sentirme feliz, pero en mi pecho empieza a emerger una extraña sensación que me causa temor, pero pienso que debe ser la ansiedad normal que siente una persona ante lo nuevo.

Julia regresa con dos vasos y me dice que es Vodka. Nunca en mi vida he probado esta bebida, en mi país apenas me alcanzaba para tomar cerveza sin que mi madre se enterara. Nos acomodamos en un gran sofá de piel muy cómodo. Sacudo mi cabeza y trato de pensar en la estupenda vida que me espera y en que al fin sacaré a mi madre de la pobreza y le daré todo lo que se merece por la increíble madre que es. Brindamos por eso y lo bebo hasta el fondo. Baja frío y fuerte por mi garganta. En poco tiempo siento el efecto del alcohol actuando en mi cuerpo. Julia conversa conmigo, pero estoy muy cansada para seguir celebrando. Quiero irme a la cama y dormir un largo rato hasta reponer mis fuerzas.

Creo que en algún momento me quedé dormida. No lo recuerdo. Siento los ojos muy pesados, el cuerpo aún adormecido y siento un poco de frío. Estoy tratando de abrir los ojos hasta que puedo conseguirlo y me doy cuenta que estoy sobre una cama. Tengo mucho frío y es cuando veo que estoy completamente desnuda. De pie frente a mí se encuentra Julia y un hombre de tez blanca, mediana edad, cabello castaño y ojos claros, la acompaña. Él me observa con clara morbosidad

mientras saborea con su lengua su labio superior. Un terror profundo me corroe.

—*Elle est Andrea*^[4] —le dice Julia al hombre con una sonrisa.

—Eres hermosa —responde el extraño dirigiéndose a mí con un marcado acento francés, mientras pasa su mano por todo el largo de mi pierna derecha.

Intento moverme e impedir que ese hombre me siga tocando, pero mi cuerpo no reacciona. El terror aumenta. Mi corazón late como caballo desbocado. No entiendo lo que está pasando y deseo con toda mi alma que esto sea sólo una pesadilla; pero algo pasa, estoy viendo a Julia entregarle mi pasaporte a aquel sujeto. ¿Qué haces Julia? ¿Qué es esto? Un horrible pensamiento me saca un grito ahogado e inaudible. Es ahora cuando lo comprendo. El presentimiento de mi madre se hace realidad. En este preciso momento me convierto en otra víctima de trata de personas y comienza mi pesadilla.

Estoy desesperada y quiero gritar con todas mis fuerzas. Mi cabeza quiere explotar. Estoy demasiado mareada para ponerme de pie y salir corriendo de allí. Lo intento, pero todo a mi alrededor da vueltas y sólo distingo a aquellas dos malévolas personas de pie frente a mí y sus frías voces hablando de los planes que tienen conmigo. Mi voz no sale, mi boca no me obedece. Sólo sonidos inentendibles logran salir. Quiero pedir auxilio pero resulta imposible. Estoy rígida y lo único que puedo hacer es observar pasivamente mi destino.

—¿Sabes si es virgen? Tú sabes que él las aprecia mucho más cuando lo son —pregunta el francés.

—Yo sospecho que sí, es lo que ella me ha dicho, pero aún no la he revisado. Sin embargo, puedo hacerlo ahora mismo y puedes comprobarlo tú también—contesta Julia con tal frialdad que congela mi alma.

No podía creer lo que estaba pasando. De pronto, sentí cómo Julia abría mis piernas y con la frialdad de sus manos tocaba mis partes íntimas e invitaba a aquel ser malvado y asqueroso a que observara y tocara. Deseo estar en mi estúpida clase de estadística o limpiando inodoros sucios con mi madre o, mejor aún, quiero estar muerta; pero no en este lugar, en este infierno al que mi avaricia me había traído.

—¿Te das cuenta de la suavidad de sus partes? ¿De la delicadeza? No es necesario observar adentro para darse cuenta de que el miembro de un hombre no ha entrado por ahí. Te lo aseguro, esta chica es virgen y goza de buena salud.

—Perfecto. Significa que voy a ganar mucho dinero por ella. Las vírgenes se venden muy bien, y Dominique pagará el precio —dice mientras se frota las manos con los ojos llenos de codicia—. Te ves muy bien Andrea, yo sería el primero en poseer ese lindo cuerpo, pero el negocio es primero y el dinero que producirá tu virginidad supera mis ganas. Julia, *mon amour*^[5], prepárala y que esté lista para Dominique. Has que sea una buena chica y que no haga ningún disparate si no quiere que le vaya mal.

—No te decepcionarás, *mon amour* —contesta Julia sonriéndole.

El hombre se inclina sobre ella y la besa en los labios mientras que con la mano derecha le acaricia el pecho. Ella, complacida, coloca su mano derecha unos centímetros debajo del cinturón de su pantalón, pero él la hace a un lado y dice:

—Ahora no. Tengo negocios. Después que termines con ella prepara todo, pues en dos días te traeré tres chicas que pertenecen a «*la Donna*», para que las instruyas antes de entregárselas a ella —. Y sale de la habitación, no sin antes, acariciar mi rostro y decirme:

—Pórtate bien, *mon chéri*^[6], para que no te pase nada malo.

El hombre se marcha y sólo quedamos Julia y yo en la habitación. Desconozco a mi amiga. No es la misma persona que conocí en el barrio y con quien viví hermosas aventuras de niños. Aún no puedo creer que haya sido capaz de esto, que ella sea la autora de mi desgracia, que ella haya ideado traerme al infierno y condenarme a vivir en él por siempre. Quiero gritar, quiero llorar, pero mi cuerpo ha dejado de pertenecerme. ¿Qué es lo que me han hecho?

—Relájate, Andrea. El efecto de la droga pasará en unas horas. Podremos hablar y te explicaré mejor las cosas —escucho a Julia acercarse a mi oído y susurrar estas palabras. Ella continúa hablándome, pero mis ojos no resisten más y se cierran.

Nueva realidad

Día tres

La creciente claridad en la habitación hace que empiece a abrir los ojos. Tengo la esperanza de que al hacerlo esté despertando de una horrible pesadilla y espero estar acostada en mi gastado colchón. Dentro de poco, si no me levanto, mi mamá empezará a llamarme a gritos para que me levante, tome una escoba y me ponga a barrer. Qué agradable sería escucharla decirme que soy una haragana. Pero no. Despierto en la misma aterradora habitación y continuo desnuda.

Me duele mucho la cabeza. Tengo la garganta seca y estoy hambrienta. Trato de incorporarme. Hace frío. Tomo la sábana que cubre la cama y me la envuelvo mirando a mi alrededor. La habitación es bastante amplia. Tiene tres ventanales cubiertos con largas cortinas rojas, excepto una que deja ver que después del cristal de la ventana hay gruesos barrotes y seguro que son para evitar que escape.

Todo en la habitación se ve muy fino y caro. Hay tres camas que me dan a entender que no soy la única a la que han traído aquí. Veo dos puertas cerradas. Me acerco a una de ellas y descubro que se trata sólo del baño y observo que dentro no hay ninguna forma de escape. Intento llegar a la otra puerta, pero de pronto escucho que alguien introduce una llave, quita el seguro y abre la puerta. Es Julia. Al verla no estoy segura de lo que siento.

Quiero arrojarme a ella con furia y destrozarla con mis propias manos, quiero llorar y preguntarle qué es lo que está sucediendo, quiero empujarla y salir corriendo de aquel lugar. Pero entonces, veo que detrás de ella hay un hombre de mal aspecto y recuerdo en su rostro al supuesto taxista que ayer nos trajo a la casa desde el aeropuerto. Ante mi mirada amenazante me muestra que lleva un arma atada al cinturón, como si percibiera mi instinto de querer escapar.

Julia entra a la habitación y el hombre se queda afuera montando guardia. Julia viste diferente. Parece otra persona, como una prostituta con vestido rojo, corto y ajustado al cuerpo. Llevaba botas de cuero y de tacón fino hasta las rodillas, el pelo suelto y bien arreglado y el rostro cubierto de llamativo maquillaje. No puedo creer que ella sea capaz de sonreírme como si estuviera frente a una amiga que ama. Me produce asco.

—Hola, querida. ¿Qué tal dormiste? —me pregunta.

—Necesito que me expliques qué está pasando. ¿A dónde me has traído? Quiero irme a mi casa. ¡Devuélveme mi pasaporte!

—Tranquila, Andrea. Esto no es tan malo como te lo estás imaginando. Siéntate y conversemos —dijo señalando una de las camas.

—¡No me voy a sentar! ¡Quiero salir de aquí! ¡Voy a denunciarte! ¡Me engañaste! ¿Cómo pudiste? Yo confíé en ti.

Las palabras salen de mi boca en un solo grito y al mismo tiempo mis ojos lloran con desconsuelo y en un acto de rabia, instintivo e inconsciente, me abalanzo sobre ella con intención de hierirla. Pero Julia fácilmente me detiene con una bofetada en la cara, que hace que caiga de bruces al suelo. No puedo evitar llorar. Me quedo tirada en el suelo sufriendo mi desgracia y el dolor causado por el golpe. Ella se inclina y retira el pelo de mi cara.

—Tienes que aprender a controlarte o no vas a durar mucho aquí. Tú no quieres meterte con esta gente. No tendrán la misma compasión que yo contigo. Así que tranquilízate.

—¿Por qué me has hecho esto? —pregunto en medio de sollozos—. Tú eras mi amiga, ¿por

qué me engañaste? ¡No te conozco!

—Tú me dijiste que querías ganar dinero y sacar a tu madre de la pobreza. Yo te estoy ofreciendo una oportunidad para hacerlo. Ya no eres una niña y puedes sacarle mucho provecho a tu cuerpo. Deja de hacerte la santa e inocente, eso no te dejará nada en la vida. No te resistas pues de esto ya no hay vuelta atrás, así que o te acostumbras y haces todo lo que te pidan o te mueres. Así de simple, Andrea. Esta es la realidad, la vida es dura y todo hay que ganárselo con sacrificios.

—Pero yo no te pedí esto y no lo quiero —replico sin levantar la cabeza y con los ojos nublados por las lágrimas—. Nunca me dijiste lo que realmente hacías. ¡Me mentiste! ¿Desde cuándo me engañas?

—Desde que salí de la República sabía a lo que venía. Tú fuiste la ingenua que quiso creer esa historia que le inventé a mis padres y a todos los chismosos del barrio. Pero no estés tan alterada, verás que te irá muy bien y no tendrás que esforzarte mucho. En poco tiempo volverás al paisito ese con los bolsillos llenos de euros.

—Yo no quiero ese maldito dinero. Lo único que deseo es irme ahora mismo de aquí —le ruego entre sollozos.

—Lo siento Andrea, pero no puedes irte. Esta gente ha hecho una inversión en ti y no te dejarán ir hasta que pagues tu deuda.

—¿Mi deuda?

—¿Acaso pensaste que era gratis el trámite de la visa y el boleto de avión?

Guardo silencio por un momento y continúo:

—¿Qué es lo que tengo que hacer para que me dejen ir? —pregunto levantando la mirada.

—Así me gusta, Andrea. Es muy simple. En unas horas irás a la casa de un socio muy importante de mi jefe llamado Dominique. Tienes suerte, porque con él tu trabajo valdrá más y será más sencillo. Lo único que tienes que hacer es obedecerlo y darle todo lo que te pida. Dominique es un caballero, lo vas a disfrutar. Lo mejor es que vas a servirle exclusivamente a él.

—¿A qué te refieres con servirle y darle todo lo que me pida? —pregunto, pero no quiero saber la respuesta.

—No seas tonta, Andrea. En primer lugar, tu virginidad vale mucho dinero y es lo primero que te va a pedir.

—¿Qué?! No soy una prostituta ¿Qué pasa si me niego?— Estoy imaginándome lo peor. A cada segundo el miedo me abraza con más fuerza y se aferra a mí como una sanguijuela que succiona todo mi coraje.

—Querida, no quieres saber lo que te harán si te niegas, por eso te aconsejo que no se te ocurra nada estúpido. Esta es una organización de la que no puedes escapar y, si lo haces, te encontrarán y te matarán, pues tienen ojos en todas partes. Además, conocen la ubicación de tu mamá, y no querrás que le pase nada malo a ella, ¿o sí? —escucharla me eriza la piel.

—¿Por cuánto tiempo tengo que estar aquí? ¿Cuándo me dejarán ir?

—No será mucho tiempo, amiga. Sólo hasta que pagues lo que han invertido en ti: el boleto de avión, los gastos del papeleo... Después de eso si quieres te puedes ir, pero si te quedas todo el dinero que ganes será tuyo y podrás lograr todo lo que has imaginado en tu vida. Créeme, yo no tuve las oportunidades que tú tendrás y mira con los lujos que vivo. Además, disfruto haciéndolo. Estoy segura que tú no tendrás problemas. Soy tu amiga y estaré siempre pendiente de ti. No te preocupes, sólo vívelo, déjate llevar y ten una mente abierta. Al principio no será fácil, pero luego le agarrarás el gusto y te divertirás.

Escucho con atención cada palabra que sale de la boca de Julia, pero mi interior está asustado,

teme lo peor y tengo la horrible corazonada de que ella sólo me cuenta medias verdades y que el plan maquiavélico que tienen para mí no es tan hermoso como ella lo pinta.

Tantas preguntas surgen en mi mente como un remolino imparable. ¿Quiénes son estas personas? ¿A dónde me llevarán? ¿Qué van a hacer conmigo? ¿Podré escapar del destino que se teje contra mí? Una terrible verdad sonrío de forma aterradora en mi cabeza: estoy sola. Nadie puede ayudarme en esta oscuridad en la que me encuentro. Pero ¿qué puedo hacer?

Julia me explica que trabaja para una empresa de reclutamiento de mujeres para servicios sexuales y me dice que lamenta haberme engañado, pero era la única manera de que mi madre me permitiera venir. Yo sólo escucho. Luego continúa hablándome de las bellezas de París, de lo bien que lo pasa y de lo maravilloso que me irá en el negocio gracias a mis atributos físicos. Yo estoy en una especie de trance. No reacciono. Continúo tirada en el suelo, desnuda bajo una sábana. No puedo hablar, no quiero hablar. Las palabras de Julia resuenan en mi cabeza sin ningún significado, más que de temor y agonía. Me siento caer en un abismo profundo y oscuro.

Al cabo de un rato, ella me toma de la mano y me ayuda a ponerme de pie. Ni siquiera me tomo la molestia de sujetar la sábana, quedándome completamente desnuda. Soy una masa, un cuerpo inerte que va a donde lo llevan. Estoy en shock. Julia se da cuenta de mi estado y acaricia mi pelo. «Todo estará bien, amiga», me susurra al oído y, colocando su brazo sobre mis hombros, me guía al baño y me mete a la ducha.

Por un rato deja que el agua tibia del grifo caiga sobre todo mi cuerpo. Cierro los ojos y permito que mis lágrimas se mezclen con el agua que cae a borbotones. Después de sacarme de la ducha, Julia trae ropa elegante y sensual, zapatos de tacón alto, maquillaje y un secador de pelo. Acto seguido, procede a secar mi cabello rizado que al ser estirado alcanza la mitad de mi espalda.

Al terminar me coloca un vestido rosa, corto y ajustado, pero sin ropa interior. Me maquilla disimulando el rojizo en mi mejilla causado por la bofetada que me propinó y pinta mis labios de un carmesí fuerte y sensual, de esos que llaman a prueba de besos. Me coloca las zapatillas y me pone de pie.

—Eres muy hermosa. Quedarán fascinados contigo. Usa tu belleza a tu favor y sé una buena chica. Mientras más obediente seas, mejor te tratarán.

No digo ni una palabra. Mi mente está en blanco. No acepto esta situación. ¿Cómo puedo asimilar esta nueva realidad? Aún pienso que pronto despertaré. Esto no me puede estar pasando. Mi futuro no puede convertirse en una bolsa de excremento y hacer de mí lo que tanto luché por no ser. Parpadeo por el flash. Julia está tomándose fotos con su celular en diferentes ángulos. Se toma un momento y las envía quién sabe a quién.

—Listo. Ya podemos irnos —me dice mientras me mira como si estuviera orgullosa de cómo me veo—. Sólo te advierto algo: Iremos en auto hasta la casa de Dominique, no hagas nada que puedas lamentar, no me obligues a drogarte para mantenerte quieta.

No contesto. Mis ojos muestran el suficiente miedo, que le dan a entender a ella que comprendo lo que me dice perfectamente. Me toma de la mano y juntas salimos de la habitación. Me tambaleo un poco al caminar pues no estoy acostumbrada a usar zapatos de tacón fino. El hombre que vigilaba ahora va delante. Él abre la puerta por la que ayer había entrado cargada de esperanzas y hoy salgo por ella con el alma destrozada.

Una vez fuera de la casa, giro mi cabeza con lentitud y observo todo a mi alrededor. En la calle nos espera el auto negro. Veo que estamos en una zona residencial y se alcanzan a ver casas a corta distancia. Contemplo el auto. El hombre del arma ya está abriendo la puerta trasera y estoy segura que si entro ahí estaré perdida y mis oportunidades de escapar se reducirán a cero.

Sin pensarlo me suelto de la mano de Julia y echo a correr con la esperanza de alcanzar alguna de las casas y pedir ayuda. No puede ser, estos zapatos no me dejan correr tan rápido como quiero y trato de quitármelos sin parar de correr. Logro quitarme uno de ellos y veo que el hombre del arma viene detrás de mí. Mi corazón late con fuerza, no puedo dejar que me atrape. Sé que me quieren viva, él no me disparará. Está por alcanzarme.

—¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme! —grito con todas mis fuerzas. Pero no ocurre nada. Ni siquiera un vehículo se aproxima a esta calle. ¿Es que nadie me escucha? ¿Es que a nadie le importa?

El hombre logra atraparme. «¡Ayúdenme!, ¡Ayuden...!», continúo gritando sin ningún resultado hasta que el «taxista» cubre mi boca con fuerza y me atrapa contra sí con el otro brazo. Me levanta del suelo y me lleva hasta el auto.

—Te lo advertí —me dice Julia claramente enojada.

Abre su bolso y de él saca una jeringa previamente preparada con un líquido amarillento. Destapa la jeringuilla, extiende mi brazo y la clava en mi vena sin miramientos, mientras me retuerzo violentamente en vano. Nadie salió, nadie vio lo que ocurrió conmigo o simplemente se hicieron los ciegos por complicidad o por temor.

Ahora estoy dentro de un auto en movimiento. Todo da vueltas y no controlo mi cuerpo. Estoy tirada en el asiento como un peso muerto. Distingo a Julia sentada a mi lado manipulando su celular, mientras que en el asiento delantero está el hombre del mal aspecto conduciendo el vehículo.

No sé a dónde me llevan ni qué van a hacer conmigo. De lo único que estoy segura es que estoy perdida y que el aura de terror que me envuelve no es más que mi instinto advirtiéndome que no sobreviviré. Mis ojos se cierran. No resisto los efectos de lo que me han inyectado y me dejo ir.

Vendida

Abro los ojos. Estoy sentada en un sillón acolchado y justo frente a mí observo a varias personas. Trato de enfocar quiénes son y, en seguida, reconozco a Julia, cuya expresión denota sumisión. A su lado está el hombre francés, su jefe o, tal vez, su dueño. Por último, fijo la mirada en un hombre que no conozco, el cual parece de unos cuarenta largos, su cabeza está completamente llena de canas y sus ojos azules dejan ver algunas arrugas. Aunque no parece un hombre considerablemente alto, su contextura física me indica que se mantiene en forma. Aparenta una persona fría y calculadora, que refleja mucha fuerza en su carácter. Su presencia impone autoridad y su traje elegante me dice que no es un hombre cualquiera.

—¿Por qué está así? —pregunta con enojo el elegante extraño—. Saben que detesto a las adictas.

—No es adicta. Tuve que noquearla con un medicamento porque trató de escapar, pero deben estar pasando los efectos, señor. Mire, ya abrió los ojos —le contesta Julia con cierto temor en su voz, mientras ambos hombres la contemplan con seriedad. No parecen contentos con ella.

—Está bien. Voy a dejarlo pasar porque me gusta lo que han traído. Estoy complacido con ella. Es muy bonita. Podré sacarle mucho provecho. En otra ocasión, procura usar otros métodos antes de meterle porquerías a la mercancía que es para mí. Está de más decirles que no quiero ningún comentario de esta venta a «*la Donna*». Ya bastante se mete ella en mis asuntos.

—Por supuesto que no, señor —contesta rápidamente el otro hombre. El extraño lo mira con desdén y dureza.

—¡Antoine! —llama con autoridad, y en seguida llega un empleado con la cara marcada con una cicatriz en una mejilla. Aunque viste de traje, denota el hombre de poca calaña que es—. Llévala a mi habitación.

El hombre llamado Antoine me toma en brazos y me lleva lejos de allí. Lo último que veo es a Julia, quien me dice adiós con su mano y leo en el susurro de sus labios «Haz lo que te pida». Al alejarme de Julia siento aún más mi soledad y un terror espeluznante que jamás en mi vida había sentido. Cada vez me adentro más y más en un mundo desconocido, en un mundo oscuro donde seres despiadados buscan devorarme sin sentir la más remota compasión. A cada paso me siento más indefensa, a merced de sus garras. ¿Y ahora qué sucederá? Todo ha cambiado. Me siento como una partícula en medio de un huracán.

Atravesamos un largo pasillo y nos topamos con otro hombre más joven que se detiene y obliga a Antoine a hacer lo mismo. No logro distinguirlo a la perfección, pero sus ojos claros resaltan. Es alto, con cabello tan negro como el ébano y hace juego con su traje.

—¿Mercancía para *la Donna*? —le pregunta.

—No, esta es para el jefe.

—¿Otra?

—La última no resistió —le contesta con una sonrisa macabra y continúa caminando.

Antoine entra conmigo a una habitación enorme, donde podría caber mi casa completa. Sus paredes están pintadas de crema y sobre el espaldar de la cama hay colocada una pintura de una mujer blanca y rubia, que está semidesnuda y le sirven un hombre negro y una mujer con un turbante. Yo no sé de pinturas, pero ha de pertenecer a algún pintor famoso.

Antoine me acuesta sobre el lecho. Descubro una lámpara colgante que pende sobre mí y que permanece apagada, pues una tenue luz se cuelga por una de las ventanas de cristal que no es cubierta por las cortinas doradas de la habitación. Aquel hombre de mejilla marcada me mira y me aterra la forma en que lo hace. Se inclina sobre mis pies y siento que me desabrocha las zapatillas y las retira, pero percibo que su mano hace más que eso, me está acariciando los pies con una suavidad inquietante.

—Déjeme, por favor. No me haga daño —consigo decir con dificultad, pero él no se detiene.

Sonríe y continúa tocándome. Mi cuerpo aún no responde, no puedo mover más que mis dedos. No puedo defenderme, estoy a merced de su deseo. Las lágrimas corren de mis ojos a la almohada. Antoine comienza a subir por mi pierna con su mano, mientras muestra sus dientes de lobo feroz.

—Me gusta el color de tu piel *mon chéri* —susurra.

—Por favor... —le suplico con el corazón en la boca.

—Te salvas porque le perteneces al jefe, pero un día yo te voy a poseer, ya lo verás —asegura acercando su boca a la mía y puedo sentir su apesosa respiración impregnada de olor a cigarrillo.

De pronto, se escuchan pasos, él se detiene y se aleja rápidamente de mí. El hombre canoso, de carácter fuerte y autoritario, entra a la habitación, con su rostro serio. Agradezco que haya aparecido, ya que me libra de los planes del otro sujeto, aunque no sé a lo que me enfrento con este desconocido.

—*Vous pouvez aller*^[7]. Haz tu trabajo, y cuida la puerta, perro —ruge al entrar y, de inmediato, Antoine obedece y cierra la puerta al salir—. *Mon amour*, mira en qué estado te han traído—. Cambia la expresión sombría de su rostro y se sienta junto a mí en la cama.

Lo miro a la cara. Mis ojos están húmedos y el terror que tengo se expresa en cada línea de mi rostro y en el temblor de mi cuerpo. El hombre quita un mechón de pelo que está sobre mi frente. De cerca no aparenta ser tan mayor, pero su pelo blanco hace que parezca de más edad. Sus ojos son azules y la ternura con que me mira en este momento me crea mucha confusión sobre las intenciones que tiene. No veo maldad en sus ojos o por lo menos, no a simple vista. Me pregunto ¿quién es él? Y ¿qué planes tiene conmigo?

—¿Te han dado de comer? —pregunta sonriendo.

Lo miro fijamente, pero no contesto.

—Te he hecho una pregunta —remarca en un tono autoritario.

—No —contesto y mi voz tiembla.

—*Mon chéri*, ¿cómo es que han tratado tan mal a una mujer tan bella como tú? —suaviza su tono—. Mandaré que te traigan comida para que te recuperes más rápido. Dentro de poco pasará el efecto de la basura que te pusieron y estarás más cómoda.

Así lo hace. Sale de la habitación y regresa al cabo de unos minutos con una bandeja, en la que hay un plato con un sándwich, una botella de vino y dos copas. Mi cuerpo empieza a responder a mis órdenes. Soy dueña de él otra vez y me siento sobre la cama. Devoro el sándwich con evidente ansiedad y no sólo por el hambre que tengo, sino por el terror de no saber lo que me espera.

El hombre me mira con detenimiento, aunque sus labios están inertes, parece que me sonrío con la mirada. Toma la botella de vino, saca el corcho y sirve un poco en ambas copas y me ofrece una. La tomo en una mano sin intención de tomar su contenido. Algo me dice que no debo confiar a pesar de su buen trato, pues los peores lobos se esconden bajo la piel de manso cordero.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta después de dar un sorbo de su copa.

—Soy Andrea Rivera —contesto mientras mastico y él sonrío con la mirada fija en mí.

—Es un hermoso nombre. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—Ya eres toda una mujer y una verdaderamente preciosa.

—¿Quién es usted? —me atrevo a preguntar haciendo caso omiso a su halago.

—Mi nombre es Dominique.

Recuerdo este nombre. Julia lo mencionó. Se supone que a él debo pagarle lo invertido. Termino el sándwich y coloco el plato sobre la bandeja en la mesa de noche.

—¿Qué es lo que debo hacer? ¿Cuándo me dejará ir?— Lo miro a la cara tratando de ocultar mi temor.

—Prueba el vino, es la mejor cosecha —responde invitándome con una mano sin contestar mis preguntas. Obedezco, más por miedo que por deseos de tomarlo. Doy un pequeño sorbo y dejo la copa en la mesita.

Dominique se pone de pie y se quita la chaqueta de su traje gris de sastre. Me ofrece su mano. Con cierto miedo, se la doy y me ayuda a poner de pie. Coloca mis manos sobre sus hombros y rodea mi cintura con las suyas. El temor hace que todo mi cuerpo se erice. ¿Qué quiere este hombre conmigo? Miro la bandeja. La botella de vino está cerca, podría zafarme de sus manos, golpearlo con la botella y salir corriendo, pero ¿a dónde?

—Me han dicho que nunca has estado con un hombre.

Dice con cierto tono de seducción en su voz, mientras sus manos bajan de mi cintura a mis nalgas y me aprieta con fuerza. Me sobresalto, intento salir de entre sus brazos pero no me deja, aún estoy débil y él es muy fuerte.

—Suélteme, por favor. Le pido que no me haga daño —le ruego con los ojos llenos de lágrimas.

—No voy a hacerte daño, querida Andrea. Al contrario, quiero darte mucho placer, quiero enseñarte las delicias de la vida—. Me apretuja más contra su pelvis y besa mi cuello.

—¡No! —grito, me retuerzo, pero no consigo liberarme. Me besa los labios con más pasión. Me invade el terror y sigo forcejeando. Muerdo sus labios con fuerza.

Dominique se enfurece, sus ojos se inyectan de ira y la tierna mirada se transforma en la de un ser oscuro y demoníaco. Me da una bofetada que resuena en la habitación. Cubro mi rostro con mis manos y lloro. Me sujeta por los hombros y retira con suavidad mis manos.

—Mi preciosa Andrea, mira lo que has hecho. No quiero pegarte, pero parece que no te han explicado mis reglas. Anda, date la vuelta—. Y me gira hasta que le doy la espalda.

Sujeta la cremallera del vestido y comienza a bajarlo. Me alejo de él. Miro hacia la puerta. La cama me separa de huir de este hombre. Sin pensarlo, me subo sobre ella, pero Dominique se abalanza sobre mí y me sujeta con fuerza. Su rostro se ha transfigurado. La maldad oculta sale a relucir y con ira me golpea otra vez. Lucho contra él, pero me domina fácilmente sujetando mis manos con una de las suyas, mientras que con la otra se desabrocha el pantalón. Forcejeo pero no puedo liberarme de él. No tengo fuerzas. Lloro desconsoladamente mientras me besa y deja el olor a vino en su aliento impregnado en mi cara.

—¡No! ¡Por favor! —grito con todas mis fuerzas.

—Quería hacerlo sencillo para ti. Yo quería que lo disfrutaras, pero te gusta que sea por la fuerza ¿verdad? Eres una perra jugando a ser inocente. Eso también me excita, *mon amour* —dice jadeante—. Yo soy tu dueño, perra y vas a hacer lo que te diga.

Aquel hombre continúa sin parar. Siento la dureza de su erección chocando contra mi entrepierna. Miro la botella. Está fuera de mi alcance. Me sigo resistiendo, pero mis movimientos son insuficientes. Entonces, suelta mis manos y me sujeta con una mano por el cuello y me aprieta

cortándome la respiración, mientras con la otra me levanta el vestido y comienza a besar mi pecho. Me retuerzo y le pego en la cabeza y halo su cabello con las pocas fuerzas que tengo, pero su mano aprieta más mi cuello.

En poco tiempo dejo de resistirme. Me tiene atrapada e inmovilizada con el peso de su cuerpo sobre el mío. Sujeta una de mis piernas y la abre sin que pueda impedirlo. Entonces, deja de besar mi pecho y me mira a los ojos y es cuando siento un dolor inmenso, como si una espada me hiriera y me partiera en dos. Mi piel se desgarras como papel ante la estocada que recibo de ese animal y la acción se repite una y otra vez. Grito de dolor, pero él parece insensible a mis chillidos.

Dominique disfruta enormemente atravesarme. Jadea excitado mientras observa mi dolor y su respiración cada vez se acelera a un ritmo mayor. ¿Qué hice para merecer esto, para ser tratada así? Dominique me embiste con rapidez y el dolor aumenta. Suelta mi cuello y sujeta mi pelo tirando con fuerza de él. Escucho sus gemidos de placer en mi oído y deseo que termine pronto.

Aquel engendro eyacula dentro de mí. Exhausto se acuesta a mi lado. Lloro desesperadamente. ¿Qué más puedo hacer? Dominique gira hacia mí y acaricia mi húmeda mejilla y luego me aprieta fuertemente por la barbilla.

—¿Te das cuenta, preciosa Andrea? Pudiste haber disfrutado este momento tanto como yo, pero te negaste. Voy a perdonarte porque es tu primera vez conmigo, pero ve aprendiendo que yo soy tu dueño y la única resistencia que tolero es la del himen de una virgen. Ahora, sal de mi vista y espero que la próxima vez te comportes mejor.

¿La próxima vez? ¿Acaso esto se repetirá? Dominique me empuja hacia el borde de la cama. Me levanto y con manos temblorosas me bajo el vestido y me dirijo a la puerta. Camino lento. Siento un dolor terrible que me quema por dentro y mis piernas no tienen la fuerza para sostenerme y me tambaleo de un lado a otro. Un hilo de fluidos ensangrentados corre por ellas, dejando un rastro. Abro la puerta. Afuera está Antoine. Me toma con fuerza de un brazo y me lleva a un sótano a empujones. Me arroja al suelo, se va y escucho cuando cierra la puerta por fuera, dejándome prisionera en aquel lugar.

A tientas descubro que en aquel agujero hay una cama y justo al lado una mesa con una lámpara. La enciendo y miro a mi alrededor, notando que el lugar está bien arreglado. No es sólo un sótano, es una habitación cómoda. No es tan amplia pero tiene lo necesario: cama grande, mesa de noche, armario, baño, incluso una pequeña repisa con libros; pero más nada, la habitación carece de detalles. Justo frente a mí observo un espejo de cuerpo completo adherido a la pared y veo mi reflejo en él: desarreglado y deprimente.

Me echo a llorar. Me siento sucia, manchada, un estropajo humano, utilizado y desechado como basura. Me descubro cansada, pero no sólo es mi cuerpo, sino todo mi ser. Me quito el vestido con rabia y me permito echar un grito iracundo, mientras lo arrojo al suelo. ¿Por qué esto tiene que pasarme a mí? ¿Acaso es un castigo divino?

Llorar no es suficiente. Corro hacia la puerta cerrada y la golpeo con todas mis fuerzas, pero mis esfuerzos quedan suspendidos en el silencio de la noche y me doy por vencida. Me dejo caer al suelo y me sumerjo en un mar de lágrimas. Al cabo de unos minutos me pongo de pie y camino hacia el baño. Me meto en la ducha y restriego mi cuerpo con fuerza. Quiero quitar de mi piel el olor de ese animal. Mi carne se torna roja y se irrita, pero sigo sintiéndome sucia. Mi entrepierna duele y veo correr un hilo de sangre que se va por el desagüe.

En varias ocasiones soñé con mi primera vez. Lo imaginé con pétalos de rosas sobre la cama, con un hombre tierno y enamorado de mí que me tratara con respeto. Yo soñaba grandezas y ahora esos sueños se han ido al vertedero. Soy sólo una basura, vendida vilmente por la que consideraba mi amiga. Perdida en un mundo que no conozco y al que le tengo miedo. Soy un objeto, una

mercancía desechable que se vende y se compra.

Salgo de la ducha. Me envuelvo en una toalla y así mismo me arrojó sobre la cama, y continúo llorando con una idea clavada en mi mente: este es sólo el principio del infierno que me espera. Cierro los ojos con la vaga esperanza de jamás despertar.

Las reglas del juego

Día cuatro

Imagino que es un nuevo día. En este lugar no puedo ver la luz del sol porque no hay ventanas. He dormido a ratos. La mayor parte de la noche la he pasado llorando hasta que mis lagrimales se han agotado y no pude llorar más. Me aterra cerrar los ojos y que ese hombre entre en la habitación y me viole otra vez. Aún puedo sentir su respiración, su olor impregnado en mi piel y el ardor en mi entrepierna. Sus palabras retumban como un eco en mi cabeza «la próxima vez...». Con sólo pensarlo la piel se me pone de gallina y maldigo mi existencia.

Recuerdo la última vez que vi a mi madre. Me abrazó con todas sus fuerzas y lloró de tristeza. Ella no quería que me fuera de su lado. Me propuso mil formas de salir adelante sin la necesidad de dejar mi país. Me dijo que no necesitábamos más cosas materiales, que ella ganaba lo suficiente para que continuara mis estudios en la universidad estatal. Me dijo que yo no volvería a limpiar casas con ella, que me dejaría en paz, que sólo me dedicaría al estudio y a mis cosas de jóvenes. No la escuché. Mi mente se llenó de avaricia, quería más de lo que tenía. Necesitaba ser grande y ganar mucho dinero lo más rápido posible. Las ideas de grandeza pudieron más que mi sentido común y no fui capaz de escuchar el instinto materno de mi madre.

Julia fue mi amiga durante la primaria y la secundaria. Ella nunca fue del agrado de mi madre pues decía que Julia era una muchacha de mundo y que sus padres no le ponían mucha atención. Todo era cierto, pero yo nunca le hice caso, pues sólo veía en ella a mi amiga y compañera de travesuras. No me importaba que mi madre no estuviera de acuerdo con nuestra amistad. Total, estando en la escuela no se daba cuenta de con quién hablaba y con quién no.

Yo admiraba a Julia. Era muy libre, conocía muchas cosas de la vida que yo sólo podía imaginar y que no me atrevía a preguntar a mi mamá. Gracias a ella tuve mi primer novio. Julia fue la celestina que hizo que nos juntáramos. Ella cubría mis escapadas con Carlitos y me defendía cuando lo necesitaba.

Un día me confesó que pensaba irse del país, ya que un tío suyo le había conseguido un trabajo en Holanda y que se iría muy pronto. Estaba muy feliz de irse, pero yo estaba triste, pues perdía a mi mejor amiga. Sin embargo, me prometió que en cuanto se estabilizara me llevaría con ella para que tuviera mejores oportunidades. Y aquí estoy, en el mejor futuro que Julia, mi mejor amiga, me proveyó, atrapada en un castillo hecho de todas las mentiras que estúpidamente me creí.

Escucho que alguien intenta abrir la puerta. Me siento sobre la cama y abrazo mis rodillas. Me aterra la idea de que pueda ser él. La puerta se abre y la silueta de una persona manipula un interruptor, dándome cuenta que sobre el techo hay un bombillo. La figura se ilumina. Es una mujer de piel negra, con rasgos africanos muy elegantes. Viste un jean ajustado y blusa de tiros amarilla. Es muy alta y un pintalabios rojo vino resalta en su cara. Lleva el cabello trenzado con largas y abundantes extensiones color bronce.

La mujer sostiene una bandeja con un plato en el que hay un par de tostadas y huevos revueltos, además de un vaso con jugo de naranja. También alcanzo a ver que justo al lado del vaso hay una jeringa sellada y un pequeño frasco como el de las vacunas para la gripe. Me estremece pensar que esta mujer me drogará otra vez. Se acerca a mí con cara inexpresiva y pone la bandeja sobre la mesa de noche y apaga la lámpara que aún permanecía encendida.

—¿Cómo te llamas, niña? —me pregunta cruzando los brazos con la mirada fija en mí. Tiene

un marcado acento, pero su español es muy claro.

—Andrea —respondo casi inaudible.

—Come. Tienes que estar lista para cuando el jefe venga.

—¿Qué? —Mi pesadilla continúa. La temible «próxima vez» se hace más real y palpable.

—Ya oíste. Tu cara me dice que no tienes la mínima idea de lo que sucede. Por tu bien, quiero advertirte algo: No lo hagas enojar. Es sólo sexo, disfrútalo o por lo menos finge que lo haces. Es la única opción que tienes. Imagino que no quieres que le pase nada a... ¿Cuál es su nombre? ¡Ya lo recuerdo! Sí, su nombre es Xiomara. Tú sabes que casi siempre sale muy tarde de su trabajo y la delincuencia y la impunidad en tu país está cada vez peor. Podría pasarle algo lamentable y yo sé que no quieres eso.

Me quedo perpleja. Ese es el nombre de mi mamá. Ellos saben quién es ella y dónde encontrarla. Julia debió haberles dado esa información. Mi odio por ella aumenta.

—Por favor, a ella déjenla fuera de esto. Haré lo que digan, pero no le hagan daño —grito con desesperación.

La sola idea de que se atreva a nombrarla me desgarrar el alma y hace que imagine lo peor. Jamás soportaría que le hicieran daño a ella y me pregunto ¿hasta dónde llega el alcance de esta gente? Mi situación cada vez es peor y no encuentro ninguna luz en esta temible oscuridad.

—Muy bien. Se ve que sabes lo que te conviene —señala el plato, indicándome que coma. La obedezco. Ella se sienta sobre la cama y me mira fijamente con sus ojos café oscuro—. Estoy aquí para que conozcas las reglas. Soy Kenia y mientras estés en esta casa me rindes cuentas a mí. Dominique, el jefe, vendrá contigo cada vez que se le antoje después de las seis, así que deberás estar siempre lista para recibirlo. Complácelo en todo lo que te pida y no te resistas. Él suele ser agradable cuando lo obedecen y muy cruel cuando no lo hacen.

«Tiene gustos excéntricos pero te acostumbras y llegas a disfrutarlo tanto como él. En las mañanas ayudarás con los quehaceres de la casa. No hablarás con nadie, no mirarás a nadie, serás invisible y sólo te limitarás a hacer tus deberes. Por ninguna razón puedes salir de la casa sin autorización. Si lo haces no aseguro tu supervivencia. Todo el terreno está vigilado por guardias y tienen órdenes de disparar.

En el closet está el uniforme que te pondrás para limpiar y la ropa y el maquillaje que usarás para Dominique. De vez en cuando vendrá alguien a arreglarte el pelo y las uñas y se llevará la ropa sucia. Mantén esta habitación aseada, a él le desagrada el desorden. ¿Todo está claro?»

—Sí —digo dando un sorbo de jugo tratando de asimilar las palabras de Kenia—. ¿Cuándo podré irme? ¿Cuándo termino de pagar mi deuda?

—¿De qué estás hablando? —dice riendo de una forma espeluznante y despiadada que me pone los pelos de punta—. Tú ahora eres pertenencia de Dominique y significa que estarás aquí hasta que él se canse de verte. Él es muy selectivo con las mujeres que mete a su casa y pagó mucho dinero para que le trajeran a alguien con tus rasgos. Te aconsejo que no dejes que se canse de ti o te enviarán a un lugar peor que este o te matarán. Aquí, por lo menos, serás una princesa en el castillo del rey, siempre y cuando «*la Donna*» no se entere.

Sus palabras me cayeron como un balde de agua fría. ¿A qué se refería? ¿Qué quiso decir con que soy la pertenencia de ese hombre? Julia me explicó las cosas de otra manera y yo quiero creer que mi estado tendrá solución, que algo de lo que Julia me dijo es cierto y que en algún momento esto será sólo una horrible pesadilla. Pero no. Nada de lo que dijo Julia es verdad. Kenia nota mi creciente agitación y percibo un poco de lástima en su mirada café. Además, ¿Quién es esa tal Donna? Y ¿Por qué no debe enterarse de mi presencia?

—Escucha. Lo que sea que te dijeron, olvídalos. Es tiempo de que te vayas olvidando de tu vida

anterior y te vayas acostumbrando a tu nueva vida. Mientras más pronto lo hagas, menos sufrirás y empezarás a gozarlo. Es lo mejor que puedes hacer para que no sufras tanto. Te hablo por experiencia y te lo digo para que no atesores falsas esperanzas. Una vez estás dentro no hay escapatoria más que la muerte.

—Pero... —gimo—. Yo no pedí esta vida. Me han engañado. Yo no sabía las intenciones que tenían conmigo—. Las lágrimas corren por mis mejillas velozmente.

—Ya no hay nada que hacer, niña. Fuiste tonta y te dejaste engañar. Ahora sólo te queda adaptarte ¡Sé una mujer! —dice poniéndose de pie con exasperación. Toma la jeringa, la saca del plástico y mete la aguja a través del caucho del frasco. Yo la observo sin parpadear—. Ponte de lado.

—¿Qué es eso? ¿Qué vas a inyectarme? —pregunto con cierta desesperación en mis palabras.

—Dominique no quiere que vayas a salir embarazada. Esto te esterilizará por tres meses. No olvides estar pendiente.

Creo que sus palabras, más que darme miedo, me dieron alivio, pues imaginarme salir embarazada de ese ser infernal sería lo peor que me podría pasar. Sin quejas hago lo que me ordenó. Ella me coloca la inyección a la roca, sin alcohol. Me molesta un poco pero sólo hasta que todo el líquido entra en mi cuerpo.

—Puede que no tengas tu periodo en unos meses y sientas náuseas, hasta que tu cuerpo se acostumbre —dice sacando la aguja—. Ahora, come y vístete. En veinte minutos vengo por ti.

Kenia da la vuelta y se dirige hasta la entrada, y al salir cierra nuevamente con llave. Otra vez estoy sola y aún más confundida y atormentada. ¿Qué más podría pasar para hacer mi vida más miserable? Seco la humedad de mis ojos con las manos, termino de comer, entro al baño y, lo más rápido que puedo, me aseo.

Abro la puerta del closet y observo que está lleno de ropa. En un lado unos cinco uniformes azul celeste de sirvienta y, el resto, vestidos sensuales y escotados. En el suelo del armario hay unas sandalias negras y un par de zapatos de tacón fino y muy alto.

Reviso varias veces, pero no hay nada de ropa interior y sólo encuentro sexys negligés en una gaveta de la base de la cama. Al parecer la ropa interior no es algo importante y no quiero imaginar la razón. En mi búsqueda de lencería veo un enorme cofre al otro lado de la cama. Intento abrirlo, pero está cerrado con llave. Estoy terminando de abrocharme las sandalias negras cuando escucho que abren la puerta.

—Camina —ordena Kenia sin entrar—. No tengo todo el día.

Sin dudar camino a toda prisa hacia ella. Siento alivio de salir de este encierro. Al estar fuera me doy cuenta que el piso donde estoy está unos metros por debajo del nivel del suelo y que donde se supone es la puerta, al cerrarla, se camufla con la pared. Es un lugar oculto.

Atravesamos un largo pasillo en el que se encuentran a cada lado varias puertas de madera cerradas. No me atrevo a preguntar qué puede haber detrás de esas puertas. Subimos unas escaleras y llegamos a una enorme cocina que no sé de qué manera describir, pues múltiples cosas de las que está equipada yo ignoro sus nombres.

En el lugar hay una señora de mediana estatura, que considero mayor por el color blancuzco de su cabello. Luce un rostro cansado, pero parece la típica mujer trabajadora y me recuerda a mi madre. Ella está preparando el desayuno.

—Buenos días, Antonella. El jefe te envía una ayudante. Se llama Andrea y es muda, así que no te molestes en hablarle. Ocúpala bien, y que no salga de la cocina hasta que yo venga por ella —ordena Kenia.

—Pues que de una vez se ponga a pelar esas patatas y deje de verme la cara como una tonta.

En esta cocina las cosas no se hacen solas —contesta malhumorada sin parar de batir unos huevos en un recipiente. Por su peculiar acento imagino que es italiana o, al menos, su lengua materna lo es.

Kenia me mira y con un gesto de su mano derecha me indica que me ponga a hacer lo que la doña ordenó. Tomo el cuchillo en mis manos. Lo miro por unos segundos y pienso que podría ser un arma para defenderme. Miro su filo y coloco mi pulgar contra él, pero luego pienso en que estas personas deben estar suficientemente armadas, puesto que estoy segura que yo no he sido la única a la que le ha pasado lo mismo. De inmediato, borro la idea de saltarle a cuchillazos a Kenia y a la doña, y salir corriendo de allí, y me pongo a pelar las papas.

Durante toda la mañana estuve siguiendo las órdenes de la cocinera italiana. En ningún momento pude abandonar la cocina. Cuando el desayuno y luego la comida estuvieron listos un muchacho vestido como camarero se llevó el succulento manjar. ¿Para quién sería toda esa comida? Aparte del sucio y malvado Dominique, ¿había otras personas en la casa? ¿Serían su esposa y sus hijos? ¿O sería un hombre solitario? No pude averiguarlo, pues, aunque Antonella sabía perfectamente que yo no era muda, no me dirigió la palabra a menos que fuera para ordenarme algo. Kenia ejerce una autoridad extraordinaria sobre ella y me pregunto qué papel juega en este infierno.

En varias ocasiones intenté asomarme por alguno de los ventanales que había allí, pero ella me llamaba y me ordenaba hacer algo. Lo único que alcancé a ver es que el terreno donde está la casa es bastante amplio y más allá del jardín hay tupidos árboles contenidos por una pared perimetral muy alta. Intuyo que probablemente estamos lejos de la ciudad.

Comí en la cocina de lo que habíamos preparado y lavé y limpié todo. A eso de las tres de la tarde Kenia regresó por mí. Ahora estamos caminando de vuelta a mi prisión subterránea. Siento una opresión en mi corazón. Volver a aquel lugar me causa mucho terror, pues sé que eso significa que pronto lo veré a él y no quiero.

Estar sola y saber que Dominique vendrá por mí para violarme, usarme y tratarme como una basura, me hace temblar como una gelatina. Y aquí estoy, sentada sobre la cama y los ojos llenos de lágrimas repasando en mi mente todas las escenas de mi encuentro anterior con el que dice ser mi dueño. Ya comprendo: Una de las razones por las que no hay ropa interior es que no puedo cargar nada de la cocina para defenderme de él sin que Antonella o Kenia se den cuenta.

No sé qué hacer. Pasan las horas y mi terror aumenta. En cada paso que di en este día el dolor punzante en mi entrepierna me recordó que fui penetrada salvajemente y cada minuto que muere me acerca a las manos de mi verdugo para ser nuevamente agredida y rebajada a una porquería humana con probabilidades de que su semilla de violencia germine en mi vientre.

Cinco de la tarde. Las puertas se abren. Tiemblo casi al borde del colapso. Mi hora ha llegado. Desde que me senté en la cama cuando llegué no me he movido. No quiero hacerlo. Escucho una voz enojada que da un portazo al verme.

—¡Maldita muchacha! ¿Todavía no estás lista? ¿Acaso quieres que te castiguen?

Kenia me hala por el brazo con fuerza y me lleva al baño, donde me empuja en la ducha. Allí me arranca el uniforme de sirvienta y abre la llave. El agua está muy fría. Me congelo. Lloro desconsoladamente.

—Déjame en paz, no quiero ver a ese hombre —gimoteo.

—No tienes opción, o dejas de resistirte o te matan a golpes.

Kenia no siente ningún tipo de compasión por mí. Su único objetivo es complacer a su jefe. Posiblemente ella también es una de sus mujeres. Yo solamente soy el nuevo juguete con el que juega antes de tirar a la basura. Cierra la llave, me lanza la toalla en la cara. Me seco con manos

inestables. Kenia abre el closet y saca un vestido rojo, corto, casi transparente y strapless.

—¡Póntelo antes de que sea yo la que te azote como a una perra! —gruñe como si su vida dependiera de que yo estuviera lista para el jefe. La obedezco. Todo mi cuerpo está a la vista con este vestido, no queda nada a la imaginación —. Y será mejor que Dominique no tenga ninguna queja de ti porque yo misma me encargaré de que tengas tu merecido y lo lamentarás.

—Pero es que me duele. Anoche me lastimó mucho —me quejo entre sollozos.

—¡Aguanta! Respira profundo y concéntrate en un buen recuerdo que tengas. Eso hará que el tiempo pase más rápido.

Kenia toma el kit de maquillaje y comienza a aplicarlo en mi cara. Al terminar lo coloca en su lugar, da media vuelta y camina hacia la puerta diciendo «disfrútalo, que nadie se ha muerto por tener sexo».

Me siento sobre la cama y dejo que las lágrimas corran, sin importarme que se arruine el maquillaje. Miro aterrada la puerta sabiendo que en cualquier momento él aparecerá. Esta espera es una tortura. Pero en poco tiempo termina cuando la puerta se abre. Es él. Viste igual de elegante que el día anterior, pero el color de su traje es negro.

Da pasos lentos, pero seguros, y muestra una sonrisa macabra. No deja de observarme mientras se acerca como un león hambriento. Hay terror en mis ojos y veo placer en los suyos. Puede oler mi miedo y le excita más mi vulnerabilidad. Disfruta ver y saborear a su presa antes de devorarla.

—Ponte de pie —dice por fin. Lo hago. Dominique me rodea y se detiene a mis espaldas. Rodea mi cintura y con una mano retira mi ondulado pelo de mi cuello y roza su tibia lengua en mi piel—. Eres hermosa y tu piel morena me vuelve loco, *mon amour*. Mírame aquí otra vez, rendido a tus pies.

Las lágrimas no se detienen y mis sollozos van aumentando. Dominique me aprieta contra sí y siento la dureza de su miembro sobre mis nalgas. Entonces, me quita el vestido con lentitud. Me rodea y me mira detenidamente. Tengo la mirada baja y no dejo de llorar. Se detiene frente a mí y con su mano levanta mi mentón y me mira fijamente a los ojos.

—No quiero que llores —ordena con el semblante duro e inexpresivo. No está de buen humor. Su mandato me obliga a acentuar más mi llanto—. He dicho que no quiero que llores —repitió tomándose del pelo y tirando de él con fuerza.

Hago un esfuerzo y trato de detenerme. Él sonrío y suelta mi pelo.

—Así me gusta—. Y acaricia mis húmedas mejillas— ¿Me has extrañado, princesa?

Percibo en su tono que desea una respuesta afirmativa, pero me abstengo de contestar y su reacción no se hizo esperar. Una bofetada me hace voltear la cara.

—Si hago una pregunta, quiero que me respondas... ¿Me has extrañado?

—Sí —obligo a mi boca a contestar.

—Yo también te he extrañado, *mon amour*. Pero el negocio no me permite estar contigo todo lo que quisiera.

Sin aviso, me empuja sobre la cama. Observo que desabrocha su cinturón y se baja el pantalón dejando a la vista su masculinidad. Se abalanza sobre mí. El asco, el dolor y la rabia, superan el miedo que siento a la maldad de este monstruo. Aprieto mis piernas, no le permito entrar. Dominique se enoja. Siento su mano abierta cayendo duramente en mi rostro y luego ambas manos abriéndose camino entre mis piernas y su miembro erecto herirme otra vez como un puñal.

He sido vencida. No me queda más opción que quedarme quieta mientras entra y sale de dentro de mí con violencia. Sigo el consejo de Kenia e intento buscar en mi mente algún recuerdo que me saque de la realidad.

Me veo corriendo en el patio de mi escuela, mientras mis compañeros me persiguen. Sor

Angelina nos reprende por dar carreras como locos en el patio de recreo. Nos detenemos, pero reímos a carcajadas porque somos niños felices. Sin embargo, ya no estoy ahí. Dominique me arrastra de mi recuerdo feliz y me empuja a una pesadilla sin fin donde abusa de mí, hasta que siento la presión a chorro de su clímax y su respiración agitada, que poco a poco vuelve a la normalidad. Ha terminado por hoy, pero ¿hasta cuándo podré aguantar?

Huir o morir

Día quince

La pesadilla no termina y no consigo despertar. Parece que llevo años en este infierno y apenas llevo un poco más de una semana encerrada en esta casa. He seguido al pie de la letra las instrucciones que me han dado. Sigo teniendo mucho miedo y, más que los golpes que me puedan dar, temo por el bienestar de mi mamá. Estoy segura que en este momento estará desesperada por no tener noticias de mi paradero.

Dominique ha venido cada noche a visitarme, dice que soy su preferida. Quiere decir que hay otras mujeres más, aunque yo sólo he visto a Kenia, Antonella y las dos sirvientas de mediana edad que se encargan de limpiar la casa.

Ya no me duele sentirlo adentro. Mi cuerpo se ha acostumbrado a él, pero no acabo de comprender su comportamiento. Unas veces llega violento y me viola salvajemente, pero en otras ocasiones se empeña en que yo sienta placer con lo que él hace. Me da rabia las sensaciones que produce en mí y me asquea excitarme cuando estoy con él.

Pero siempre termino odiándome a mí misma y aborreciendo a ese hombre después que acaba el sexo y me deja tendida en la cama o en el suelo o donde se le ocurra que le excita más apoderarse de mi cuerpo. Siempre me recuerda que soy suya y que el precio pagado valió la pena.

Un día descubrí lo que contiene el cofre cerrado en mi habitación. Ahí guarda sus juguetes sexuales, los que no duda en usar dependiendo con el humor que llegue, y cada vez inventa un juego nuevo donde él es el protagonista y yo la sucia ramera. Cada día me siento más basura. Y ¿acaso no lo soy, después de haber sido usada y tratada como tal? Soy como una figura de porcelana, rota en mil pedazos que jamás volverá a ser la misma.

Por otro lado, Kenia es mi guardiana. Se ocupa de que no me falte nada y de que no escape. En ocasiones me dio algunas técnicas para agradar a Dominique y no provocar su ira, como muchas veces hice y obtuve un tatuaje de su mano en mi piel o la marca de su cinturón en mi espalda.

A sinceridad, pienso que ella trata de que Dominique no se desencante de mí para librarse ella misma de ser su objeto de placer. Ella me produce mucha curiosidad, pues no parece disfrutar de estar en esta casa del terror. Sin embargo, no se va y he observado que deambula con toda libertad por la casa y sus alrededores. Incluso en ocasiones la he visto por la ventana caminando sola por el jardín.

Antonella siente lástima por mí y de vez en cuando tiene detalles conmigo como un apretón de manos o una sonrisa. Nunca me ha contado nada personal acerca de ella, pues teme a Kenia que siempre está merodeando. Por eso no tengo la menor idea de cómo llegó hasta aquí y si está al tanto de las atrocidades que se realizan. Sólo he intuido que Mauro, el joven camarero es su hijo, pues él la llama mamá. Tengo la ligera sospecha de que Antonella y él, son víctimas de explotación laboral.

—¿Te ha gustado, *mon amour*? —pregunta Dominique como siempre.

—Sí, señor —es la respuesta que le agrada escuchar.

—Estoy muy contento contigo. Aprendes muy rápido y si sigues así podría darte ciertos privilegios en la casa.

Asiento.

—¿Hay alguna cosa que quieras? —me pregunta. Al parecer está de buen humor.

—Quiero ver a mi madre —le digo sin mirarlo a los ojos.

Él toma aire, percibo un grado de enojo y me preparo para recibir la descarga de su furia, pero no sucede nada.

—Me temo que no será posible, *mon amour*.

—¿Puedo, al menos, salir al patio? Estoy cansada de estar dentro de la casa.

—Eso sí te lo puedo conceder. Te lo ganaste.

—Gracias, señor —contesto y en mi fuero interno se teje la intención de escapar.

Dominique se levanta de la cama, se acomoda la ropa y abandona la habitación sin despedirse. Al poco tiempo aparece Kenia en el umbral de la puerta y exclama:

—Muévete, antes de que se arrepienta.

Tomo el uniforme de sirvienta y me lo coloco rápidamente. Avanzo con ella por el pasillo, que ya conozco, y llegamos a la cocina. Kenia saca un manajo de llaves de su bolsillo y abre la puerta que da al jardín trasero. La noche ha caído, pero todo el jardín está bien iluminado con postes de luz distribuidos por todas partes. Al poner un pie fuera de mi prisión, siento la brisa fría chocar contra mi rostro y lleno mis pulmones con el anhelado aire fresco.

Miro a mi alrededor y observo cada detalle. Es un patio inmenso, cubierto de hierba y arbustos bien podados que lucen como rosales. Se puede ver también la silueta de árboles de gran tamaño, cuya extensión se detiene en una pared alta que rodea todo el perímetro de la propiedad. En diferentes puntos observo hombres custodiando. Desde donde estoy logro ver un portón de hierro cerrado y centro mi vista en esa dirección. Kenia no se separa de mí, camina conmigo entre la hierba húmeda y me habla de la hermosa fuente que se encuentra en el lado oeste del jardín. No pongo atención. Mi mente busca el momento oportuno.

De pronto, veo que el portón empieza a abrirse y que un auto de un tono oscuro espera para entrar. No lo pienso. Instintivamente empujo a Kenia, quien sin esperárselo cae al suelo. Corro con todas mis fuerzas en dirección a la salida, ignorando los gritos de alarma que Kenia hace. Los hombres aún no se percatan de mi huida. Cada vez estoy más cerca de la puerta, que casi está abierta en su totalidad.

La voz de alerta ha sido escuchada y me persiguen. No miro atrás. Mi vida ya no me importa y sólo quiero escapar o que me maten en el intento. El auto empieza a entrar. Su luz me ciega, pero no me detengo. La salida está a unos metros, pero antes de que pueda atravesarla choco de frente con alguien que me somete atrapándome con sus brazos. Aunque forcejeo con él, me es imposible liberarme de su agarre.

—*Où vas-tu mon amour?*^[8] —pregunta, y me percató de que es el mismo sujeto que el día de mi llegada detuvo a Antoine en el pasillo.

—*Qui c'est celle la?*^[9] —grita enfurecida una mujer, mientras sale de la parte trasera del vehículo.

—¡Déjeme ir! ¡Por favor! —suplico mientras intento zafarme del agarre de ese sujeto.

Kenia nos alcanza y la acompañan tres guardias, uno de ellos es Antoine. Veo terror en sus ojos, como si algo terrible se avecinara.

—Explícame qué es esto —pregunta la mujer en español, aumentando el grado de su enojo con la vista en la asustada Kenia.

—*Madame* Giordana —empieza a hablar y su voz tiembla—, es la ayudante de la cocinera.

—Y ¿Por qué trata de escapar?

—Es un mal entendido, *madame*.

—¡No es cierto! Me tienen contra mi voluntad —grito desesperada.

Veo en esta mujer una esperanza de salir, de conseguir mi libertad. Giordana me mira. Hay ira en sus ojos verdes. Me toma por la barbilla y me examina detenidamente. Su mirada es perturbadora y me estremece.

—Antoine, ocúpate de ella. Yo hablaré personalmente con Dominique sobre este «mal entendido» —ordena, y quien me tiene sujeta me entrega a las manos de él.

Antoine me sujeta con violencia por un brazo y me arrastra en dirección a la casa, mientras me retuerzo inútilmente. Le tengo mucho miedo a él. Me lleva a mi habitación y me empuja al suelo. Se saca el cinturón del pantalón, coloca uno de sus pies en mi espalda y comienza a pegarme en nalgas y piernas, fuerte y sin compasión hasta sacarme sangre. Grito con fuerza y él parece disfrutarlo. Cuando logra saciar su sed da media vuelta y me deja tirada, mientras las lágrimas empapan mi contrariado rostro.

Quiero morir y acabar con esta pesadilla. Mi último rayo de esperanza se ha extinguido. ¿Cómo pueden existir personas que disfruten el sufrimiento del otro? «Giordana», su nombre se repite en mi cabeza. ¿Quién es ella? ¿Por qué no hizo nada para ayudarme? Y ¿Por qué todos le temen?

Giordana

Día diecisiete

Dos días han pasado luego de la golpiza que me propinó Antoine. Kenia curó mis heridas y me regañó fuertemente por mi estupidez. «Ahora, quién sabe lo que ocurrirá contigo», me dijo. Aún no he visto a Dominique, pero estoy segura que otra paliza me espera. Con suerte, tal vez me mate y acabe con mi sufrimiento.

Siento mucho dolor en las piernas, pero eso a nadie le importa. Antonella y yo estamos preparando un succulento y extravagante manjar del que sólo recuerdo algunos nombres: *Coq au vin*^[10] acompañado de *Aligot*^[11] y ensalada nizarda. Al parecer en la mansión hay invitados muy especiales, y desde la cocina escuchamos el murmullo entusiasta de las personas. Picar las cebollas hace que mis ojos lloren, aunque creo que sólo es una excusa. De pronto, irrumpe en la cocina una mujer que lleva puesto un hermoso vestido negro, largo y ajustado a su figura esbelta. Alrededor de su cuello luce un collar de perlas. A pesar de que es alta lleva zapatillas de tacón de aguja doradas. Se puede reconocer en ella a una mujer de clase, con una altanería propia de ella. Es Giordana y, gracias a la luz del día, veo mejor sus hermosos rasgos y el brillo maquiavélico que irradian las esmeraldas de sus ojos.

Entra a la cocina y nos observa con desprecio, pero noto que se fija especialmente en mí. Se acerca. Detengo lo que estoy haciendo y bajo la mirada. Ella se detiene justo frente a mí y levanta mi cara. El perfume que despidе penetra por mis fosas nasales. Me mira y puedo sentir cómo su desprecio aumenta y no lo disimula.

—Con que tú eres Andrea... —masculla, y al pronunciar mi nombre lo hace con cierta repugnancia y por su acento tan parecido al de Antonella supongo que es italiana—. Al fin tengo el placer de conocerte en mejores condiciones. ¿Mi esposo te ha tratado bien?

¿Su esposo? ¿Acaso esta mujer es la esposa de Dominique? No contesto a su pregunta. Bajo la mirada. A lo que él me hacía no se le podría llamar tratar bien, sin embargo, no creo que esta señora esté preocupada por el trato que recibo, sino que su interés es por otras cosas que no descifro en este instante. Pero su persona, su mirada, su desprecio, me intimida y me sugiere que debo tenerle miedo.

—Quiero que tú ayudes a servir el almuerzo —ordena soltando mi mentón y desapareciendo por la entrada de la cocina.

Instintivamente miro a Antonella y la piel se me eriza cuando veo en su mirada el terror de quien ha visto al diablo. ¿Qué macabros propósitos tiene esta mujer conmigo? Presiento que no tardaré en conocerlos.

—Es mejor que hagas lo que dice —me indica Antonella—. Quítate el delantal y en cuanto entre Mauro te vas con él. No mires a esa gente a la cara. Límitate a llevar la comida a la mesa y regresa inmediatamente—. La preocupación que advierto en los consejos de ella me pone más nerviosa.

Mauro, quien siempre sirve la comida, entra a la cocina y me voy con él llevando la bandeja con la ensalada. Jamás había cruzado esa puerta. Esta parte de la casa era totalmente desconocida para mí. Sus dimensiones eran impresionantes y los detalles muy finos y exuberantes. Las paredes

están adornadas con hermosas pinturas y en las esquinas se observan jarrones o estatuas de mármol sobre pedestales. Todo está iluminado y los colores resaltan a la vista. El dinero que poseen queda expuesto en la elegancia de cada objeto.

Llegamos a un salón donde hay un enorme comedor de madera preciosa. Los platos, cubiertos y copas están perfectamente colocados. Resaltan tres botellas de vino blanco francés distribuidas en la mesa. Aún nadie está ocupando las sillas talladas. Los invitados están todos agrupados en una sala contigua donde se escucha que chocan copas, ríen y conversan en una lengua desconocida para mí, aunque por el acento supongo que se trata de francés. Mauro y yo acomodamos la comida en la mesa y volvemos por lo restante a la cocina.

Rápidamente regresamos al comedor. Los comensales están acercándose a ocupar sus asientos. Entre el grupo de unos seis, distingo a la esposa de Dominique con una copa de vino en la mano. Ella sonríe y conversa con un hombre mayor elegantemente vestido. Además, observo al mismo Dominique. Se ve tan distinto al hombre que me asalta por las noches, al fiero animal insaciable que succiona mi inocencia con cada encuentro. Viéndolo entre sus amigos aparenta ser una persona decente y de buenos modales.

—Oh, aquí está señores —escucho decir a la esposa de Dominique—. Ella es la nueva adquisición de mi esposo. Es hermosa ¿no creen? Adelante, admírenla. Tal vez Dominique les dé un buen precio por ella.

No puedo explicar todo lo que siento. Los ojos de los presentes se centran en mí como buitres deseosos de devorar mi carne. No levanto la mirada. Estoy aterrada. Uno de ellos se acerca a mí, toma mi mano derecha y me hace girar sobre mis pies. Me suelta y con esa misma mano acaricia mis nalgas, lo que provoca una reacción de sobresalto en mí, pero me mantengo quieta. No puedo mirarlos, ni siquiera a Dominique. Él no dice nada, sólo observa.

—Tremenda adquisición —dice el hombre que me ha tocado— ¿Cuál es su precio?

—No está en venta —escucho la voz de Dominique.

—Tranquilo, *mon amour* —habla su esposa—. Sólo admiramos tu buen gusto. Vamos a la mesa, que nuestro almuerzo se enfría.

Todos desvían la mirada de mí y se sientan en el comedor. Uno de los hombres se detiene frente a mí y levanta mi cara por mi mentón. Es el mismo que impidió que huyera. Advierto cierta compasión en su mirada. ¿Quién es él? Se aleja de mí y va a sentarse junto a Giordana.

Mauro y yo nos retiramos. Siento alivio al alejarme de aquella gente. Aunque no vi sus rostros, sé que no son buenas personas y sospecho que hablar de comprar y vender seres humanos es un tema común entre ellos. Esta idea me aterra. Pensar que hay otras mujeres que son esclavas como yo me da cierto consuelo por no ser la única, pero me causa frustración y desconsuelo que existan monstruos capaces de tal atrocidad. Humanos aniquilando a otros humanos. ¡Qué detestable!

Antonella me espera. Está más nerviosa que yo.

—¿Qué sucedió? ¿Te hicieron algo? —me pregunta envuelta en nerviosismo. Me sorprende su interés.

—Esa señora sólo quería mostrarme a esa gente —contesto.

Pero Antonella no responde, sólo hace una mueca de lamento con su cara y percibo que significa que no me espera nada bueno. En ese instante veo a Kenia acercarse.

—Vámonos, es hora de que te vayas a tu habitación —dice al llegar hasta mí.

La preocupación va en aumento, pues aún no es la hora acostumbrada en que Kenia me lleva a mi habitación. ¿Será posible que mi situación empeore? ¿Por qué le tienen tanto miedo a esta mujer? ¿De qué será capaz? Y ¿Por qué me ha escogido como centro de su odio? ¿Qué malvadas razones ha tenido para exhibirme como una mercancía en venta? Sospecho que no tardaré en

conocer las respuestas.

Día veinte

Han pasado unos días sin ver a Dominique. Por un lado, respiro aliviada porque no soy torturada por él, pero también me asusta pensar qué planes siniestros se van entretejiendo contra mí. De pronto, escucho la puerta abrirse y veo aparecer por ella a Dominique, pulcro y elegante. Llega hasta mí y me besa apasionadamente como si nada hubiese pasado. Sumisa, recibo el beso pero sin mover ni un músculo.

—Tienes esposa —le digo.

Se detiene en seco y su semblante cambia de excitado a enojado.

—Y ¿qué quieres que te diga? —pregunta después de respirar profundamente conteniendo una explosión iracunda.

—Ella trató de venderme a otras personas —aquellas palabras lo enojaron más, como si recordara una vieja discusión—. Ella me asusta, Dominique. Sentí sus palabras como una amenaza. Temo que algo me hará.

—Siempre y cuando me obedezcas nada te pasará, *mon amour*. Pero si tratas de escapar otra vez te aseguro que voy a retirar de tu cuerpo esa linda piel que tienes con una navaja. Así que preocúpate más por mí que por ella. Y ya no me hables del tema que me pones de mal humor —sentencia y continúa besándome y apretándome fuerte de la cintura.

Hoy no hubo juegos. Ni siquiera se molestó en quitarme el negligé que llevaba puesto. Dominique sólo se limitó a besarme, arrojarme sobre la cama y penetrarme mecánicamente. Algo le preocupa. Lo observo mientras entra y sale, y aunque su rostro se contrae de placer, su semblante luce intranquilo y pesaroso. Sé que algo está sucediendo, pero ¿por qué ha de importarme?

Al fin, Dominique está llegando al orgasmo. Me abraza con fuerza y sus movimientos son más rápidos. De pronto, por encima de su hombro veo que alguien entra a la habitación. No alcanzo a verlo. ¿Qué está pasando? Escucho una explosión, cuyo sonido se ahoga al impactar sobre su víctima. Todo ocurre muy rápido.

Lo siguiente que veo es que Dominique deja de moverse y todo su peso cae sobre mí. Un disparo le ha abierto la cabeza y la sangre cae sobre mi rostro y mi pecho. No puedo parar de gritar. Dominique está muerto sobre mí. Ha llegado mi fin. Yo soy la siguiente. Así es como termina esta horrible pesadilla. Lo último que logro ver, antes de sentir el impacto en mi cabeza, es un rostro familiar: Antoine.

Atrapadas

Día veintiuno

Siento un terrible dolor de cabeza. Entreabro los ojos con mucha dificultad. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? ¡Dios mío! Los recuerdos corren en mi mente como un torrente. Recuerdo el disparo, el reguero de sangre en mi cara y mi pecho, Dominique cayendo sobre mí. Pero aún más claro, veo en mi mente al culpable golpeándome con la culata de un revólver y no entiendo. No le encuentro sentido a las razones por las que sucedió esto. Sin embargo, la vida de Dominique no me importa, lo que me preocupa más es lo incierto que se hace mi futuro a cada minuto.

Abro mis ojos. No distingo dónde estoy, pues todo está oscuro. Percibo que estoy sentada, recostada de un muro frío, que más bien se siente como metal. Escucho un ruido que suena como el motor de un vehículo y siento que todo el lugar se balancea ligeramente.

Estoy en un vehículo en movimiento, un vehículo muy grande como un camión. El sobresalto me inunda. Toco mi cabeza y la siento húmeda y pienso que debe ser sangre, o mía o de Dominique, pero me duele mucho. Siento la resequedad de mi cara. Manchas secas de sangre la cubren. Con las manos empiezo a recorrer todo a mi alrededor. El lugar no es más ancho que la extensión de uno de mis brazos. La claustrofobia empieza a asomarse. El pulso acelerado, la falta de aire me enloquecen y empiezo a tocar con mis puños con una clara desesperación los muros de metal, haciendo un gran escándalo. Grito a todo pulmón:

—¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme!

—¡Cállate, estúpida! Harás que nos maten—ordena una voz conocida al otro lado de la jaula de metal.

—¿Kenia? ¿Kenia? ¿Eres tú? —digo, parando de golpear. Mi corazón regresa lentamente a su lugar. Respiro aliviada. Escucharla me hace sentir menos sola.

—Claro que soy yo—contesta—. Siéntate y cálmate.

La obedezco. Enfoco mis ojos y puedo distinguir una oscura silueta sentada en el piso con la espalda contra el muro de metal. Está frente a mí y más cerca de lo que creí. En el lugar cabemos las dos perfectamente sentadas con los pies extendidos.

—¿Dónde estamos? ¿Qué fue lo que pasó? ¿A dónde nos llevan? —pregunto sin parar, pero ella responde con una carcajada.

—No deja de sorprenderme tu inocencia. Yo era como tú—dijo con la nostalgia con la que se recuerda una vida pasada—. ¿Quieres saber lo que pasa? Simplemente hemos cambiado de dueño. Seguimos siendo dos asquerosas zorras que pertenecen a alguien y si no te acostumbraste a esto con Dominique, vas a sufrir aún más.

—¿Qué?

Me puse fría. Aunque quisiera ponerme de pie, no habría podido. Todas mis fuerzas desaparecieron y un sudor frío corre por mi espalda. ¿Está ella diciéndome la verdad o sólo trata de jugar con mi mente? Pero, ¿acaso no asesinaron a Dominique? ¿No murió él sobre mi cuerpo mientras manaba sangre a borbotones? Kenia no me está ocultando la verdad. ¿Qué caso tiene, si nos espera la misma desgraciada y azarosa suerte?

—Niña tonta—. No puedo distinguir con claridad su rostro por la oscuridad, pero advierto una sonrisa burlona en su rostro—. ¿Recuerdas a Giordana, la esposa de Dominique?

—Sí —musito.

—Ella siempre tuvo más pantalones que él para este negocio. Todos la llaman «*la Donna*». Parece que al fin se decidió a quitar a Dominique de en medio y el hecho de que tú aún sigas viva sólo me dice una cosa: tienes un propósito y no creo que te guste.

Con cada palabra, el sudor aumenta y todo mi cuerpo tiembla como un condenado ante la guillotina. Los latidos de mi corazón están a punto de desgarrar mi piel. El terror me invade y las lágrimas se abren paso por mis mejillas. ¿Qué voy a hacer? Estoy sola.

Toda una vida sintiéndome segura y en casi un mes, había perdido todo aquello para entrar a un mundo incierto, en el que no sé cuándo se avecinará la muerte o algo peor: vivir largos años sin despertar de esta pesadilla. Kenia parece disfrutar mi terror. ¿Por qué ella no está asustada?

—¿Por qué no me matan de una vez? ¡Ya estoy cansada! —digo entre sollozos, pero ella responde con una risa llena de burla que me irrita.

—Eres más valiosa si estás viva. Pero no detendrán su mano para golpearte hasta que hagas lo que te ordenan. «*La Donna*» es más peligrosa que Dominique y su negocio va desde venta de mujeres y niños como esclavos hasta tráfico de órganos. Así que viva o muerta eres de utilidad.

—No comprendo cómo es que estás tan tranquila si tú también estás encerrada y corres la misma suerte que yo.

—La diferencia entre tú y yo es que al pasar de los años ya dejas de sentir asco, vergüenza, culpa. Ser una prostituta se hace parte de tu vida y ya no tienes otra manera de vivir.

—¡No! ¡Detente! Yo no terminaré como tú, jamás me acostumbraré a esto. Yo no soy una prostituta. Prefiero morir.

—No me digas—. Ríe nuevamente—. ¿Acaso le pusiste resistencia a Dominique? Un poco más de tiempo con él y hubieras empezado a disfrutar sus juegos sexuales.

—Eso no es cierto —afirmo, aunque en mi fuero interno, siento que ella tiene razón. ¿Acaso mi estúpida vagina no segregaba fluidos a pesar de que se trataba de un hecho contra mi voluntad?

—Te aseguro que una haría cualquier cosa por sobrevivir y por evitar que le agreguen más dolor a la miserable vida que llevamos.

Sus palabras me herían enormemente porque era la pura verdad. En el tiempo que estuve bajo las órdenes de él mi voluntad fue doblegada bajo el miedo a ser golpeada, a que me asesinaran o que le hicieran daño a mi mamá. Dominique me venció y tomó mi cuerpo como suyo sin que yo opusiera ninguna resistencia. Me siento asquerosa, indigna, maldita. Algo en mí ha muerto y ahora esta mujer frente a mí hunde su dedo en la llaga sin ningún tipo de misericordia del dolor que tengo en el alma.

—¿A dónde nos llevan? —pregunto después de una pausa, intentando cambiar el tema.

—No lo sé, pero estoy segura que donde quiera que vayamos será un infierno.

—Si odias tanto esto, ¿cómo es que aún sigues aquí? A ti no te tenían encerrada en una habitación como a mí. Pudiste haber escapado en cualquier momento.

—¿Eso crees? ¿A dónde iría? ¿Crees que mi familia, sabiendo lo que hago, me recibiría con los brazos abiertos? Ya te lo dije, con el tiempo esto se convierte en tu única opción y para ti también lo será —siento en su voz una profunda tristeza. Casi puedo tocar su vulnerabilidad, se escucha como una mujer que llegó al fondo, que ya no sufre porque ha dejado de sentir, pues su alma ha muerto.

—Creo que tu familia te recibiría de todas maneras. Si yo lograra escapar sé que mi madre me recibiría a pesar de todo—. Kenia ríe nuevamente.

—Tu madre y la mía son diferentes. Venimos de culturas distintas.

—Entonces explícamelo tú. ¿De dónde vienes? ¿Cómo llegaste aquí?

Creo que esta es la primera vez que alguien se interesa por su historia y al parecer ella tiene la necesidad de contársela a alguien para recordar de dónde viene y decirse a sí misma que no pertenece a este mundo y que su estancia en él es un engaño, una mala jugada del destino y sus tontas decisiones.

Alika

Kenia me contó que su lugar de origen es Nigeria, África y que vivía con su familia en el Estado de Edo en Benin City, la más alborotada y popular de las ciudades de Nigeria. Es un lugar con sus bellezas particulares, pero también es el hogar de los hijos del diablo, donde un grupo de inhumanos se aprovechan del hambre de muchas mujeres y las prostituyen.

Su familia no se congregaba en ninguna iglesia, pero sí creía en la magia y el poder de los ancestros. Sus hermanas eran el ejemplo de lo correcto que debe ser una mujer en Nigeria. Las tres estaban casadas, con hijos y se ocupaban de las labores del hogar. Vivían con lo básico, pero eran felices, o al menos, aparentaban serlo.

Kenia era la más pequeña y el nombre que le habían dado sus padres era Alika que significa «la más bella». Se vio obligada a dejar de usar este nombre ya que sus asquerosos captores decidieron que no era lo suficientemente bonito para el trabajo, pero siempre lo guardó en su corazón y yo era la primera persona a la que se lo decía después de varios años. Ella siempre se vio influenciada por las modernidades que llegaban al país, a tal punto que le dio por estudiar.

Tenía las mejores calificaciones y a la edad de 19 años consiguió empleo en una pequeña escuela del barrio. Amaba enseñar y todas sus charlas a los niños iban enfocadas en la superación, en ser mejores personas, en lograr los sueños. Su meta era algún día ser una maestra y fundar un centro de enseñanza para los niños pobres. Sin embargo, en Benin City los sueños no se hacían realidad.

La dueña de la escuela donde trabajaba confiaba mucho en Kenya y un día le hizo una propuesta. Le habló de unos conocidos que tenía en España. Ellos tenían institutos de inglés por toda Europa y si ella lo deseaba podría hablar con ellos y encontrarle una plaza. El dinero que ganaría sería suficiente para que fuera a cualquier universidad y tuviera una vida con las comodidades básicas que ofrecía Europa.

Kenia vio el cielo abierto ante esta proposición. Era su oportunidad de hacer realidad sus sueños y proyectos haciendo lo que le gustaba: enseñar. Y como el inglés era su lengua tenía cierta ventaja. Así es como decidió que tener una vida sencilla en Europa era mil veces mejor que una vida miserable en Benin City.

Hizo todos los preparativos, solicitó su visa y con sus ahorros compró el boleto de avión. No tuvo ningún inconveniente. Incluso su familia estuvo de acuerdo, pues su partida representaba favorables ingresos en euros para todos.

El día ansiado llegó. Subió al avión y aterrizó en Madrid. Su español era pésimo pero se defendió bastante bien. A la salida del aeropuerto la esperaba una mujer, que era también de su misma ciudad. Ella la llevó hasta su casa, allí recibió una llamada de un tipo con un inglés muy malo pero entendible.

—«Hi! How are you doing?»^[12]»

—«Estoy bien».

—«Te llamo para decirte que la oferta de empleo ya no es en Madrid. Ahora mismo estamos necesitando una maestra en París. Será el mismo pago y te buscaremos un apartamento cercano al instituto. Disculpa los inconvenientes que te hemos causado, querida».

—«Oh vaya, este es un gran cambio. Yo no conozco mucho el francés».

—«No te preocupes, muchos en el instituto hablan inglés perfectamente y estoy seguro que en

poco tiempo hablarás francés fluidamente. Míralo como una oportunidad de aprender el idioma y en cuanto tengamos otra vacante en España serás transferida, si es tu deseo. Nosotros tenemos mucha demanda y nos gustaría contar contigo, pues hemos recibido excelentes referencias de ti».

—«Oh, es maravilloso que hablen así de mí. Yo estoy en la disposición de hacer un gran trabajo. Así que acepto la propuesta».

—«Excelente. No vas a arrepentirte. Has tomado la decisión correcta. Toma el tren de las ocho de la noche. Nosotros te esperaremos en la terminal de París».

—«*All right! Thank you so much*^[13]».

—«Que tengas buen viaje. Te esperamos».

La señora que la había acogido le dio de comer y luego la llevó a la estación de trenes. No tuvo ningún inconveniente para llegar a París. En las diez horas de viaje tuvo tiempo para pensar en su nueva vida y las oportunidades de superación que tendría. Nunca había venido a Europa. Su país era una letrina en comparación con las riquezas, la modernidad y comodidad de Europa. Apenas tenía unas horas y ya la amaba, y soñaba con traer a los miembros de su familia a vivir a este esplendoroso continente.

Al llegar a la terminal la esperaba Francois, un hombre de mediana edad, caucásico y de pelo rubio, estaba acompañado de una mujer nigeriana llamada Falala. Desde que la recibieron la hicieron sentir en casa. Se portaron muy amables y condescendientes con ella. Kenia sintió que todo iría bien y que todos sus sueños se harían realidad, pues sus ancestros la acompañaban en su camino.

Cuando llegaron a la casa de la pareja, todo cambió. La llevaron a una habitación donde había cuatro mujeres más, dos nigerianas, una del Congo y otra de Mozambique. Todas tenían algo en común: lucían gastadas, tristes y eran adolescentes entre catorce y dieciséis años de edad. Aquellas personas le quitaron su maleta y su cartera con todos sus documentos de identificación y el poco dinero que llevaba.

—«¿Qué hacen? ¿Por qué hacen esto?» —les dijo desconcertada.

—«Ahora nos perteneces y será mejor que hagas todo lo que te ordene o te mato como a un animal» —le contestó el hombre con un rostro muy diferente al que la recibió en la terminal. Era malvado y aterrador.

Pero Kenia era una mujer fuerte. Se abalanzó contra el hombre y forcejeó con él desesperadamente. Le arañó la cara pero éste la derribó de un puñetazo que le dejó una cortada en la mejilla derecha. Mientras estaba en el suelo, Francois la pateó hasta que se cansó, bajo la mirada impotente de las que estaban ahí.

—«¡Eres una maldita perra!» —le gritaba mientras la pateaba—. «¡Jamás vuelvas a tocarme! Y si no aprendes la lección te irá peor que ahora».

Francois paró de golpearla y se fue de la habitación cerrando con llave. Ninguna de las mujeres que estaban encerradas con ella se molestó en ayudarla por miedo a ser merecedoras de una paliza como aquella. Kenia no se levantó del suelo. Lloró amargamente lo que le estaba ocurriendo sin entender aún qué era lo que le estaba pasando. En su mente no cabía la idea de que había sido vilmente engañada y que esos cuentos que las mujeres contaban en las calles, para asustar a las jovencitas, eran reales y se estaban cumpliendo en su propia carne.

Cuando pudo levantarse interrogó a sus compañeras de martirio. Supo que se llamaban Hadiya, Imena, Jakira y Naila. Las cuatro muchachas habían llegado hasta ese lugar de diferentes maneras y hacía alrededor de tres meses que estaban en aquel lugar. Kenia jamás olvidaría a esas niñas. No pudo saber más porque en poco tiempo llegó Falala, a la que apodaban «*Madame*», y se las llevó.

No supo más de ellas hasta la madrugada, cuando regresaron vistiendo ropa provocativa y un maquillaje bastante llamativo, que se había corrido un poco por el paso del tiempo. Las chicas no volvieron a hablarle, se limitaron a bañarse en el estrecho tocador que había en la habitación y se tiraron a dormir sobre colchones gastados tirados en el suelo.

Kenia tenía una idea de qué le esperaba en ese lugar. No necesitaba que le explicaran que aquellas personas prostituían a esas niñas y que esa misma suerte le esperaba si no escapaba de las garras de esos monstruos. Pero en ese momento decidió descansar, pues su cuerpo seguía aún muy dolorido. Sin embargo, no pudo dormir nada pues la situación en la que estaba le preocupaba enormemente y no paraba de pensar en la manera de salir de ella.

A la mañana siguiente *Madame* Falala llegó a buscar a las niñas. Ellas la esperaban. Pero esta vez no se las llevó, sino que cerró la puerta tras de sí y le pidió a las niñas que se acomodaran cerca de donde estaba yo sentada en el colchón.

—«Mis niñas, hoy les daré un trabajo especial antes de irnos. Ya conocen a su nueva compañera. Ella se llamará Kenia a partir de ahora y quiero que le digan lo que necesita saber sobre su trabajo».

—«Sí, *Madame*» —contestaron a coro.

—«Lo primero es que debes verte bien» —inició Imena—. Los clientes no se acercarán a ti si te ves mal arreglada o enferma o no les das una sonrisa».

—«Tienes que ser amable y sensual con ellos, hacerte amiga del cliente, que confíe en ti y fingir que lo amas y que te gusta mucho» —continuó Naila.

—«Hacer todo lo que te pidan si están dispuestos a pagar por el servicio» —dijo Jakira.

—«Exige que use protección porque si te enfermas ya no servirás para el negocio» —concluyó Hadiya.

—«Muy bien. Lo demás, mi querida Kenia, lo irás aprendiendo en el camino» —dijo la *Madame* sonriendo, mientras le acariciaba su mejilla derecha—. «Eres muy bonita. Le vas a agradar a los clientes. No te preocupes, al principio será difícil pero luego te irás acostumbrando. Si no me crees pregúntale a ellas. Mis niñas lo disfrutaban. ¿Cierto?» —ellas asintieron, pero su rostro no mostraba la alegría que decía Falala que ellas sentían por su trabajo.

—«Yo no soy prostituta» —fue lo único que contestó.

—«Ahora dices eso. ¡Vámonos chicas! Hay que ponerse preciosas para el trabajo. Dejemos a Kenia sola, ella necesita pensar mejor las cosas».

Salieron de aquella habitación, pero esta vez la *Madame* no le puso llave a la puerta. Kenia pensó que lo había olvidado y de un salto se puso de pie y se acercó a ésta, pero quedó helada cuando se abrió la puerta y apareció Francois.

—«*Bonjour, mon amour*^[14]» —dijo cerrando tras de sí —. «Es hora de tu primera lección».

—«No te acerques a mí» —fue lo que dijo, pero él la tomó por sus trenzas y la atrajo hacia sí violentamente.

—«¡No quiero escucharte decirme que no!» —le gritó y la obligó a ponerse de rodillas. Desabrochó su cinturón y liberó a la bestia que comenzaba a despertar, deseosa de caricias—. «Muéstrame lo que haces con tu lengua».

Kenia no resistió más y comenzó a llorar implorando compasión, pero ninguna de sus palabras conmovió a este hijo de demonios que la amenazó con matarla a golpes si no hacía lo que le estaba ordenando. Kenia cerró los ojos y siguió las órdenes de Francois. Sus lágrimas, sus sollozos y su lengua temblorosa lo excitaban cada vez más.

Le gustaba lo que hacía Kenia y con su mano aún aferrada a sus trenzas la guiaba a los puntos que más le daban placer. Cuando tuvo suficiente tiró de sus cabellos para ponerla de pie, le quitó

la blusa y el sostén, y comenzó a besarla. Kenia no paraba de llorar.

Sentía tanto asco de aquel engendro y le pedía a su cuerpo que no reaccionara, pero el odio que sentía no evitaba que se humedeciera. Francois la arrojó sobre uno de los colchones y le bajó el pantalón junto con su ropa interior.

—«No, por favor, no lo haga» —le rogó, pero él no se detuvo.

Ella forcejeó, se resistió a que violara su virginidad, pero recibió un puñetazo en el costado que la venció y fue en el momento en que él la penetró con fuerza sin importarle el dolor que le causaba. Ella no tuvo otra opción que quedarse quieta mientras el hombre gemía de placer y se encendía más al contemplar su sufrimiento.

Kenia sólo rogaba a los ancestros que su tortura terminara pronto. Pero no fue así, Francois tardó mucho en llegar al orgasmo. Se aburrió de la posición en que la tenía y la obligó a ponerse en cuatro y continuó abusándola con velocidad, mientras ella lloraba y gritaba por el dolor que sentía.

Inmediatamente terminó, se arregló el pantalón y desapareció por donde mismo llegó, dejándola encerrada. Lloró amargamente y las ganas de morir rondaban su cabeza. Había pasado una hora cuando *Madame* entró a la habitación. Kenia permanecía llorando desnuda sobre el colchón.

Falala se acercó a ella y acarició sus húmedas mejillas, lo cual enfureció a Kenia de tal manera que levantó sus manos con la intención de ahorcar a esta mujer, pero ella le sostuvo las manos. No tenía fuerzas suficientes para hacer nada y esto la frustraba aún más.

—«Mi niña, es hora de que te preparemos. Esta noche iniciarás tu trabajo y empezarás con unos clientes muy especiales».

—«No, yo no puedo hacer esto» —contestó entre sollozos, a lo que Falala respondió secando sus lágrimas con una de sus manos y ayudándola a sentarse sobre el colchón.

—«No tienes opción, Kenia. Es mejor que no hagas nada estúpido, porque Francois te puede hacer cosas peores».

La *Madame* hizo que Kenia se bañara y se pusiera un vestido muy elegante pero sensual y luego la maquilló y disimuló la cortada que tenía en su cara. La *Madame* también estaba muy elegante y maquillada. Después de eso la llevó a la cocina y le dio algo de comer.

Fuera de la casa las esperaba un carro gris al cual se subieron. Ya había oscurecido. Al cabo de unos veinte minutos llegaron a una gran mansión donde había una fiesta. El lugar estaba lleno de hombres y mujeres elegantes y poderosos que exhibían su riqueza por los poros.

Falala la presentó a varios hombres, habló de ella como se habla de un producto, de una mercancía a la que se le está dando publicidad. Después de esto la llevó a una habitación y como última recomendación le dijo que no hiciera nada que pudiera lamentar y que complaciera en todo al cliente.

Acto seguido, un hombre en saco y corbata entró a la habitación. Era mucho mayor que ella y hablaba en francés, por eso no le entendía nada de lo que decía. Kenia estaba asustada y temblaba compulsivamente. El hombre ya estaba acostumbrado a esta clase de comportamiento y trató de tranquilizarla invitándola a sentarse en la cama. Ella lo obedeció, pero él se colocó justo frente a ella y abrió su pantalón. Entonces entendió perfectamente lo que él quería que ella hiciera.

—«Me han dicho que esto lo haces muy bien. Así que comienza» —dijo mientras lo sacaba.

Kenia estaba horrorizada y tenía mucho miedo de lo que pudieran hacerle, así que temblorosa hizo lo que le exigió. Este sólo fue el primero de todos los hombres que entrarían por esa puerta a sentirse dueños de su cuerpo, a violarla y a tratarla como a una vulgar prostituta. Al final de la

fiesta no sentía nada, ya no era ella. No sólo la ultrajaron, sino que la habían reducido a un desecho humano. Había dejado de ser Aliká para convertirse en Kenia.

Después de esta fiesta hubo muchas otras, pues Kenia atraía a este tipo de público, incluso algunas mujeres llegaron a pedir sus servicios. A las niñas nunca las traían a estas fiestas porque ellas eran menores de edad y esta gente no quería tener problemas con esto. A ellas las llevaban a las calles o las ponían a bailar en un club nocturno y las vendían a clientes sin escrúpulos y pedófilos, que normalmente eran bestias que las golpeaban y obligaban a satisfacer sus macabras fantasías sexuales. Kenia enfrentaba algo parecido, pero con gente «educada».

En esto pasó un año. Kenia se había olvidado de sí y encontró la manera de acostumbrarse y «disfrutar» del sexo, especialmente cuando le tocaban hombres que le gustaban. Se había convertido en una de las mejores y muchas de las compañeras que tuvo la envidiaron por su éxito entre los caballeros. Su fama llegó a los oídos de uno de los jefes más importantes del negocio y quiso comprobar lo que se decía de ella. Él quedó complacido y la quiso para sí.

En cierto sentido, esto le dio más tranquilidad pues sólo tenía que ser la mujer de un solo hombre, aunque en ocasiones su esposa los acompañaba, pero esto sólo lo hacía más divertido. Este hombre era poderoso y era dueño de múltiples clubes dispersos por Europa. Sin embargo, el negocio que mejor le rentaba era el de las mujeres. Este hombre se hacía llamar Dominique.

Dominique le dio mucha libertad. Podía ir donde quería, manejaba cierta cantidad de dinero, incluso hablaba con su familia y les contaba lo bien que le iba en el instituto de inglés. Kenia no pensaba en escapar. Esta era su única forma de subsistencia y nunca podría decirle a su familia a qué se dedicaba. Tenía tanto poder en la casa de Dominique que llegó a ser la *Madame* de las mujeres que llegaban a la casa con el objetivo de entretener a los hombres y mujeres que iban a las fiestas que hacían, las que llegaban para limpiar, para cocinar, etc. Ella era quien las entrenaba, las domesticaba y las vigilaba ¿Qué más podía pedir?

Ayúdame a escapar

Escuchar la cruda historia de Kenia me ha dejado las mejillas húmedas por las lágrimas. Siento tanta pena por ella, pero siento mucha más pena por mí, ya que me imagino que es la misma suerte que me espera y me aterra pensar en eso, sobre todo porque mi futuro está muy oscuro.

—Esto no es justo —le digo—. No podemos dejar que estas personas nos usen y nos traten como basura.

—Y ¿Qué piensas hacer? —contesta fríamente.

—No sabemos qué van a hacer con nosotras. Debemos escapar, Kenia. Tú conoces esto más que yo. Podemos idear la manera de huir o de buscar ayuda —le digo, y más que un plan, mis palabras son un ruego, le estoy implorando que me ayude a escapar.

—Niña, tienes toda la razón: hay que escapar. Estoy harta de vivir esta vida y te aseguro que voy a huir, pero lo haré sola. Tú tendrás que buscar tu propia manera de hacerlo —sus palabras me hacen un nudo en la garganta y aceleran mi corazón. Me recuerdan con crudeza que estoy sola y que nadie más que yo me sacará de aquí.

Después de eso, no cruzamos más palabras. No tiene sentido. Ha quedado claro que el hecho de que estemos cautivas en el mismo lugar, no nos hace amigas ni nos obliga a trabajar en equipo para salir de aquí. Ni siquiera me molesto en preguntarle qué plan tiene en mente porque seguro no me lo dirá.

Pero espera un momento. Algo está pasando. El camión se ha detenido. Al cabo de un momento escucho que están abriendo una puerta corrediza. Alguien se acerca. De pronto escucho que abren una cerradura y todo se ilumina. Alguien ha abierto la caja de metal en la que estamos y mis ojos se encandilan y no puedo ver quién es. ¿Qué querrá? Es en lo que pienso y presiento que pronto lo sabré.

—¡Salgan! —dice con autoridad en español.

Yo dudo y permanezco inmóvil pero aquel hombre me sujeta por el brazo y me obliga a salir de la caja. Kenia obedeció inmediatamente. Comienzo a visualizar mejor. Estamos dentro de un camión. Nuestra prisión es un compartimento secreto dentro de este que aparenta ser parte de la cabina. Nadie que revise el camión se daría cuenta que existe. Observo que el hombre tiene rasgos latinos y que lleva una pistola sujeta a su cinturón. Caminamos hacia afuera.

Poco a poco puedo distinguir mejor las formas y los colores. Siento frío. Aún llevo puesto el negligé negro con encaje rojo. Estoy casi desnuda y cruzo mis brazos sobre mi pecho, como si eso pudiera detener el lascivo deseo de un hombre. Kenia está más protegida, camiseta, jean y tacones. Afuera del camión hay otro hombre que espera ansioso. Miro a mi alrededor. Estamos en medio de la nada, en una carretera desierta. Una extraña sensación oprime mi pecho y no me permite respirar. Estos hombres quieren divertirse con nosotras antes de llevarnos a nuestro destino.

—Qué bonita es la mercancía —dice el que esperaba afuera mordiendo su labio inferior. También habla perfectamente en español, y es latinoamericano.

—¿Qué es lo que quieren?! —les digo con la voz entrecortada. Pero Kenia pone su mano en mi hombro invitándome a guardar la calma.

—Ya veo —continúa dirigiéndose a ellos—, quieren que pasemos un rato agradable.

Su voz ha cambiado. Ya no es fría y cruel, sino seductora. Lentamente se acerca al sujeto que

nos había sacado de la caja y con su mano recorre su pecho y llega hasta su entrepierna y con fuerza le sujeta lo que guarda allí, que inmediatamente se endurece en su mano.

—*Oh là là*^[15], que rico se siente eso.

—Así es que me gustan las mujeres —responde el hombre con una sonrisa lasciva y excitada. Ella entonces toma las dos manos de él y las coloca sobre sus senos, mientras ella desabrocha su cinturón sin dejar de verlo a los ojos.

El otro hombre no se queda atrás. Al ver que su compañero ya está siendo agasajado por la morena, él decide acercarse a mí. Yo doy un paso atrás pero él me toma por ambos brazos con fuerza y me atrae a sí. Me resisto, pero no logro evitar que me bese toda la cara y el cuello. Él intenta llegar a mis senos, pero la voz alarmada de su amigo lo detiene en seco.

—¡Devuélvemela, maldita zorra!

Kenia tiene entre sus manos el arma del hombre y le apunta con ella. La sujeta firme, no tiembla, ella sabe lo que hace. Mi corazón da un salto, una luz en la oscuridad destella, esta es nuestra oportunidad de ser libres. Pero el hombre que está a mi lado me sujeta por el cuello y con un puñal amenaza con asesinarme.

—No seas estúpida, perra. Regresa el arma o le abro la garganta a tu amiga como a un animal.

—Ella no es mi amiga—. Un frío recorre mi espina. ¿Ella es capaz de abandonarme a mi suerte?

—¿Qué es lo que quieres? Si nos matas no te saldrás con la tuya, las buscarán y las matarán como perras.

Kenia ríe elocuentemente, parece una demente.

—Jamás volverán a tocarme, malditos. Yo seré libre y ninguno de ustedes podrá impedirlo.

En ese momento Kenia me mira fijamente a los ojos, arquea los labios dibujando una sonrisa y luego mira al cielo como si elevara una oración a sus antepasados. Coloca la pistola en su sien y dispara sin dudar.

Libre

Su cuerpo se desploma al suelo sin ninguna señal de vida y un charco de sangre se empieza a formar a su alrededor. Los hombres no pueden creer lo que sucede. Yo tampoco. Kenia al fin es libre. Este era el plan del que me había hablado y al que yo no podía acompañarla. Ha conseguido su libertad de la manera más inesperada, pero la más dolorosa y extrema. Nadie más le causará dolor, nadie más la tratará como basura ni pensará que es el dueño de su cuerpo. Kenia ahora es libre.

Entiendo las razones por las que me contó su historia. Su alma era lo único que no habían podido arrebatarme, pero todos los días cada palabra, cada golpe, cada amenaza, cada violación, la mataban un poco y la hacían menos humana y más cerca de ser un robot, una autómatas productora de placer. La muerte era preferible a vivir en este infierno. Ahora está con sus antepasados y es libre por toda la eternidad. Sin embargo, yo aún sigo aquí. Estoy parada estupefacta. Las piernas me flaquean y la cabeza me da vueltas. Estoy a punto de desvanecerme. Esta es una pesadilla que no tiene fin.

El hombre baja el puñal. No comprendo si están asustados por lo que les espera cuando lleguen con una sola de nosotras o compadecidos por la muerte de ella. No lo sé. Lo que veo es que la única persona que había aliviado un poco mi soledad, yace sobre la tierra sumergida en un charco de sangre. «*No seas tonta Andrea*», me digo a mí misma. ¡Huye! ¡Es tu oportunidad! Reacciono y aprovecho el anonadamiento de aquellos hombres y salgo corriendo por la carretera.

Mis pies descalzos arden en el asfalto caliente, pero no me detengo. Kenia me ha brindado una oportunidad para conseguir mi libertad. Una luz se abre paso en la oscuridad. La calle está desierta por ambas vías, pero continúo corriendo con la esperanza de que algún vehículo aparezca.

¡Un momento! Ahí viene un carro. Sigo corriendo a su encuentro y pido auxilio a todo pulmón. El auto cada vez está más cerca y yo corro en el medio de la calle con todas mis fuerzas sin mirar atrás. El auto no aminora la velocidad. ¡No se detiene! Me rodea y sigue su camino a toda velocidad. Distingo a una mujer al volante con cara de terror. Sigo pidiendo auxilio pero mis esfuerzos son en vano. Ella no se detendría y la comprendo, ya que hacerlo pondría en riesgo su propia vida. Se ha ido. Me veo obligada a mirar hacia atrás. Ellos me persiguen y están por alcanzarme, hasta que escucho un estruendo. Me están disparando.

—¡Detente, perra! O te mueres tú también—. No tengo otra opción que detenerme. Levanto las manos. Tengo miedo. No quiero morir, aunque la muerte es la única que podría aliviar mi dolor.

—¡Eres una maldita desgraciada! —grita uno de ellos mientras me da una bofetada. Siento un sabor metálico en mi boca.

Luego me sujeta fuertemente por el cabello. Me resisto, no quiero ir con él. Sujeto su brazo y entierro mis uñas en su carne, pero con la otra me amenaza con la pistola y, encendiéndose en una violenta ira, me tumba al suelo tirando de mi pelo y arrastrándome por el asfalto unos metros. Me retuerzo, pero no es suficiente. El negligé se desgarró y recibo en mi piel los arañazos del suelo caliente. Grito con todas mis fuerzas, pero en vano.

—¡Cállate, zorra! Nadie va a ayudarte —me dice el otro escupiéndome.

Dejo de tambalearme y me suelta el cabello. Me pongo de pie con dificultad y a empujones me

sube al camión, abre la puerta oculta y me arroja adentro.

—Y atrévete a moverte si quieres correr la suerte de la otra perra —me amenaza y se aleja dejando la puerta abierta. Estoy aterrada, abrazo mis rodillas y empiezo a llorar sin control. Nunca seré libre.

Al cabo de un rato escucho ruidos. Se acercan los hombres. Acto seguido, con mucha dificultad meten un enorme bulto junto a mí. No puede ser. Es el cuerpo de Kenia envuelto en una frazada. Cierran la puerta y quedamos sólo ella y yo en total oscuridad.

Creo que ha pasado una hora y no me he movido de mi lugar. El olor a sangre es penetrante e insoportable. He tratado de pensar en otra cosa, pero es imposible ignorar que estoy sentada junto al cadáver de una mujer.

Percibo que el camión se detiene. En poco tiempo escucho que abren la puerta. Son ellos otra vez. Toman el cuerpo de Kenia. Su expresión es fría e imperturbable, como si esto fuera parte de los gajes del oficio y estuvieran acostumbrados a hacer desaparecer cuerpos sin vida. Al sacarla cierran la puerta y quedo sólo yo.

No tengo idea de dónde estamos ni hacia dónde vamos, pero imagino que se han detenido para deshacerse de Kenia como un desecho, donde nadie jamás pueda encontrarla y aun haciéndolo, ¿a quién le importa una vil prostituta extranjera y sin documentos? Esa era su condena, ser recordada como una zorra, una mujer cuyo cuerpo era el objeto de deseo de muchos hombres y cuya vida no valía nada.

No sé cuánto tiempo he estado aquí adentro. Muero de hambre y de sed. Se han olvidado de mí. Me cuesta respirar y he tenido que orinarme encima para que mi vejiga no explote. ¿Acaso pueden hacer que mi vida sea más miserable? ¿Puede empeorar más mi situación?

Estoy tan aterrada... Me asusta tanto lo que harán conmigo, me asusta ser una prostituta, me asusta verme obligada a serlo. Pero ¿qué es más importante para mí? ¿Sobrevivir? ¿Mi dignidad? Kenia ya me lo había dicho antes, era cuestión de acostumbrarse y, por lo visto, debía hacerlo.

Stella Night Club

Día veintidós

Abren la puerta. Tengo la impresión de que hemos llegado a nuestro destino. Estoy entumecida y me cuesta ponerme de pie. Mi hedor asquea a los hombres y me miran con desprecio.

—¡Eres una perra sucia! ¡Mira como ensuciaste el camión! —dice mientras me escupe la cara. No digo nada aunque la rabia y la impotencia me consumen.

Salgo del camión. Aún es de día, pero los rayos del sol son tenues. Creo que estuve ahí adentro por unas quince horas o más y no tengo la menor idea de dónde me encuentro. Miro a mi alrededor. Parece que estamos en la parte de atrás de un enorme edificio pintado de un color oscuro o, por lo menos, esa área lo estaba.

Un hombre que fuma un cigarrillo se acerca. Viste pantalón de tela y camisa. Parece de unos cuarenta años y está totalmente calvo, su altura es promedio y está algo subido de peso. No está contento, su cara lo muestra abiertamente. Saca el cigarro de su boca y lo tira al suelo con mucho coraje mientras fulmina con la mirada a los dos hombres que se muestran atemorizados.

—¡Son unos malditos estúpidos! —grita con un marcado acento italiano—. Tenían un trabajo simple y lo arruinaron, malnacidos. Pero van a pagar, hasta el último centavo, el precio de la mujer que perdieron, malditos indios buenos para nada.

Desde el más allá Kenia inicia su venganza contra ellos y casi puedo imaginarla reírse a carcajadas de estos imbéciles. Algo me dice que ésta no es la única sorpresa que ella les dará y que desde donde se encuentre hará que paguen todos y cada uno de los que la lastimaron.

—¿Qué hacemos con ella, jefe? —se atreve a preguntar uno de ellos.

—Llévenla con las otras *battonas*^[16] y que la preparen —dice aún enojado.

Los hombres me empujan hacia una puerta a unos metros de donde estamos. Adentro escucho música que suena muy alta, pero como si estuviera contenida en algún salón. Vamos por un largo pasillo pintado de negro e iluminado por bombillos de luz blanca. Al final de este llegamos a una pequeña sala donde hay una mujer blanca, esbelta, con el pelo lacio, negro y largo. Lleva puesto un vestido negro ajustado a la piel y zapatos de plataforma muy altos. Me contempla y me sonríe con sus labios color carmesí.

—¡Querida! ¿Qué te han hecho? —me dice en español con su acento italiano—. Váyanse de aquí, yo me encargo—. Los hombres se retiran y ella continúa diciendo: —Soy Zafiro y yo voy a cuidar de ti de ahora en adelante. Ven conmigo. Tenemos que arreglarte un poco, estás hecha un desastre.

No respondo absolutamente nada a aquella mujer. La obedezco y la sigo. Atravesamos una puerta y entramos a un pasillo en el cual hay puertas a cada lado. Llegamos a una que tenía la calcomanía del dibujo animado de Betty Boop, con su vestido rojo y con una mano cerca de la boca en señal de que está lanzando un beso al aire. Zafiro abre la puerta utilizando una llave que saca de la línea que forman sus senos por lo ajustado de su vestido.

Entramos. El lugar es una habitación pequeña con las cosas necesarias. En ella hay tres camas con espacio para una persona, un closet con puertas de espejo corredizas, una puerta que a mi entender da al baño. No hay ventanas, pero el lugar se siente fresco. Se puede observar un aire acondicionado que a la vez es calefacción. La habitación está vacía pero a leguas se ve que está

habitado por una o varias personas.

—Bueno, creo que es mejor que te des una ducha. En seguida regreso con comida. Estoy segura de que estás hambrienta. Además, traeré un poco de alcohol para que no se infecten esos rasguños que tienes. Aquí tienes todo lo que necesitas. Tu cama es esa. No tardaré mucho. Siéntete en casa, preciosa —dicho esto, da media vuelta y cierra la puerta detrás de sí.

Entro al baño. Me desnudo y tomo una ducha. Me estrujo fuertemente con el deseo de limpiar de mi piel la suciedad que mancha mi alma, pero no lo consigo. Mi piel está libre, tanto de la mugre como de mi sangre mezclada con la de Dominique; sin embargo, mi alma se consume en la putrefacción. El agua tibia me da vitalidad y comienzo a recuperar un poco las fuerzas. Me envuelvo en la toalla que está enganchada en el baño sin importarme quién la usó antes y salgo. ¡Oh por Dios! Sobre una de las camas está sentado el hombre que vi cuando llegué a este lugar. ¿Qué quiere? Su mirada lasciva habla por él.

—*Amore mio*^[17], ya estás más presentable —celebra mientras me mira de la cabeza a los pies. Se pone de pie y se acerca a mí. Yo retrocedo—. No me tengas miedo, no te va a pasar nada malo siempre y cuando hagas lo que tienes que hacer. Quitate esa toalla y déjame ver lo que tienes para ofrecer.

Lo dudo y sujeto el nudo de la toalla con ambas manos. No quiero hacerlo, pero él se acerca y con su mano toma la toalla y de un tirón me deja sin ella. Sonríe satisfecho y asiente con la cabeza, pues le gusta lo que ve. Me rodea observando con detenimiento mi desnudez.

—Me gusta lo que veo—. Se acerca por detrás y acaricia mi espalda húmeda. Me erizo del miedo, pero él lo interpreta como excitación y recorre con su mano mi espalda hasta llegar a mis nalgas y luego me da una palmada en uno de mis glúteos—. Tengo el lugar perfecto para ti, donde todos puedan admirar las perfectas líneas de tu cuerpo. Las mujeres de tu color llaman mucho la atención.

Contento con su nueva adquisición, sale de la habitación tarareando una canción. Mi corazón regresa a su lugar. En seguida la puerta se abre otra vez y aparece Zafiro con una bandeja y en ella un plato con una succulenta comida. Me recuerda a Kenia. Ella debe ser la guardiana, la madame. «No te confíes, Andrea», me digo, «ella no es tu amiga». Recojo la toalla del suelo y me envuelvo en ella nuevamente. Tomo la bandeja e ingiero la pasta con desesperación. Poco a poco siento cómo mi cuerpo recobra su ánimo y mi estómago silencia el escandaloso concierto de gruñidos que tiene desde hace mucho, pero mi cabeza sigue doliendo por el golpe recibido.

—¿Dónde estoy? —le pregunto.

—Estamos en Roma —contesta viendo complacida cómo devoro el plato.

—¿En Roma! ¿Italia? —exclamo soltando el tenedor sobre el plato. Estoy en shock. Otro país.

—Así es. Estamos en el *Stella Night Club*^[18]. Apúrate en terminar, tienes que estar lista para iniciar esta misma noche. No hay tiempo que perder, te estrenarás hoy mismo.

—¿En qué se supone que voy a estrenarme?—. No quería escuchar su respuesta, pero no quería que me tomara por sorpresa.

—Vas a bailar en el club y a servir a los clientes los tragos y todo lo que pidan. Es muy sencillo. Bailas y si les gusta te pedirán como compañía, les sirves los tragos y si al cliente le parece paga el paquete completo y lo llevas a una de las habitaciones especiales. Este es un lugar exclusivo y no viene cualquier tipo de gente. Debes comportarte a la altura. Estoy segura que lo harás bien, pues tú pareces una niña educada.

No doy crédito a lo que escucho.

—Yo no quiero hacer eso. Quiero que me dejen ir. Estoy contra mi voluntad —le digo casi

como una súplica—. ¡Llévame a la salida, por favor!

—Belleza, no digas eso delante de nadie más. Por menos de ahí te muelen a golpes o te asesinan. Además, ¿por qué quieres irte? Aquí tendrás todo lo que necesites: Ropa, lujos, comida, atenciones, vivirás como una reina a cambio de algo tan sencillo como tener sexo. ¿Lo imaginas? Vivir bien por hacer algo que te da placer también a ti. Cualquier chica sabría valorar esta oportunidad. Cuando conozcas a tus compañeras sabrás de lo que hablo y ellas te contarán lo bien que lo pasan aquí.

—Pero yo no quiero esto.

—Te acostumbrarás. Todas lo hacen y, como te dije antes, por tu bien, no vuelvas a repetir eso delante de nadie. ¿Terminaste de comer? Ponte ropa y ven conmigo.

Termino de tragar la pasta resignada. Abro el closet. Este está dividido en tres secciones y tomo uno de los vestidos que hay dentro de la sección que me señala Zafiro. Me lo pongo. Es corto y ajustado, con un gran escote. Zafiro me señala unos zapatos de tacón alto. Me los pongo y junto a ella salgo de la habitación.

En poco tiempo llegamos a otro cuarto donde hay un hombre con la cabeza rapada y los brazos cubiertos de tatuajes. Dentro hay una camilla y un taburete donde está sentado el hombre tomándose un trago. Zafiro intercambia con él algunas palabras en italiano. Él sonríe y me invita con un ademán a recostarme sobre la camilla boca abajo. Antes de hacerlo miro a Zafiro interrogándola.

—No tengas miedo, sólo te hará un pequeño tatuaje.

Me recuesto sobre la camilla. El hombre se pone de pie, coloca el vaso junto a la botella y otros vasos, busca su aparato y lo prepara. ¿Qué hace? Me levanta el vestido de improviso y yo me doy la vuelta regresando el vestido a su lugar con una expresión aterrada.

—Tranquilízate hermosa, el tatuaje es sobre la parte superior de tu trasero —me dice el hombre con un limitado español

—Pero ¿para qué? Yo no quiero tatuarme —digo mirando a Zafiro.

—Esto lo harás a las buenas o a las malas, tú escoges —es la respuesta de ella. Me doy la vuelta y permito que ese hombre me levante el vestido y exhiba mis nalgas.

Empieza a trabajar. Duele la aguja sobre mi piel. Zafiro sirve un trago en dos vasos y me extiende uno a mí diciéndome que eso me ayudará a soportar. Lo dudo por un momento pero lo tomo de una sola vez. Me es familiar el sabor. Es vodka y me recuerda a Julia y mi primer día en este infierno. El alcohol me marea un poco y me hace olvidar la aguja que taladra mi baja espalda. En poco tiempo el hombre termina con su trabajo y me indica que me levante dándome una nalgada.

—Muy bien, querida. Oficialmente eres miembro de la familia —dice Zafiro sonriendo alegremente, como si realmente pensara que esto a lo que ella llama familia es un lugar maravilloso al que yo quiero pertenecer.

Llena mi vaso otra vez y brinda conmigo. Yo me mantengo seria. Observo el tatuaje que me hicieron en un espejo detrás de mí. Stella es lo que dice. Me han marcado como se marca a una vaca del ganado. Soy una prostituta y le pertenezco al *Stella Night Club*.

Eva

Ya es de noche. La música se escucha en todos lados. El club está abierto, pero no es hasta las 9:00 p.m. cuando Zafiro va a buscarme a la habitación. Una chica había entrado mientras estuve ahí, pero sólo se limitó a echarme una mirada poco curiosa, cambiarse la ropa que traía puesta y salir apresuradamente.

La misma Zafiro elige el negligé que he de ponerme. Es rojo, ajustado y de encaje, dejando ver al público qué hay detrás de él. Uso un *colales* del mismo color y zapatillas de tacón alto. Zafiro me ha maquillado y puesto en los labios un rojo vivo y seductor. Me miro al espejo y veo una prostituta. Además, Zafiro me da unos últimos consejos sobre lo que haré en el Club.

—Bailarás en el tubo como te indiqué. Hoy tenemos mucha gente importante, así que procura hacerlo bien si no quieres que te castiguen. Luego servirás en la mesa de *la Donna*, ella pidió tu servicio. Considérate afortunada. No la mires a la cara y hazlo bien para que no te metas en problemas.

¿*La Donna*? Había escuchado ese nombre y me produjo escalofríos escucharlo nuevamente. Las veces que la vi no fue una grata experiencia y luego ocurrió el asesinato de Dominique del que yo era la única testigo de quien tiró del gatillo. Le pido que me de otro trago de vodka. Creo que es la única manera en que puedo ser capaz de hacer lo que me ordenan. Ella me complace.

—Y recuerda, ya no eres Andrea. Tu nombre es Eva. ¡Lúcete, querida! Aprovecha el cuerpo que tienes y convence a cada hombre en el Club de que te desee.

Zafiro camina a toda prisa. Según avanzamos la música se escucha más fuerte. Atravesamos una puerta y un nuevo lugar se abre ante mis ojos. El lugar está lleno, pero las personas que están sentadas en las mesas no son comunes y corrientes. Son personas pudientes, elegantes, que se divierten con el show de la mujer semidesnuda que baila como si le hiciera el amor al tubo de metal en una de las tarimas decoradas con estrellas iluminadas. Es la misma mujer que entró a la habitación a cambiarse de ropa. Su destreza en el tubo es prodigiosa y el público masculino le aplaude con entusiasmo. En sus caras se nota el deseo de convertirse en el tubo que manipula esta mujer.

Varias mujeres en negligés provocativos se pasean sensualmente por las mesas, sirviendo tragos a los clientes y tratando de seducirlos para que se motiven a pagar el paquete completo. Uno que otro cliente las manosea como si estuviera degustando la mercancía que va a comprar y ellas responden con agrado y con risas coquetas. Todo aquello me asquea y aterra a la vez.

Zafiro me lleva detrás del escenario. Escucho a un presentador introduciéndome e invitando al público a admirarse por la belleza latina y exótica que los deleitará con su sensual baile. Eva es su nombre. Zafiro me da otro trago de vodka y me anima a salir.

—No estoy lista —le digo rogándole con mis ojos que me libre de esta humillación—. Yo no sé bailar de esa manera.

—No seas tonta. Sólo sal, modela un poco, dale unas vueltas al tubo y quítate el negligé para que vean la calidad que tienes. No es un espectáculo, es para que te conozcan. Luego aprenderás. Yo me encargaré de eso, Eva.

Zafiro coloca una mano en mi espalda y me empuja hacia el escenario. Todas las luces me enfocan. Escucho el aplauso de los presentes, no distingo con claridad sus caras. La música es animada y sensual a la vez como una mezcla de techno y reggaetón. Me quedo paralizada.

De pronto, el hombre que me recibió al principio aparece a un lado del escenario, donde el público no puede verlo y con cara de pocos amigos acaricia el mango del revolver que lleva oculto en su pantalón. Entiendo el mensaje.

Comienzo a modelar alrededor del escenario sin ninguna expresión en mi rostro. Me detengo frente al tubo dándole la espalda al público y lo sujeto, muevo mi cintura lentamente y voy agachándome hasta quedar en cuclillas. Luego me pongo de pie con la misma lentitud, me giro y me quito el negligé quedando sólo con el *colaless*. El público enloquece.

Todos me miran, aplauden con euforia y, uno que otro, vocifera cumplidos en italiano; pero ninguno se percató de que por mis mejillas corrían las lágrimas, pues sus miradas estaban fijadas en mis senos descubiertos. Me siento reducida a una cosa, a una masa que no sirve más que para satisfacer la morbosidad de un público insaciable y perverso. El presentador sale nuevamente al escenario y pide un fuerte aplauso. Yo doy la vuelta y regreso donde Zafiro me espera con los brazos abiertos. Me coloco otra vez el negligé y ella me abraza efusivamente, orgullosa por mi desempeño.

—¡Límpiate esa cara! —Ordenó con cierta alarma en su voz—. Mientras estás trabajando, las únicas expresiones que debes mostrar son una sonrisa o que estás muy excitada. De lo contrario, tendrás un castigo por cada lágrima... Ahora sígueme, están solicitando tus servicios.

La sigo y mi corazón comienza a latir con fuerza. Cruzamos entre varias mesas. Al caminar varios hombres tocan mis nalgas y tengo que frenar el instinto de abofetearlos. Ya no soy nadie, ya no me pertenezco. Mi cuerpo es suyo y pueden hacer con él lo que quieran.

Llegamos a una mesa distinta de las demás. En ella están sentadas tres personas. Dos hombres y una mujer. Los hombres están elegantemente vestidos. Uno es bastante mayor, pero el otro es joven y podría estar a principio de los treinta. Es el hombre aquel que me atrapó cuando intenté huir.

Al hombre mayor se le ve la lujuria en la cara. Su pelo es canoso, y lo hace lucir distinguido, mientras que el joven se percibe como soberbio, petulante. Muestra una clara indiferencia ante mi presencia. Conozco a la mujer. Es Giordana, la esposa de Dominique, la llamada *la Donna*, la mujer que tiene los pantalones mejor puestos para el negocio que su fallecido esposo. Justo detrás de ella hay un hombre de pie con brazos cruzados, que al verme sonrío y percibo la maldad en su gesto. ¡Es Antoine! ¡El asesino de Dominique! Tan tranquilo y campante como si nada hubiera ocurrido.

De mí se apodera un deseo de salir huyendo lejos de este asesino, pero Zafiro me toma del brazo e interrumpe la animada conversación que tiene Giordana con sus invitados y les habla a los tres en italiano mientras me señala. Algunas palabras logro entender por su parecido al español, pero no me entero de todo lo que hablan. Antoine no deja de mirarme con sus ojos lascivos y perversos.

—Sí, ¿cómo olvidarla? Dominique, que en paz descanse, le tenía gran aprecio —dice *la Donna* dirigiéndose a mí en español con una expresión irónica y burlona—. Mi querido amigo —se dirige al hombre mayor—, como te aprecio tanto, cerraremos este trato con mi obsequio: estrenarás a la más aclamada del Club por esta noche.

El hombre hizo un gesto de no comprender el idioma en el que le hablaba y de inmediato *la Donna* se lo repite en italiano sin dejar de mirarme, lo que me hace pensar que tenía mucho interés en que yo escuchara en mi idioma los planes que tiene para mí. Su deseo es seguir humillándome.

Durante una hora me mantuve sirviéndole tragos a *la Donna* y sus invitados. Siento tanto miedo de ella y tanto asco del viejo que mantiene sus manos sobre mis nalgas mientras le sirvo otro escocés. También siento mucho miedo de Antoine, que no me quita la vista de encima, mientras

que el joven sólo me ignora, pues está muy atento en las palabras de *la Donna*.

El viejo se pone de pie y se despide de Giordana con un beso en cada mejilla y le tiende la mano al joven. Acto seguido, me mira lascivamente y me hace un gesto para que lo acompañe. Soy plenamente consciente de a dónde nos dirigimos. Zafiro va delante para mostrarnos la habitación especial para el invitado privilegiado de *la Donna*. El viejo no duda en recorrer el camino metiendo una de sus manos por mi ropa interior y apretar uno de mis glúteos. Me mira y sonrío pensando que me agrada su compañía. Yo me mantengo sin ninguna expresión.

Llegamos hasta un pasillo lleno de puertas. No había estado aquí antes. El pasillo está iluminado y los detalles son muy elegantes, no se parece en absoluto al pasillo que conduce a mi habitación. En las paredes color salmón hay retratos de personajes griegos desnudos, de parejas haciendo el amor y una peculiar estatua de Afrodita desnuda y dentro de una concha, al fondo del pasillo sobre un pedestal.

De pronto, una pareja sale de una de las habitaciones y echo un rápido vistazo al interior antes de que la puerta se cierre. Es una habitación con matices de rojo y negro. Alcanzo a ver utensilios parecidos a los juegos que usaba Dominique conmigo y un diván rojo con forma ondulada. La mujer está vestida sólo con un corpiño de encaje y tanga, y aún sigue haciendo caricias a su acompañante. El hombre se ve muy feliz y disfruta enormemente las caricias de su amante que lo motivan a pagar otra segunda vuelta. Ellos no se inmutan por nosotros y siguen su camino.

Zafiro se detiene ante una de las puertas y la abre, invitándonos a pasar. El viejo está muy emocionado. Cierra la puerta y de inmediato se quita la ropa. Con señas me dice que lo haga yo también. Al hombre le urge quitarse las ganas y yo soy sólo el medio para lograr su cometido.

En mi interior siento una mezcla de asco y horror mientras el viejo besa mis senos dejando rastros de su saliva alcoholizada a su paso. Con las manos busca el preservativo en la canasta que hay en la mesa de noche. Me lo da y se prepara para que se lo coloque. Luego me pide que me acueste en la cama y prosigue con lo siguiente. No estoy lo suficientemente húmeda y siento una molestia dolorosa. Pero después de unos movimientos el viejo se cansa y me pide que me ponga arriba. Obedezco y me muevo sobre él en silencio, mientras él cierra los ojos lleno de placer.

Siento alivio cuando me doy cuenta que ha terminado. Me levanto, me pongo el negligé y el *colales* y salgo de la habitación, dejándolo rendido sobre la cama. Agradezco que la tortura haya sido rápida. Lloro con amargura, mientras camino por el pasillo. ¿En qué me he convertido? Avanzo con lentitud. Quiero retrasar el tener que volver a ese lugar, donde hombres y mujeres van en busca de satisfacer sus deseos más carnales.

Delante de mí veo una mujer que va caminando. Es alta, elegante y modela más que caminar. Me es tan familiar su contextura física... Ella camina lento y la alcanzo. No puedo evitar mirarla. Lleva unos lentes de sol, a pesar de que no son necesarios aquí adentro. Entonces me doy cuenta de que es ella y la detengo en seco.

Encuentro inesperado

Sin lugar a dudas esta mujer es Julia. Pone cara enojada pues la retengo por un brazo y la aprieto fuertemente. Sin embargo, me reconoce y sonrío descaradamente, como si no recordara todo lo que me ha hecho. No siente culpa por todo lo que sabe que he sufrido. En su mente piensa que me ha hecho un gran favor.

—¡Andrea! O debo decir Eva. Me gusta tu nuevo nombre. Es una lástima lo que le pasó a Dominique, pero parece que te va muy bien. Me alegro por ti.

—¿Bien? ¿Crees que me va bien?—. La ira se apodera de mí, quiero tomar a esta mujer por el cuello y asfixiarla hasta arrancarle el último aliento—. ¡Me has arruinado la vida! ¡Me has convertido en una vulgar prostituta!

No puedo resistir más. La suelto del brazo y le doy una bofetada tan fuerte que sus lentes salen volando. Descubro que sus gafas ocultaban un ojo morado, golpeado, que de seguro se lo ha ganado con alguno de sus jefes. Julia no hace nada para detenerme, sólo se ríe casi compulsivamente y se agacha a recoger sus lentes.

—Supongo que me lo merezco —dice colocándoselos nuevamente.

—Mereces eso y más. Por tu culpa estoy aquí. Por tu culpa soy lo que soy. Quisiera matarte ahora mismo. Me has condenado para siempre.

—Por favor, Andrea. Es sólo sexo. ¿A quién no le gusta coger? Nadie se ha muerto por eso. Además, esto es mejor que lavar baños en nuestro país, que es lo que estarías haciendo ahora mismo —expresa con desprecio.

—Preferiría estar lavando baños con mi mamá.

—Sí, eso dices—. Entonces me sujeta de los hombros y me empuja contra la pared y, sin que pueda evitarlo, mete una de sus manos por mi ropa interior, palpa mi humedad y saca su dedo húmedo y lo pone frente a mí—. Tu cuerpo no pone resistencia. Eres una perra como yo. La única diferencia entre tú y yo es que yo he subido de nivel y tú sigues siendo una vulgar prostituta que baila en un club.

Me lleno de ira nuevamente. La derribo y la abofeteo sin compasión. Hubiera continuado, pero siento que alguien fuerte me sujeta por las axilas y me quita de encima de ella. Continúo dando patadas al aire para zafarme de quien me tiene prisionera. La mujer que lo acompaña ayuda a Julia a ponerse de pie. El hombre me suelta y me volteo para ver su cara y abofetearlo también. Me doy cuenta que es el hombre joven que acompañaba a Giordana. El terror recorre mi piel ante el castigo que pudiera acarrear mi incontrolable reacción y detengo mi mano, que estaba lista para tatuarse en su mejilla.

—¡Déjenla! Yo la provoqué —dice Julia acomodándose el vestido—. Pueden irse a lo que iban. Nosotras estaremos bien. Es sólo un pleito entre amigas.

Ellos la obedecen, pues tenían más deseos de irse que de meterse en problemas de prostitutas. La pareja se perdió detrás de una puerta. Julia me miró fijo a los ojos.

—Mi querida Andrea, mi consejo es que trates de ser como yo. Tiene sus privilegios. No puedes seguir pensando como una niña y lamentándote de que estás aquí y de lo que haces, tienes que escalar, aprende a disfrutarlo. Sé mejor que estas prostitutas, acércate a los que tienen poder, enamóralos y escalarás, y puede que algún día seas tú la guardiana —dicho esto, da media vuelta y se aleja triunfante.

Me quedo quieta. Sus palabras resuenan en mi interior. Estoy atrapada en este mundo para siempre. No hay forma de salir de él. Soy una prisionera. Mientras más me resisto, más me afecta, más sufro, más me rompo. Al parecer debo hacer lo que tanto me han repetido. Debo acostumbrarme y empezar a «disfrutar» ser el juguete sexual de los clientes. Debo imaginar que esta es una obra de teatro y es tiempo de dejar de ser Andrea y asumir el papel que me han impuesto. Ser Andrea me generará problemas y sufrimiento. Ella no es bienvenida aquí. De ahora en adelante Andrea debe morir y dejar nacer a otra persona: Eva.

Día Noventa

Los aplausos y aclamaciones llenan el Club. Disfrutan lo que ven. Eva les sorprende y les excita locamente. Ella baila y se hace uno con el tubo. Le hace el amor al tubo y los hombres se imaginan lo que ella puede hacerles a ellos si pagan sus servicios. Pero no sólo los hombres. Eva causa sensación también entre las mujeres. Ella no tiene preferencia, lo importante es que paguen el servicio. Su deber es estar disponible para todos y todas. Eva se ha convertido en una de las mejores del *Stella*. Zafiro se encargó de enseñarle el «*pole dance*» y su dedicación y destreza física para el baile la han hecho triunfar, pero todo no lo ha hecho sola. El alcohol ha sido uno de sus aliados, pues estando borracha es capaz de hacer lo inimaginable.

Esa mujer soy yo. Ya nadie me llama Andrea. Ella es parte de mi pasado y parece como si hubieran pasado años desde que llegué a Europa. Incluso he aprendido a mantener una conversación en italiano, aunque no lo necesito. Mis clientes sólo necesitan que les quite las ganas y para eso no son necesarias las palabras, sólo las acciones.

Por mis logros he desplazado a algunas de mis compañeras, lo que ha generado algunos celos. Me han atacado y puesto zancadillas, pero todas lo único que buscamos es sobrevivir a este mundo y eso sólo se consigue escalando y superando a las demás y que los jefes estén contentos contigo. Yo he hecho eso y he tenido que aprender a defender mi lugar en este corto tiempo, pues todas quieren ser la mejor y gozar de los privilegios que eso significa. No ser la mejor genera que te toquen los peores clientes, los abusadores, los tipos con parafilias extravagantes, incluso los tipos con los que tenías que drogarte con ellos.

No volví a intentar escapar. Si la casa de Dominique estaba bien custodiada, este edificio es aún peor y en el tiempo en que he estado aquí dos mujeres lo intentaron y no supimos más de ellas. Vivimos bajo un terror constante y aquella que se atreve a contradecir alguna orden, es víctima de una salvaje golpiza. Todas, en algún momento de su estadía en el infierno, se resisten a obedecer y ser tratadas como animales, pero con el pasar de los días y a fuerza de maltratos y violaciones, doblegan nuestra voluntad y atan nuestros pies con grilletes de temor.

La Donna viene algunas veces al mes al *Stella*, tiene clubes por toda Europa y necesita asegurarse de que las cosas funcionan bien. En este negocio una mujer debe ser ruda para que la respeten y *la Donna* es la mejor y la más fuerte de las pocas mujeres que están a la cabeza en este negocio, pues ella no tolera fallas ni traiciones. *La Donna* incursiona en varias ramas de esta organización criminal como la venta de órganos, adopciones ilegales, trata y tráfico humano. Sin embargo, el que más beneficios le genera son los dos últimos. Esta mujer es imparable y aún no comprendo cómo puede ser capaz de semejantes atrocidades y permanecer tan tranquila.

Giordana no trabaja sola. Ella cuenta con una red enorme y secreta. Además, tiene quienes se encargan de las personas que no hacen su trabajo como deben o los que osan traicionarla. Una de esas personas es Antoine. De vez en cuando merodea por el Club y siento que siempre anda al acecho, como un lobo feroz buscando la oportunidad de aprovecharse de mí. Sin embargo, no le es permitido acostarse con las estrellas del Club, ya que ellas están reservadas para las personas con alto nivel económico y los socios de *la Donna*. Yo por mi parte, trato de no estar a su alcance,

pues él no es de fiar y me aterra la idea de verme acorralada por ese animal.

Por otro lado, de vez en cuando se ve rondar por el Club a algunos de los socios de *la Donna*, incluido el viejo y el joven de mi primera vez en este lugar. Más tarde me enteré que sus nombres son Claudio Valentini y Marcello Damiani, respectivamente. En varias ocasiones tuve que volver a estar en compañía de Claudio, mientras que de Marcello no tengo idea de su preferencia sexual ni con cuales mujeres se entretiene cuando va al Club. Algunas de las chicas dicen que es el amante de *la Donna* y otras que su mano derecha. Ciertamente él me intriga mucho, pues no sé nada acerca de quién es ni qué intenciones tiene y tengo fuertes sospechas sobre él.

Al principio no me prestaba mucha atención, hasta que un día, sin más, me preguntó mi nombre real y se lo anoté en una servilleta. Mi intención era llevarlo a la cama, pero lo único que conseguí fue que me tratara con amabilidad. No obstante aún no desisto, sigo haciéndole insinuaciones para que pague por mis servicios, pero ha sido en vano. Estoy por creer que no le gustan las mujeres o que le tiene tanto miedo a *la Donna* que no se atreve a traicionarla. Sin embargo, me gusta acercarme a él y hablar de cualquier cosa porque tiene un no sé qué que me hace sentir segura.

—¿Qué tal estás Marcello? —suelo decirle cuando lo veo.

—¿Cómo estás, *bella mia*?

—Ya sabes, tratando de vivir. ¿Te sirvo lo mismo de siempre?

—Sí, Eva, lo mismo está bien.

—¿Cuándo me vas a invitar? Ansío ver detrás de ese traje elegante—. Él sonríe.

—Seguro que no me arrepentiré, pero esta noche no.

—Bueno, espero convencerte pronto—. Acaricio su pierna y me marchó.

Ciertamente me agrada. Lo único que me parece increíble es que este hombre pueda ser socio o amigo o amante de *la Donna*. Su persona no se compagina con la maldad que impera en el corazón de Giordana. Pero porqué preocuparme por ello, si probablemente Marcello tiene el corazón tan negro como ella, pues para estar en esta clase de negocio se necesita no tener alma dentro del cuerpo.

Esta noche *la Donna* está en el *Stella* y debo servirle. Pido los tragos en el bar y los llevo a su oficina. Está sentada en su sillón acolchado mientras revisa unos papeles en el escritorio. Es una mujer tan elegante, con rasgos tan finos y delicados. No comprendo cómo una mujer puede convertirse en el monstruo que es ella. ¿Cómo es capaz de utilizar a un ser humano para propósitos tan oscuros sin sentir ningún tipo de remordimiento?

La Donna se detiene y se queda viéndome, mientras fuma un cigarrillo. Su mirada verde me escudriña y me hace sentir intimidada.

—Has escalado bastante en poco tiempo —suelta.

—Sólo trato de cumplir con mi trabajo, señora.

—Al parecer tomé una buena decisión al no matarte junto a Dominique.

Siento que un escalofrío recorre mi cuerpo. *La Donna* ha admitido que fue la responsable de la muerte de su esposo y yo pude haber estado también a dos metros bajo tierra.

—Se lo agradezco, señora —contesto sumisa, mientras le paso el vaso con whisky.

—Sabes que soy tu dueña y que en cualquier momento puedo ordenar que te hagan desaparecer. ¿Verdad?

—Sí, señora, lo sé.

La veo levantarse de su asiento, caminar y detenerse frente a mí. Echa el humo de su cigarrillo en mi rostro y me hace toser.

—Tú estuviste con Kenia un tiempo... —prosigue.

—Así es —me extraña que me pregunte por ella.

—¿Notaste alguna actitud extraña en ella?

—¿A qué se refiere?

—¿Te contó sobre sus actividades?

—No, señora. Kenia no hablaba conmigo sobre su vida.

Giordana sonríe de forma irónica y con cierta malicia en su expresión.

—Dame tu mano —ordena y la obedezco dándole la izquierda con temor.

Me sujeta fuerte y coloca mi palma hacia arriba. Sin avisar extingue la llama de su cigarrillo en mi mano, sacándome un quejido de dolor.

—Bien, espero que por tu bien, no me estés ocultando nada, niña —y suelta mi mano.

—Claro que no, señora —respondo temerosa mientras aprieto mi mano y las lágrimas corren por mis mejillas.

—Desaparece de mi vista.

Inmediatamente abandono el despacho, corro hasta el baño y meto mi mano en el agua para aliviar la quemada. No entiendo lo ocurrido. ¿A qué se refiere con las actividades de Kenia? ¿Qué podría ocultarle yo a esta mujer? Mis instintos me advierten que debo cuidarme más que nunca, pues vuelvo a estar bajo el ojo de la lupa de esta mujer y no sé por qué razón. La odio y le temo a la vez.

Salven a la niña

Día ciento dos

Esta noche una de las muchachas me ha contado, como si fuera un secreto, que ha llegado una nueva. Por un momento me intriga, pero rápidamente me olvido de ello, ya que no es de mi interés pues todo el tiempo vienen y van chicas de todas las edades. El *Stella Night Club* es un lugar de paso para muchas mujeres de diferentes países. Unas llegan sabiendo a qué vienen, otras no. Al principio me interesaba en ellas, pero ahora lo único que me importa es sobrevivir. Cada una que se salve como pueda. Además, ya estoy cansada de la misma historia triste.

Llego a mi habitación casi al amanecer, después de una noche muy ocupada. Dieciséis clientes pasaron por mis manos o por mi entrepierna, para ser más específica. Estoy exhausta. Sólo quiero dormir. Abro la puerta y observo que alguien ocupa mi cama. Es una mujer o podría decir que una niña y en sus brazos acuna a una criatura de pocos días de nacida que parece ser del sexo femenino a juzgar por la cobija con la que la cubre.

—¿Quién eres? y ¿Qué haces aquí? —le pregunto en italiano.

—Soy María. Una mujer llamada Zafiro me trajo. Me dijo que me quedara aquí hasta que ella regrese.

—¿En serio? Y ¿Por qué? ¿A qué vienes a este lugar? —la asalto con preguntas, pues me intriga que una niña tan pequeña estuviera en este lugar llevando un recién nacido. Ella no me contesta. Sólo inclina la cabeza y arrulla al bebé —. ¡Contéstame!

—Me dijeron que aquí me cuidarán. Vivo en la calle y me ofrecieron casa y comida para mí y mi bebé —dice sollozando.

—¿Qué edad tienes?

—Quince.

Siento que una espina se entierra en mi corazón. ¡Quince años tiene esta chiquilla! y no sabe qué le espera en este lugar. Pero yo no seré quien se lo revele. Lo único que puedo sentir es lástima. La puerta se abre. Son Sophie y Terry, mis compañeras de habitación. Ellas se fijan en la niña e intercambian risas. Están totalmente ebrias. Esa era la mejor manera de resistir a tanto sexo y tanta humillación, otras preferían drogarse con lo que apareciera. Esa era la realidad. Aunque muchas dijeran que lo disfrutaban, en el fondo necesitaban algo que las ayudara a soportarlo.

—¡Oh! tenemos compañía doble —dice Terry y se arroja sobre su cama exhausta.

—Sí, pobrecilla —contesta Sophie con su acento español.

Me acerco a Sophie y casi inaudible le pregunto:

—¿Qué crees que harán con ella y su bebé?

—Pues no tengo la menor idea, tía. Esta gente hace lo que le da la gana y ya. Pero ¿por qué le importa eso a la señorita estrella? ¿Tú crees que la vas a ayudar en algo? Ocúpate de lo tuyo y olvídate de los demás, ¿Vale?

No le contesto nada. Una enorme preocupación surge en mí, en especial por la inocente criatura que la acompaña.

—Deberías descansar. Recuéstate en la cama —le digo. La niña me obedece y coloca a la bebé sobre la cama y luego ella se acomoda a su lado. Yo me voy a la cama de Terry que ya está rendida y suavemente la hago a un lado y me acuesto junto a ella.

No pasó una hora cuando la puerta se abre. Sólo yo despierto, pues las demás están muy

borrachas para abrir los ojos. Distingo en la oscuridad la figura de Zafiro y de Antoine. Ella se acerca a la cama donde está la niña y toma a la bebé en sus brazos. María despierta sobresaltada, pero Zafiro la tranquiliza.

—Soy Zafiro, María. Es hora de llevarnos al bebé. No te preocupes por ella, estará en buenas manos.

—¿Qué? No, yo quiero quedarme con ella. Es mía —dice levantándose de un salto y tratando de quitársela a Zafiro, pero Antoine se interpone entre ambas y la echa para atrás.

—¿A dónde se la llevan? —pregunto incorporándome, pero sin salir de la cama.

—Eso no es de tu incumbencia, perra —me dice Antoine lleno de odio.

Zafiro sale de la habitación con la bebé, que aún duerme. El instinto materno se apodera de María y se abalanza sobre Antoine para rescatar a su hija, pero aquel hombre es mucho más fuerte que aquella niña y sólo consigue que él la tome por los hombros y la arroje violentamente sobre la cama.

Mi corazón se sobresalta. Quiero hacer algo por ella, pero ¿el miedo? ¿la indiferencia? ¿la borrachera? No logro poner un pie fuera de la cama. Antoine desabrocha su cinturón. ¿Qué es lo que piensa hacer? ¡Es una niña indefensa! Aprieto mis puños y la rabia llena mi ser. Se tira sobre la niña y la besa a la fuerza. Ella grita y patalea inútilmente. Mis compañeras ni se inmutan. Duermen profundamente o prefieren no despertar.

Antoine con una sola mano sujeta ambas manos de María, mientras que con la otra levanta su falda y baja sus bragas. Mientras forcejea logra darle una patada en el estómago a aquel monstruo, pero su reacción fue de enojo y de una sola bofetada la dejó inconsciente. Entonces procedió a sacar de su escondite su miembro erecto. La resistencia, la violencia, tomar lo que quería cuando le daba la gana, eran las cosas que más lo excitaban y tener la oportunidad de satisfacer sus deseos con una niña desprotegida, lo llenaban de más placer aún.

Lo observo todo con los ojos llenos de lágrimas por la impotencia. Mi corazón late a mil por hora. No resisto más. Me levanto y no mido las consecuencias. Comienzo a golpearlo con todas mis fuerzas en su espalda. Su ira aumenta. Suelta a María y gira dirigiendo su puño cerrado a mí. Me golpea en el hombro. Me empuja al suelo y me patea una vez en el estómago con todo el peso de su cuerpo.

—¡Perra estúpida! ¡No te metas, maldita! —grita mientras me patea.

Se detiene en seco, creo que recordó que soy una de las prostitutas preferida de los clientes y dejarme marcas sería perjudicial para él. Me deja tirada y prosigue en donde se había quedado. María despierta cuando éste la penetra, pero no pudo hacer nada para defenderse de la bestia. Yo lo vi todo desde el suelo y jamás olvidaré los ojos llenos de lágrimas y el rostro desfigurado por el dolor de aquella niña.

El tiempo parece que se ha detenido. Antoine entra y sale a su antojo del cuerpo de María hasta que consigue llegar al clímax. Se incorpora, se acomoda el pantalón y me da una mirada satisfecha antes de salir de la habitación. Escucho con dolor los gemidos de María. Me levanto del suelo y me acerco a ella.

No encuentro la manera de consolarla y coloco mi mano sobre su hombro, pero ella se voltea violentamente hacia el otro lado y llora desesperadamente. Me siento junto a ella sobre la cama y me quedo ahí inmóvil, rememorando una y otra vez lo ocurrido a esta niña y todo lo que he vivido yo misma. Una idea que se había extinguido me taladra el pensamiento: «Tengo que escapar».

El precio de la libertad

Día ciento veintiuno

A María se la llevaron a otro lugar. Nunca supimos a dónde ni qué hicieron con ella. Sin embargo, desde aquel funesto día he buscado la manera de escapar de este lugar. Mi única esperanza es hacerme amiga de algún cliente, enamorarlo y convencerlo de que me ayude a huir de aquí. Aunque es casi tarea imposible, pues los clientes que suelo tener son los socios del negocio y esos no harán nada por mí.

Por otro lado, el movimiento de personas ha incrementado en el Club. En sólo dos días han llegado quince nuevas chicas entre diecisiete y veinte años. Pero también cinco de las que ya tenían un tiempo aquí han sido llevadas a otra parte. Temo que dentro de poco a mí también me llevarán a otro lugar. *La Donna* ha venido al Club a menudo. Puedo intuir que el negocio va muy bien y para que siga así debe darle el calor que necesita, pues ella es de las personas que se encargan personalmente de las cosas importantes de su negocio.

Esta noche veo nuevas caras en el Club. Hombres que no había visto nunca por estos lares o, al menos, sus rostros no me son familiares. Me les acerco, ya que son posibles oportunidades de escape para mí. Muestran interés pero no el suficiente. Me alejo de ellos y continúo mi servicio. Hoy también está Marcello, guapo como siempre. Nunca he pensado en él para mi plan porque es cercano a *la Donna* y nunca me ayudaría. Me dirijo a él.

—Mi galán preferido, ¿Cómo estás? —le digo.

—Estoy muy bien —contesta, aunque lo noto algo serio.

—Y ¿Qué me dices? ¿Esta sí es la noche?—. Marcello sonríe y me mira a los ojos.

—Sí, querida Andrea, esta es la noche—. Mi corazón da un salto, no porque se decidiera a acostarse conmigo después de tanto tiempo, sino por escuchar mi nombre en sus labios. Sonaba tan bien escucharlo, pues había olvidado que tenía un nombre a parte de Eva.

—¿En serio? No bromees conmigo. Mira que voy a idear las mejores formas de complacerte. Así que te recomiendo que pagues por la noche completa—. La verdad es que era mejor estar con este atractivo hombre toda la noche, que con uno diferente cada media hora.

—Lo haré. Así que rechaza todas las ofertas que te hagan.

Le doy una mirada traviesa y continúo mi trabajo, pero antes volteo la vista y le digo:

—Por favor, no me llames por ese nombre, puedes causarme problemas.

—A mí me gusta Andrea. No te preocupes por los demás —le sonreí y seguí mi camino.

Después de eso continúo haciendo mis habituales rondas. Esta noche no me toca bailar. Sólo pasearme por las mesas a mi cargo y coquetear con los clientes y permitirles una que otra caricia. Alcanzo a ver que *la Donna* hace su entrada al Club en compañía de Antoine. Se dirige a una mesa donde la esperan tres hombres y una mujer elegantemente vestidos. Me acerco para tomar su orden. Los escucho discutir sobre un trabajo.

—Que nos lleven whisky al salón de reuniones— me dice la Donna cuando me ve acercarme.

Acto seguido, se ponen de pie y se marchan rumbo al salón donde *la Donna* solía reunirse con sus socios a puertas cerradas. Me dirijo a la barra e informo lo dicho por la jefa. Me entregan la bandeja con el whisky y los vasos. Me voy al salón de reuniones.

Antes de irme doy una mirada a mi alrededor. Busco a Marcello, pero ya no está en su mesa.

Hago un plan en mi mente. Luego de servirle a *la Donna*, saldré a buscarlo y lo llevaré a la mejor habitación y haré que le queden ganas de volver todos los días al Club. A lo mejor, si le gusto le gusto lo suficiente, me compra y me saca de este lugar. Pero no debo albergar falsas ilusiones con este hombre, quien sabe si me toque una suerte peor.

Llego a la puerta del salón de reuniones. Antoine está de pie afuera como un perro guardián. Me mira con sus ojos lascivos y me abre la puerta y, al darle la espalda, acaricia uno de mis glúteos.

—Pronto llegará el día —susurra.

Respiro profundo y sigo avanzando. Le sirvo el whisky a cada uno de los presentes. No me prestan atención, pues discuten acaloradamente sobre algún tema que no logro entender en su totalidad, pues mi dominio del italiano no llega a tanto.

Entonces es cuando escucho un gran alboroto. Fuera del salón parece haber una balacera, pues escucho una ráfaga de disparos. Una guerra campal se lleva a cabo en el Club. *La Donna* y los socios se levantan de sus asientos sobresaltados. Yo estoy aterrada. Antoine grita maldiciones en italiano y sólo se escuchan las descargas. El salón sólo tiene una puerta de entrada y salida, así que no hay a dónde huir ni dónde esconderse. Todo sucede en milésimas de segundos. Me agacho bajo la mesa y cubro mi cabeza. Sólo alcanzo a ver los pies que se mueven en varias direcciones.

De pronto, escucho que la puerta es abierta de un solo golpe y el tiroteo empieza dentro de la habitación. No sé qué es lo que ocurre. Siento que este es mi fin. Van a matarme. Veo el cuerpo de la mujer que acompañaba a *la Donna* caer al suelo. Aún está viva pero gravemente herida. Ella lleva un arma en sus manos, pero ya no tiene las fuerzas para levantarla nuevamente. Los disparos continúan y el ruido es ensordecedor.

Entonces, siento que alguien me toma del cabello y me saca con fuerza de mi escondite. En un abrir y cerrar de ojos, estoy de pie en medio del salón y un brazo rodea mi cuello, mientras un arma apunta a mi sien. Cerca de mí están los cuerpos de los tres hombres, uno parece estar muerto, pero los otros se retuercen heridos en el suelo.

En la puerta de entrada veo el cuerpo cubierto de sangre de Antoine. No se mueve y sus ojos permanecen abiertos. Justo frente a mí cuatro hombres con sus rostros cubiertos y chalecos antibalas, me apuntan con sus armas. Puedo leer unas letras en sus chalecos, dice INTERPOL, pero no sé qué significa esa palabra, de lo único que estoy segura es que de esta no salgo viva.

—¡Bajen sus armas o le disparo! —grita *la Donna* en italiano mientras hace presión en mi sien con su arma—. ¡Malditos! No saben con quién se están metiendo. Voy a perseguirlos uno por uno y acabaré con ustedes.

—Es mejor que se rinda. Todo el lugar está rodeado, no podrás escapar —le dice uno de los encapuchados.

—¡Bajen las malditas armas! —grita fuera de sí, se siente acorralada, no tiene escapatoria.

Los hombres no se mueven, hasta que uno de ellos baja su arma y camina hasta estar entre los miembros de la INTERPOL y *la Donna*. Yo estoy aterrada. El hombre empieza a hablarle en italiano. Con el miedo que tengo me es difícil prestar atención a sus palabras. Sólo siento que Giordana se enfurece más. El encapuchado intenta acercarse, pero *la Donna* sigue amenazando con dispararme.

Siento mucho miedo. Mis piernas tiemblan. Pero ¿dejaré que Giordana se salga con la suya? ¿Permitiré que acabe conmigo de una buena vez? ¿Actuaré como pertenencia suya y sacrificaré mi vida por ella? En ese momento decido arriesgarlo todo. Yo soy la dueña de mi propia vida y no he de permitir que *la Donna* me la arrebate, como lo ha hecho con mi dignidad.

Sujeto el arma por el cañón e intento quitársela. *La Donna* no se lo esperaba y me maldice

llena de ira mientras impide que se la arranque de las manos. Los hombres nos apuntan, pero no disparan. Cualquier bala podría herir o matar a una de las dos. Todo sucede en cuestión de segundos. Escucho una detonación y logro quitarle el arma. Ella me mira con los ojos inyectados de rabia. Acto seguido, los hombres encubiertos se abalanzan sobre ella y la inmovilizan.

De inmediato, siento un dolor agudo en el abdomen. Me palpo y siento mi vientre húmedo. Miro mis manos y me horrorizo al verlas llenas de sangre. Estoy herida. En seguida mi vista se nubla y me desplomo en el suelo.

Los hombres me rodean. No los distingo perfectamente. Uno de ellos se acerca a mí y se quita el pasamontañas. No logro distinguir su rostro con claridad. ¿Este es el momento? Todo se ha tornado confuso y el dolor aumenta. Por fin mi sufrimiento se acaba y recupero mi libertad. Un disparo ha roto los grilletos y mi alma es libre de escapar del infierno.

—¡Andrea! ¡Andrea! —ese hombre me llama por mi nombre.

—¿Marcello?... —creo reconocer su voz y sus manos en mi rostro, y empiezo a distinguir sus bellas facciones observándome y no entiendo—. Me debes una noche —le digo, pero ya es tarde, mis ojos se cierran y todo se torna negro, y siento alegría de que el rostro de Marcello sea lo último que vea.

¿Quién es Marcello?

DATOS PERSONALES Y CONFIDENCIALES DE LA INVESTIGACIÓN

Ese era el mejor momento. La excusa para ir al baño fue mi coartada. ¿Quién podría sospechar de mí? He hecho tantas cosas de las que me arrepiento sólo por ella, que su confianza en mí es ciega, pero aun así debía tener cuidado pues cualquier equivocación echaría a perder todo el trabajo e incluso pondría en riesgo mi propia vida y la de muchos otros.

En aquel lugar, era conocido como Marcello Damiani, pero mi nombre real era Alessandro Castelli, agente especial de la INTERPOL. Yo tenía una sola misión: involucrarme con una de las parejas más poderosas del tráfico y trata de personas, reunir las evidencias necesarias y meterla en prisión junto a sus cómplices.

Era una tarea difícil, pero la trata de personas era un tema que me impactaba y que en mis años de servicio había visto muy de cerca. Por otro lado, organismos internacionales presionaban para que hiciéramos algo. Esta misión era mi manera de aportar a la exterminación de esta práctica y me sentía orgulloso por ello.

Al principio mis superiores se negaron por lo arriesgada que era la misión, pues debía involucrarme profundamente en la red. Sin embargo, con mi desenvolvimiento les demostré de lo que era capaz y desperté la esperanza de ver tras las rejas a los líderes de una de las redes más poderosas de Europa.

Abrí la puerta del baño y Kenia estaba ahí esperándome. No parecía tener miedo. Su valentía y coraje eran dos de las cosas que me agradaban de ella. Gracias a su astucia había conseguido bastante información y evidencia. La misión que le encomendé esta vez era muy arriesgada, pero sólo con su mirada de satisfacción me di cuenta que lo había conseguido. Inmediatamente entré al baño sacó del bolsillo izquierdo de su pantalón el celular que antes le había dado y me lo entregó.

—He entrado en la oficina de Dominique. Le tomé fotografías a todo lo que pude. Pienso que esto ayudará. Además, hay fotos de las mujeres que hay en la casa. A unas las tratan mejor que a otras, pero las que corren con la suerte de ser favoritas son las más violadas y cuando se cansan de ellas las desechan como basura. Debes hacer algo pronto. No aguanto más vivir aquí y no me he marchado porque quiero ayudar a estas mujeres.

—No te desesperes Kenia. Pronto esto terminará. Necesito que sigas resistiendo. Tú sabes lo poderosos que son y no podemos actuar a la ligera, pues corremos el riesgo de que puedan salirse con la suya —le contesté tratando de darle ánimo, pero la verdad es que no sabía cuándo terminaría esto, pues lamentablemente no dependía de mí. Yo era un peón que seguía órdenes.

De pronto, escuché que alguien trataba de abrir la puerta y, en seguida, Kenia empezó a hacer gemidos como si estuviera teniendo relaciones conmigo, mientras se desabotonaba un poco la blusa. Abrió la puerta lo suficiente para que quien estaba ahí viera su cara y parte de su blusa desabotonada. Era uno de los socios. Ella sacó una mano y acarició su mejilla, mientras le decía:

—Lo siento cariño, pero este baño está ocupado por el momento—. Esperé a que el hombre se retirara y desapareciera por el pasillo y volvió a cerrar la puerta—. Será mejor que esto acabe pronto—. Me miró fijamente a los ojos y se marchó.

Yo regresé a la fiesta. Al acercarme observé que admiraban a la muchacha que había tratado de

escapar hace unos días. Ella vestía de sirvienta y claramente era extranjera, pero aun así su belleza resaltaba. Su piel estaba bronceada y su pelo castaño era hermosamente ondulado.

Tenía piernas fuertes y una estatura promedio. Sus ojos canela estaban apagados y su rostro reflejaba una gran tristeza y sufrimiento. Podía ver lo asustada que estaba al verse rodeada de esos lascivos hombres que la observaban como un objeto, como un juguete que podían usar a su antojo. Esta joven era una de las víctimas de Giordana y Dominique Rousseau, que, como muchas de ellas, había venido engañada con un sueño de trabajo y buena vida.

Sin embargo, la actitud de Dominique esa noche me sorprendió enormemente. Claramente estaba enojado por la exhibición que hacía su esposa de la nueva mercancía sin su consentimiento. Pobre chica, sentí mucha lástima por ella, pues me imaginé que debía ser una de las favoritas de este monstruo.

—¡Marcello, aquí estás! —me llamó *la Donna* acercándose con su habitual sensualidad. Enganchó su brazo en el mío y reclinó su cabeza sobre mi hombro con suavidad—. Ven, siéntate a mi lado en la mesa y luego necesito hablar contigo de negocios.

La obedecí. Toda la velada estuve a su lado teniendo que soportar sus caricias imprudentes a mi entrepierna. Aunque su esposo estaba presente hacía la vista gorda, pues eran un matrimonio muy extravagante y el amor verdadero no era la palabra que los definía, más bien, el amor enfermo. Eran socios y mantenían negocios juntos, pero era ella quien realmente iba a la cabeza de toda la operación.

Ninguno de los dos tenía problemas con la infidelidad del otro y de vez en cuando hacían tríos con alguna de las mujeres que tenían en la casa, siempre y cuando fuera del gusto de ambos. Ese era el caso de Kenia. Por mucho tiempo fue la favorita de ambos, pero por sus dotes de mando y la lealtad demostrada no fue desechada, si no que la convirtieron en la encargada de las mujeres de la gran mansión.

Al terminar la cena, acompañé a *la Donna* a su estudio y allí me contó algunos de sus planes. Ella estaba planeando algo grande, pero no me dio los detalles. Lo único que me encargó fue que me ocupara del traslado de cinco mujeres de la casa hacia uno de sus clubes en Barcelona. El traslado se haría en la madrugada y con la mayor cautela posible. Traté de saber más, pero ella no se dejó envolver, estaba mucho más interesada en que la besara y satisficiera sus lascivos deseos. No tenía opción. La subí sobre el escritorio, desabroché mi cinturón y mecánicamente le di lo que deseaba.

Al salir de su oficina hice unas llamadas y cuadré el traslado de las cinco mujeres a las tres de la madrugada. Además, contacté a mi superior para que detuvieran el vehículo en la frontera, así nadie podría sospechar de mí si se trataba de un chequeo rutinario en la frontera.

Eran alrededor de las dos de la madrugada cuando me dirigía a la habitación que habían dispuesto para mí en la mansión. Antoine venía por el pasillo limpiando su arma con un pañuelo. El arma llevaba puesto un silenciador. Iba risueño, como aquel que ha cumplido su misión y se llena de satisfacción. Detrás de él un hombre traía sobre su hombro una mujer semidesnuda. No pude ver su rostro, pero su pelo ondulado me recordó a la sirvienta que había visto antes. Un pequeño rastro de sangre iba cayendo al piso a su paso.

—Señor —me saludó Antoine al verme, pero no se detuvo. Continuaron con su carga y me sentí miserable.

Esta mujer que llevaban era otro peso más que cargaba sobre mis hombros. Otra mujer que no pude salvar. Me mantuve calmado y seguí mi camino a la habitación. Lavé mi rostro, pues tendría una larga noche o un largo día, dependía de cómo lo viera. Sin embargo, antes de cumplir la

misión de *la Donna* debía saber qué había ocurrido, así que fui en busca de la única persona que me lo diría. Salí a prisa de la habitación y con bastante cautela fui hacia donde estaba la habitación de Kenia. La puerta estaba abierta y me pareció extraño. Entré, pero ella no estaba ahí. Mi presentimiento de que algo grande estaba pasando en la mansión se agudizó.

En ese momento recibí una llamada. Los hombres que trasladarían a las mujeres ya estaban esperando afuera. Detuve mi búsqueda y proseguí con la misión de *la Donna*. Después de que el vehículo que las transportaría se había ido continué buscando a Kenia, pero fue en vano, ella no estaba en la casa. Es más, la casa estaba prácticamente vacía. Fui a la habitación de Giordana en busca de respuestas, pero ella también había abandonado el lugar. Salí de la casa, abordé mi auto y salí de aquel infierno.

Todo estaba preparado y un grupo de agentes y policías locales detendrían el vehículo que llevaba a las mujeres y las salvarían de la suerte que les esperaba en Barcelona. Sin embargo, mi misión aún no terminaba y no iba a descansar hasta que los responsables de ocasionarles ese daño estuvieran detrás de las rejas. Fuera de aquel lugar, saqué mi celular oficial de la guantera y reporté a mi superior el asesinato de aquella chica. Con suerte, pronto encontraríamos su cadáver.

Después de ese día no supe más de Kenia. Estaba muy preocupado por ella y visité varios de los clubes y burdeles más cercanos pertenecientes a *la Donna* con la esperanza de encontrarla ahí, pero fue en vano. Ni siquiera mis contactos en otros lugares pudieron darme razones de ella.

Giordana cada vez tenía más poder y ahora era dueña absoluta de todo el imperio, ya que su esposo había sido asesinado por enemigos suyos, según la versión de ella. En mi fuero interno, no me cabía la menor duda de que ella era la verdadera responsable de su muerte.

Una vez más fui solicitado por ella, pero esta vez en Roma. De inmediato tuve que tomar un avión de París a la capital de Italia, mi país de origen. Estaba enojada conmigo por la pérdida de cinco jóvenes en la frontera con España. Pero mi historia fue bastante convincente, ya que una redada de policías era perfectamente comprensible en la frontera debido a todo el problema de migrantes ilegales que estaba sufriendo Europa. Incluso alegué que pudo haber sido alguno de sus competidores para desviar la atención de sus negocios ilegales.

Sin embargo, Giordana no era una mujer tonta. Ella sabía cuidarse y cualquier cosa que le dijera no sería suficiente. Lo único que me quedaba era utilizar mi encanto y llevarla a la cama y al parecer resultó bastante bien, pues me contó sobre sus planes en el *Stella Night Club*.

—Sabes que el Club está en un lugar estratégico —dijo acariciando mi pecho.

—Sí, es un lugar céntrico, además de que es uno de tus clubes más concurrido.

—Exacto. He hecho algunos negocios con traficantes sirios y estoy a la espera de un grupo de mujeres que vamos a dispersar por toda Europa. Quiero que te encargues de eso. El Stella será el lugar de recibimiento y de ahí saldrán para otros lugares.

—De acuerdo. Tú siempre pensando en grande. Ahora con los problemas que hay en ese país, tendremos muchas personas deseosas de salir a cualquier costo de la zona de guerra. Por eso me gusta trabajar contigo. Además de ser tan buena en la cama, eres una brillante mujer de negocios —dije y la besé.

Esa misma noche fuimos al *Stella Night Club*. Este club se caracterizaba por ser muy exclusivo, no era para cualquier tipo de gente. Sólo empresarios, políticos, personas de clase social alta, iban a este lugar.

La calidad de las mujeres era excelente. Les daban un trato físico exquisito: les arreglaban el pelo, las uñas, tratamientos para la suavidad de la piel, les daban ropa y zapatos de marca, las esterilizaban y tenían mucho cuidado con su salud, pues se cercioraban de que no tuvieran ninguna enfermedad que pudiera contagiar al cliente y la que se enfermaba por alguna razón, era enviada a

otro lugar de menor categoría o eliminada. En fin, las mujeres de este Club debían estar a la altura de la gente que lo visitaba.

La Donna era muy inteligente, ella sabía cómo llegar a todos los extractos sociales, pues sus clubes se adaptaban a los clientes y su clase social. Estuve en algunos donde el trato a las mujeres era infrahumano. Las golpeaban, las drogaban, y las trataban peor que a los animales. Incluso, pasaban hambre. Otras eran enviadas a diferentes calles vigiladas por un proxeneta, que se aseguraba que la mujer cumpliera con su trabajo.

Tenían una cuota para cada servicio que prestaban. El precio más económico era cincuenta euros por sexo oral. Los proxenetas les exigían una cuota mínima, así que tenían que acostarse con más de veinte hombres y trabajar más de doce horas para alcanzar la cuota que tenían que obtener.

Entre estas mujeres se encontraban muchas que habían llegado conscientes de lo que iban a hacer y que lo habían aceptado porque era el único trabajo que podían conseguir, una minoría disfrutaba el trabajo y la paga; pero otras eran traídas contra su voluntad y si no se adaptaban eran las que más malos tratos recibían. Lo peor era que en estas cosas había incluso niñas y niños. Lastimosamente este negocio era muy amplio, una red difícil de destruir. Mi indignación era grande y me sentía impotente. Estaba ahí para reunir pruebas, pero no para intervenir. Debía apegarme al plan y no involucrarme sentimentalmente, pues sería fatal para la misión. Este era mi principio hasta que vi por primera vez en el Club a Eva.

Esa noche acompañé a *la Donna* al *Stella* junto a otro de sus socios. Discutíamos algunos planes cuando el presentador anunció a la nueva adquisición, una belleza latina exótica. Dejé de hablar y observé a la joven. A leguas se le notaba contrariada, no quería estar ahí y no tenía la menor idea de qué se suponía que debía hacer, hasta que su rostro dio un cambio. Ví temor en sus ojos como si alguien amenazara su vida y de pronto se sujetó al tubo y comenzó a bailar. Lo hacía torpemente, como cualquier inexperta, pero lo hacía con tanta belleza, delicadeza y sensualidad que no dejé de mirarla.

Ella me parecía familiar, pero entre tantas mujeres que había visto de múltiples países, me fue imposible recordarla. *La Donna* notó mi interés por la chica e inmediatamente traté de concentrarme en lo que estaba, pues Giordana era muy celosa con lo que creía era de su pertenencia. En este caso, ella creía que yo era suyo y podría lastimar a esta inocente, así que decidí no volverla a mirar.

—Hemos tenido excelentes prospectos en los últimos días —continuó Giordana—. ¿Te gusta la nueva chica, Claudio? —preguntó al otro socio que sólo hablaba italiano.

—Sí, es bellísima. Seguro que tendrá mucho éxito.

—Así es—. Y me miró fijo a los ojos. Yo comprendí perfectamente el mensaje. *La Donna* no permitiría ninguna mujer entre ella y yo.

Acto seguido, hizo señas con su mano a una de las chicas que servía tragos en la mesa de al lado y le ordenó que buscara a Zafiro. Esta llegó a los pocos minutos en compañía de la que llamaban Eva. De cerca su belleza era incomparable. Su ondulado pelo, el color de su piel y la firmeza de su cuerpo me atraían enormemente. Pero fue la expresión aterrada de sus ojos lo que me hizo confirmar que había visto a esta mujer antes. Sin embargo, traté de no prestarle atención y ser indiferente por su bien. Entonces, ocurrió lo que temía: *la Donna* le ofreció la muchacha como regalo al otro socio, pero mantuve la calma. Al cabo de un rato él se puso de pie y se marchó con ella y sentí cierto pesar en mi corazón.

Giordana y yo hablamos un rato más. El alcohol ya la había desinhibido, aunque ella no lo necesitaba, pues siempre estaba dispuesta a una buena sesión de sexo. Llamó a una de las chicas y le pidió que me llevara a su habitación.

—Necesito hablar de otras cosas contigo, así que espérame. Antes, tengo que darle instrucciones a Zafiro.

—Muy bien, mi señora. Yo la espero —le dije tomando su mano y besándola.

Llegando a las habitaciones encontramos a Eva sobre una mujer pegándole. Inmediatamente la sujeté y con facilidad la levanté. En el acto, su pelo cubrió mi rostro y su cuerpo tuvo contacto con el mío. Su olor llenó mi nariz y avivó mis sentidos. Esta mujer tenía un efecto en mí que no podía controlar. Ella se giró, enojada y a punto de propinarme una bofetada, pero se contuvo al darse cuenta de quién era. Una nueva mirada había percatado en ella, el enojo, la fuerza, la valentía, y amé cada expresión de su rostro. Hubiera querido quedarme, pero la mujer a la que Eva había atacado nos echó alegando que eran amigas y que todo estaba bien, además no quería llamar la atención mostrando interés.



Cumplí con los encargos de *la Donna*. En pocos días hubo muchos movimientos. Una gran cantidad de mujeres y niñas llegaban de diferentes lugares, pero en especial de Siria. Lo que más me molestaba era que no podía darme la tarea de desviar el rumbo de esas mujeres bajo mi cuidado, pues estaba bajo la mirada de Giordana y cualquier movimiento en falso haría que mi credibilidad ante ella se derrumbara. Además, mis jefes no creían que era el momento, pues algunos asuntos burocráticos estaban paralizando la misión.

El trabajo que me había encomendado *la Donna* me obligaba a estar de vez en cuando en el *Stella Night Club*. Lo único que me agradaba de estar ahí era que podía ver a Eva. La había visto en sus inicios, temerosa; pero en poco tiempo ella cambió su actitud, se había metido en el papel de Eva y había superado a muchas de las mujeres más exitosas del Club. Bailaba con mucha sensualidad y era deseada por muchos de los hombres que asistían al lugar. En ocasiones sentía envidia de aquellos que podían darse el lujo de tocarla. Sin embargo, no iba a meterla en líos con *la Donna* por satisfacer mis fantasías. Prefería admirarla de lejos, hasta que un día en el que no estaba *la Donna*, ella se acercó a mi mesa.

—¿Puedo servirle algo, señor? —me preguntó en un torpe italiano, sentándose muy cerca de mí. El perfume de su cuerpo chocó con fuerza en mi nariz, y sentí que aún tenía un extraño hechizo sobre mí, pero traté de ocultarlo.

—Puedes hablarme en español, lo hablo y lo comprendo muy bien.

—Perfecto. ¿Qué puedo servirle? —me preguntó otra vez en su lengua natal respirando aliviada.

—¿Qué me recomiendas?

—Parece un hombre de buenos gustos. Yo le pediría un escocés y le recomendaría tener buena compañía. Esta noche está de suerte, pues puedo darle eso si usted gusta y *la Donna* se lo permite.

Yo disfracé mi verdadera reacción con una carcajada. Ganas no me faltaban de estar a solas con ella, pero sentía que sería igual que todos aquellos hombres que la buscaban como un objeto sexual. Además, sentía miedo, no por *la Donna*, sino por lo que ella podía hacerle a Eva.

—Te agradezco la oferta. Pero esta noche tengo asuntos pendientes, me temo que otra noche será. Sin embargo, hay una cosa que sí puedes darme hoy.

—¿Qué? —preguntó con mucha curiosidad, aunque leí en su expresión que esperaba una propuesta sexual.

—Que me digas tu nombre.

—Soy Eva —dijo un tanto decepcionada.

—Me refiero a tu verdadero nombre. No me gustan los apodos—. Ella se mostró extrañada y en cierta forma confundida.

—Usted, más que nadie, debe saber que podría tener problemas por eso —dijo colocando en su rostro una mirada seria.

—Lo sé. Por eso es que será un secreto entre tú y yo —lo pensó por un momento, y luego su expresión cambió de seria a condescendiente.

—Está bien, será un secreto entre usted y yo. Deme un bolígrafo —. Se lo di de inmediato y en la servilleta que estaba bajo mi vaso vacío escribió en letras de molde un nombre, me sonrió y se marchó.

Leí con cuidado aquel nombre y una extraña sensación recorrió mi cuerpo. Conocía aquel nombre y los recuerdos llegaron a mi cabeza como un rayo. Aquella mujer llamada Eva por todos, era Andrea, la mujer que conocí en la mansión de Dominique y Giordana, la mujer que pensé que habían asesinado aquella noche en la casa, la misma Andrea de la que Kenia me había hablado.

En ese momento, empecé a verla de una manera diferente y me sentí comprometido a sacarla del infierno que estaba viviendo y al cual había tenido que adaptarse para sobrevivir. Se lo debía a Kenia. Las noches que frecuentaba el Club la veía, ella se acercaba a mi mesa y me hacía propuestas, que con delicadeza rechacé.

Sin embargo, entablaba conversación con ella y disfrutaba escucharla hablar, fui descubriendo que no sólo tenía un cuerpo deseable, sino que tenía un pensamiento que me gustaba y la hacían un excelente ser humano. A pesar del sufrimiento que veía detrás de sus ojos canela, ella no había perdido su esencia. En nuestras breves conversaciones sentía que nos disfrutábamos el uno al otro sin tocarnos y eso calaba profundo en mi corazón. Ya era muy tarde para evitar involucrarme emocionalmente, mi corazón le había ganado la batalla a mi cerebro.

Lo que sentía por Andrea me motivaba a ejercer cierta presión sobre mis superiores. Me urgía terminar con esto, pero no era suficiente. Sin embargo, un día recibí una llamada de uno de mis compañeros. Habían encontrado cerca de la frontera entre Italia y Francia el cuerpo de una mujer con apariencia africana. Mi corazón se heló e inmediatamente acudí a donde la tenían. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando, en aquel cadáver en estado de descomposición, reconocí a Kenia. La ira se apoderó de mí y arrojé al suelo lo que estaba más cerca de mí.

Debía hacer algo, *la Donna* no podía seguir haciendo tanto daño sin recibir castigo. Le había prometido a esta mujer que pronto la sacaría de ese infierno y no cumplí, se había convertido cruelmente en otra de las víctimas fatales del imperio de Giordana.

En ese momento me prometí a mí mismo que acabaría con esa mujer y en nombre de Kenia liberaría a todas las mujeres que pudiera de esa prisión. Así que amenacé con terminar esto por mi propia cuenta, bajo el riesgo de arruinar toda la operación. Entonces, mis superiores presionaron más para resolver los obstáculos burocráticos y quedamos de acuerdo que en cuanto encontrara el momento perfecto haríamos el operativo.



La voracidad de *la Donna* aumentaba sin escrúpulos. El flujo de mujeres de todas las edades era cada vez mayor y en una ocasión me entregaron una recién nacida que debía ser llevada a una pareja que quería adoptar en el mercado negro. Avisé de esto, y después de haber recibido al bebé, les dieron seguimiento y cuando se disponían a abordar un avión con rumbo a Estados Unidos, fueron detenidos y la recién nacida fue llevada a un lugar seguro. Lamentablemente no pudimos localizar a la madre biológica de esta pequeña.

El momento perfecto de ejecutar el operativo había llegado. Me enteré por *la Donna* que en unos días tendría una reunión con socios de varias partes de Europa. Era una reunión muy importante sobre los negocios que tenían en común.

Preparamos todo y sería un operativo simultáneo en la mayoría de los centros de *la Donna*, tanto en Italia como en Francia. Contábamos con las armas y el personal necesario para esta tarea. Estaba muy emocionado porque al fin esto llegaría a su fin y esa noche fui al Club con deseos inmensos de decirle a Andrea que su pesadilla terminaría pronto, pero sabía que la operación se vería comprometida.

—Esta es la noche, Andrea —le dije, y sé que pensó que sería la noche en que la llevaría a la cama y me dio cierta satisfacción ver que se llenaba de alegría al saber que podría estar conmigo.

Yo quería que se mantuviera a salvo, así que le pedí que reservara la noche para mí. Así estaría en alguna de las habitaciones, lejos del peligro. Pero no pasó así.

Por todo el Club se encontraban agentes vestidos de civil que habían estado frecuentando el lugar para pasar desapercibidos. *La Donna* estaba tomando y observando el show con los socios importantes y se disponían a ir al salón de reuniones cuando salí del Club para prepararme para el gran golpe.

—Todo está listo, Castelli —dijo uno de los hombres bajo mi mando mientras ajustaba mi chaleco antibalas y me colocaba el pasamontaña negro para cubrir mi identidad.

—Muy bien. Hagamos esto. Debemos ser cuidadosos para que nadie salga herido, pero sabemos que ellos van a defenderse. Vámonos y acabemos con estos malditos.

—Sí, señor.

Así lo hicimos. Un escuadrón de agentes de la INTERPOL, junto a oficiales locales, irrumpimos en el club. El caos inició. El personal de seguridad comenzó a disparar y hubo un fuego cruzado en el que civiles recibieron impactos de balas. Mi equipo y yo nos abrimos paso hacia el salón de reuniones y otro intercambio de disparos se llevó a cabo en cuanto Antoine nos vio aparecer. Éste hirió a uno de mis hombres en una pierna, pero cinco de nuestros disparos alcanzaron su cuerpo derribándolo. Pero otra batalla nos esperaba cuando Giordana y los socios comenzaron a defenderse.

El caos y las explosiones de disparos eran enloquecedores, pero nosotros éramos más y mejor entrenados, así que las fuerzas del enemigo se vieron reducidas y los disparos cesaron. Mi corazón se oprimió al entrar al salón con mi equipo y ver el arma de *la Donna* apuntando a Andrea en la sien.

Me acerqué hasta estar en medio de mis hombres y *la Donna*. Bajé mi arma. Sentía mucho temor de que algo le sucediera a ella, pero me sobrepuse a ello y me enfoqué en mi misión. Comencé a hablar con Giordana sin que me importara que reconociera mi voz.

—Señora, no hay manera de escapar. Todo el edificio está rodeado y sus hombres están muertos o apesados. Los hombres que están conmigo no dudaran en dispararle aunque sea necesario sacrificar a su rehén. Usted sabe qué es lo más conveniente, no se arriesgue.

Mientras hablaba con ella, Andrea sujetó el arma de Giordana y en el forcejeo *la Donna* apretó el gatillo y una descarga se liberó. Logré neutralizarla. Pero cuando me volteé para asegurarme de que Andrea estuviera bien, observé que manaba sangre de su vientre y la vi desplomarse en el suelo junto a mí. Dos de mis hombres se llevaron a *la Donna* esposada.

—¡Andrea! ¡Andrea! —la llamé desesperado mientras me quitaba el pasamontañas que cubría mi rostro.

—¿Marcello?—. Ella logró reconocermme, pero perdió la conciencia.

En este momento doy órdenes a mis hombres. Necesito con urgencia una ambulancia. Hago

presión en su herida intentando detener el flujo de sangre. Tengo miedo. Jamás me había sentido así. No quiero perderla. No quiero que su historia termine así.

Por primera vez me dejo sucumbir ante mis emociones y mis ojos se llenan de lágrimas. Mis hombres están perplejos pero sospechan que mi relación con aquella niña es cercana. Los paramédicos llegan y le dan primeros auxilios, la suben a una camilla y yo voy con ellos. Pero uno de mis hombres me detiene. Mi trabajo aún no ha terminado.

—Ella estará bien, señor —me dice con cierta mirada comprensiva.

Entro en razón. Aprieto con fuerza su mano y la dejo ir con la esperanza de que todo salga bien. A decir verdad, este es el momento más angustiante de mi vida. Me coloco el pasamontaña nuevamente y continuamos entrando habitación por habitación. En ellas encontramos diez mujeres con clientes, que se habían escondido al escuchar los disparos. También recorremos las habitaciones donde las tenían encerradas y sacamos quince más, entre ellas ocho menores de edad.

Procesamos todo y trasladamos a todos los involucrados. La policía se encarga de los peces pequeños, mientras que la INTERPOL se encarga de los grandes y entre ellos *la Donna*. Ella mantenía una cara seria, altanera, como si fuera intocable. Lo que ella no se imagina es toda la evidencia contra ella que está en nuestras manos gracias a Kenia, y que muchos de sus clubes nocturnos han sido sometidos y se han liberado a sus esclavas.

Al fin ha terminado esta noche. El sol ya empieza a iluminar. Ahora inicia un nuevo proceso, que es encerrar a *la Donna* y, por lo menos, a la mayoría de sus cómplices. También llevar a un lugar seguro a todas las víctimas y devolverlas a su lugar de origen. Después de varias horas, pude escaparme al hospital donde la habían llevado. Necesito estar con ella. Necesito saber si aún sigue con vida.

Tiempo de sanar

Día ciento veinticuatro

Mis ojos están pesados, se resisten a que los abra. ¿Qué ha pasado? Siento una enorme pesadez en mi cuerpo y la cabeza me da vueltas. Tengo recuerdos horribles, como de una pesadilla. Los disparos aún retumban en mis oídos. Al fin logro forzar mis ojos a que se abran y logro ver una figura borrosa a mi lado, que me observa sonriente. Debe ser un ángel y estoy en el cielo o tal vez un demonio y mi alma está desterrada en el infierno por todo lo que he hecho. Sin embargo, es agradable que los ángeles o los demonios tengan la cara de Marcello.

—¿Me he muerto? —pregunto arrastrando las palabras, pero mis oídos no escuchan salir la voz de mis labios.

—Andrea, al fin has despertado —me dice tomando mi mano.

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?—. Con dificultad miro a mi alrededor. Las paredes son blanco hueso y escucho el bip bip de una molesta máquina. Además, una de mis manos está atada a un suero y siento cierta molestia más debajo de mi ombligo.

—Estás en el hospital. Te dispararon y tuvieron que operarte de emergencia, pero todo ha salido bien, aunque sigues bajo los efectos de la anestesia. Has sido una chica muy fuerte.

—¿Qué pasó? ¿Por qué nos atacaron?—. Él ríe emocionado.

—Andrea, no nos atacaron. Esa noche hicimos un operativo. Soy agente encubierto de la INTERPOL. Mi nombre real es Alessandro Castelli. Durante tres años hemos estado detrás de Giordana. Kenia era una de nuestras informantes y la que más aportó en la investigación.

—¡Espera! ¿Qué me estás diciendo?—. Lo detengo y suelto su mano, no comprendo exactamente lo que está sucediendo. Sus palabras parecen sacadas de una película de James Bond —. ¿La INTERPOL? ¿Alessandro? ¿Kenia, una agente?

—Andrea... —arquea sus labios con ternura y comienza a explicarme otra vez.

Todo lo que me cuenta me parece inverosímil. Por tres años Alessandro Castelli acogió la identidad de Marcello Damiani, un traficante de mujeres asociado a *la Donna*. Trabajó duro, se vio obligado a realizar cosas en contra de sus principios, pero se ganó la confianza de *la Donna* y comenzó a tejer la trampa para esta malvada mujer y su marido.

Mi corazón late rápidamente al escuchar cada una de las palabras de Marcello o Alessandro o como se llame. Pienso en Kenia. Ella sigue ejecutando su venganza contra todos los que le habían arruinado la vida. Desde el lugar donde está ha de estar complacida y regocijándose junto a sus antepasados.

—Entonces, ¿quieres decir que soy libre? ¿Ya no tengo que volver al Club ni acostarme con nadie? ¿Estás seguro? ¿No me estás engañando?

—Todo es verdad, eres una mujer libre —continúa sonriéndome con sus dientes perfectos.

Aún no puedo creer que mi infierno haya terminado. No creo que sea posible que haya conseguido la libertad, que el yugo de la mano de Giordana ya no esté sobre mis hombros. Las cadenas que me ataban han desaparecido. No puedo evitarlo. Mis lágrimas salen de mis ojos como un manantial. Mi abdomen me duele horribilmente por mi llanto convulsionado, pero no importa ya que soy feliz. Mi alegría no tiene comparación y las lágrimas son mi mejor forma de expresarlo.

Cierro los ojos y agradezco aquella noche cuando los agentes entraron al club, agradezco haber

estado en el salón con Giordana y agradezco el disparo que hizo. *La Donna* había creado la mujer que era y ella misma la asesinó esa noche. Eva había dejado de existir para siempre. Eva ha muerto, dando paso a que renazca quien yo soy en verdad. Andrea ha vuelto a la vida.

Día ciento cuarenta

Han pasado varias semanas desde mis días en el infierno. Mi recuperación fue lenta pero ya estoy en pie. La bala atravesó uno de mis riñones dañándolo totalmente, la suerte es que puedo sobrevivir con uno, aunque debo tener un cuidado especial. Los doctores pudieron arreglar todo lo demás. Mi cuerpo sólo lleva una cicatriz que me recuerda el precio de mi libertad.

Después de salir del hospital me trasladaron a un refugio de personas víctimas de trata. Allí encontré a varias de las chicas del club y conocí a otras que habían escapado de otros lugares. Me pareció increíble la cantidad de dominicanas que encontré allí. El refugio estaba lleno de mujeres maltratadas y rotas, en cuyo rostro se reflejaba el dolor agudo de un sufrimiento profundo. Aquellas mujeres habían sido convertidas en despojo humano. Yo no había sido la única que habían engañado y me entristece que todavía haya personas como Giordana, Dominique y Antoine ejerciendo su reino del terror a miles y miles de mujeres.

Un grupo de religiosas de una organización a la que llaman *Talitha Kum* nos ofrecieron todo lo que necesitábamos y nos acompañaron, junto al personal del consulado, en el proceso legal de regresar a nuestros países y, en el caso de las que corrían riesgo con su retorno, les tramitaron visas permanentes y las ayudaron a insertarse nuevamente en la sociedad. Aunque la condición con la que entré a Francia me permitía la estadía en Europa por cinco años, mi único deseo era regresar. A través de la organización nos han dado asistencia psicológica.

No me gusta la terapia, me veo obligada a revivir mis tormentos, pero siento que me ayuda a aceptar mi nueva realidad, a aceptar mis heridas y dejar de sentirme como una basura que es indigna de amor y atención, y se alejen de mi mente los deseos de morir.

Debo sentirme muy agradecida, porque en todo momento Alessandro (me cuesta llamarlo por este nuevo nombre y de vez en cuando suelo llamarlo Marcello) ha estado conmigo y le ha dado seguimiento a mi caso. No me he sentido sola.

En unos días debo ir a declarar. Alessandro me dijo que grabarán mi testimonio, pero que ni mi rostro ni mi nombre real aparecerán en el video. Junto a mí un grupo de mujeres también darán su testimonio de los maltratos recibidos. En este momento, *la Donna* y muchos de sus cómplices y socios están en prisión a la espera de un juicio. Esta ha sido la redada más exitosa y en la que han atrapado a más criminales de esta índole. Alessandro está confiado en que todas las evidencias que tienen y los testimonios de todas las víctimas, incluyéndome a mí, son suficientes para darles muchos años detrás de las rejas sin posibilidades de volver a hacerle daño a otra persona.

Aún siento miedo. Muchas veces me despierto a mitad de la noche llena de pánico, perseguida por horribles pesadillas y atemorizada de que *la Donna* tome venganza de mí y mi familia, por ser una de las culpables de privarla de su libertad.

Alessandro nos visita constantemente en el refugio con la excusa de recolectar datos de nuestras experiencias en los diferentes lugares en los que nos tuvo Giordana. Pero la verdad es que en ocasiones pasa más tiempo conmigo hablándome de temas alegres que sobre mis infortunios. Sí, él me alegra la vida y mi existencia comienza a cobrar sentido gracias a él.

Siento que no me trata como objeto sexual, es más, nunca lo hizo. Siempre ha sido un caballero. Tampoco me trata como una persona maldita o marcada. Puedo percibir su respeto y aprecio hacia mí. Él me agrada mucho.

No contacté a mi madre inmediatamente. Sentía que estaba sucia y que mi madre no merecía saber en lo que se había convertido su hija. Me avergüenza mi pasado. Sin embargo, no era justo

que siguiera sufriendo por no saber el paradero de su única hija en tantos meses.

Su reacción no se hizo esperar. Las lágrimas y los lamentos fueron muy dolorosos para mí y me fue imposible contarle la verdad. Alessandro, en su calidad de agente de la Organización Internacional de Policía Criminal, fue quien le comunicó lo que me había pasado y le aseguró que la pesadilla había terminado, que yo estaba a salvo y que en cuanto fuera posible regresaría a su lado.

—¿Estás bien? —me pregunta en cuanto cuelgo la llamada.

—Lo estaré. Gracias por hablar con ella. La sentí más tranquila después de lo que le dijiste.

—Todo lo que le dije es cierto. Ya estás a salvo y yo me encargaré de que siempre sea así—. Me río por sus palabras. ¿Mantenerme siempre a salvo?

—Si tú quieres, sí—. Y toma mi mano con suavidad llevándola hacia sus labios.

Sentir su tierno beso, eriza mi piel y mi cara se torna roja. Retiro mi mano con rapidez. No quiero que nadie me toque y aunque siento el amor con que él lo hace, siento miedo. Ya no soy la misma. Una marca indeleble me hace diferente y desconfiada.

—Tranquila, Andrea. Sé que aún tus heridas están abiertas, pero yo quiero ayudarte a sanar y mostrarte que tú sigues siendo una mujer valiosa. No tienes nada de qué avergonzarte y sé que pronto te recuperarás y tendrás una vida normal—. Sonríe con sus dientes perfectos y continúa diciendo—: Ven conmigo, quiero mostrarte algo.

Juntos salimos a la calle y caminamos por la vía. El sol está por ocultarse y el cielo se pinta de naranja. Caminamos por unos minutos sobre la empedrada calle colina arriba. Estoy un poco cansada, pero él me ayuda a continuar. Llegamos a una escalinata y comenzamos a subir. Al terminar los peldaños me doy cuenta que es un mirador, desde donde se alcanza a ver gran parte de la ciudad de Roma: antigua, esplendorosa y brillante, casi sacada de una película.

Quedo maravillada al contemplar tal belleza. Siento el cálido brazo de Alessandro rodear mis hombros y percibo su mirada sobre mí. Sonríe y no puedo evitar sonreír junto con él. No siento miedo ni vergüenza. Me siento protegida y me permito ser dichosa. No todas las personas buscan dañar a otros. Aún hay gente que te mira y te toca el alma con sumo cuidado y respeto.

—No tengas miedo, Andrea. La pesadilla ha terminado. Dominique, Giordana y su gente te hicieron mucho daño, pero eso ha llegado a su fin. Aunque te hayan puesto un precio, no les perteneces. Ahora tú estás en la cima, desde donde tienes una perspectiva diferente de ti misma.

«Eres una mujer valiente, fuerte, digna y nada de lo que has vivido ha borrado el valor intrínseco que tienes. La INTERPOL no te ha hecho libre y mucho menos yo. Has sido tú quien lo ha hecho posible mostrando que esos criminales no han tenido el poder para destruirte. Te has convertido en un ejemplo para otras mujeres atrapadas en la misma situación».

Mis ojos se humedecen. Él tiene toda la razón. Aquellos monstruos me rompieron en mil pedazos, pero aún sigo en pie, y este es mi tiempo de reconstruirme, de sanar y levantar la frente en alto. No puedo cambiar mi pasado, pero sí aceptarlo y seguir adelante dando pasos firmes. No tengo control de mis sentimientos, pero sí de lo que hago con ellos y elijo creer en mí. Elijo vivir. La niñez se ha ido y soy una mujer nueva que abre sus alas para volar en libertad.

Testimonios

Día ciento cuarenta y cinco

El día de testificar contra *la Donna* ha llegado. Algunas de las chicas, por temor a represalias, no han querido acusar abiertamente a Giordana ni a ninguno de sus cómplices. Un minibús negro con una franja gris alrededor y rotulado a los costados con el nombre de *polizia*, llega al refugio. Cuatro de nosotras, con más miedo que deseos, nos subimos a él, en compañía de una de las hermanas, una psicóloga y la abogada que seguía nuestro caso.

Al llegar, inmediatamente me percato de la presencia de Alessandro esperando en la entrada de la jefatura. Nos da la bienvenida y dice unas palabras tanto en italiano como en español para hacernos sentir seguras. Acto seguido, nos guía a una sala, donde está previamente organizado como lugar de grabación. Nos acomodan en unas sillas y esperamos mientras terminan de preparar todo.

—Debo decirles —comienza a decirnos Alessandro— que ustedes son mujeres muy fuertes y valientes y que su testimonio ayudará enormemente a que los culpables de su sufrimiento obtengan lo que merecen. No tienen nada que temer, sus rostros no aparecerán en la grabación y tergiversaremos sus voces. Yo sé que hablar sobre lo que han pasado es muy difícil, así que si en algún momento quieren que nos detengamos, sólo tienen que pedirlo. ¿De acuerdo?

—Sí —contestamos con timidez.

Todo está preparado y la primera de nosotras es guiada hasta una silla frente a una cámara. Ella está nerviosa y transpira. Sus manos tiemblan pero está decidida a contar su historia. La luz roja se enciende y comienza la grabación.

Testimonio uno: «Rubí»

Pues hace cinco años yo era bailarina en un club nocturno en la Ciudad de México. No era prostituta, sólo bailaba para entretener y que me pagaran, ya que tengo tres chicos^[19] y tenía que alimentarlos y ser bailarina era la única chamba^[20] que había encontrado.

Una noche un hombre se acercó a mí y me dijo que yo era muy talentosa y que estaba desperdiciando mi vida en ese club. Me prometió que si dejaba que él fuera mi representante, haría de mí una estrella en Europa y que bailarían con artistas famosos en conciertos y grabarían video clips de sus canciones.

Dejé que me convenciera. Empezamos los trámites de mi visa y cuando estuvo listo me compré un pasaje a España. Me sentía tan feliz y mi familia estaba tan contenta de que mis sueños se hicieran realidad, que no vi las señales de alerta hasta que ya era muy tarde.

En España me llevaron a uno de los clubes propiedad de Dominique y me quitaron mis documentos. El nombre que me dieron fue Rubí y tenía que bailar y acostarme con los clientes. Como me resistía me pegaban hasta dejarme moribunda y cada vez que les apetecía abusaban de mí en grupo. Jamás voy a olvidar aquella vez que me negué a tener sexo anal con un cliente. Aquellos monstruos tomaron el palo de una escoba y... no puedo hablar de eso. Esas personas me hicieron mucho daño y no sentían el más mínimo peso de conciencia.

Nos movían de club y de país de vez en cuando y así es como terminé en el *Pleasure Club* de *la Donna*. El bar está en una zona muy mala de Roma, así que allí asistían toda clase de personas. Muchas chicas se enfermaban y eran desechadas como basura. No sabíamos lo que hacían con ellas. Sólo las veíamos atravesar la puerta con la guardiana y jamás las volvíamos a ver.

Testimonio dos: «Yvonne»

Yo no confío en nadie, ni siquiera en la policía. Accedí a hablar porque dejé que la hermana me convenciera. Todos me decían Yvonne y nací en un pequeño pueblecito de Francia. A diferencia de muchas, yo sabía que decirle que sí a aquel sujeto significaba que iba a prostituirme. Yo pensé «*C'est du gâteau*»^[21] porque le daría un poco de sexo a un hombre a cambio de mucho dinero para pagar los estudios de mis hermanos. Sin embargo, me habían prometido otro tipo de vida y me encontré con una realidad totalmente diferente.

Cada día nuestro proxeneta nos dispersaba por diferentes calles de París. Trabajábamos desde las diez de la mañana hasta la una de la madrugada y debía mantener relaciones con al menos treinta hombres para alcanzar la cuota diaria que nos exigían. Cuando no lo lograba me golpeaban con una cadena y me dejaban sin comer. Muchas veces traté de huir, pero constantemente éramos vigiladas y amenazaban con matarnos a nosotras o a nuestras familias.

Una vez una patrulla se detuvo frente a mí. Creí que era mi boleto de salida y sin dudar me subí en el vehículo. Sin embargo, aquellos policías sólo querían divertirse conmigo. Me llevaron a un callejón y abusaron de mí. Esa noche mi proxeneta me dio una golpiza por darle sexo gratis a aquellos policías.

Para mi mala o buena suerte quedé embarazada y eso enojó tanto a mis jefes que uno de ellos me pateó sin parar y me dejó tirada en la calle dándome por muerta. Cuando reaccioné estaba en un hospital y me habían hecho un legrado, pues los golpes me provocaron un aborto.

Testimonio tres: «Candy»

Vengo de una familia pobre de las calles de Chicago. Desde niña fui maltratada y abusada. Cuando tenía trece años un chico de veinte se acercó a mí y nos hicimos amigos. Me trataba muy bien y me llenaba de regalos. Me dijo que trabajaba para una compañía de modelaje italiana y que podía hablar con los dueños para que me contrataran y así sacarme de la situación en la que estaba. No lo dudé y una noche me escapé con él.

Me llevó a su departamento y mantuve relaciones sexuales con él. Yo estaba enamorada, él era mi salvavidas, hasta que supe cuáles eran sus planes conmigo. Al día siguiente me llevó a un estudio, donde me tomaron fotografías desnuda posando sola y junto a otros hombres. Sam me dijo que así era como probaban a las modelos y yo le creí.

Una semana después fui «contratada» por la compañía italiana y con ayuda de unos amigos de Sam, me falsificaron los documentos que necesitaba para viajar como mayor de edad. Me nombraron como Candy, pues Sam decía que era un dulce que todos querían probar.

Me recibió una mujer muy bonita llamada Giordana y me dijo que haría de mí una actriz famosa. A partir de entonces inició un nuevo infierno y muy tarde descubrí que se trataba de ser una actriz porno. Me obligaron a mantener relaciones sexuales con hombres y mujeres, y me forzaron a hacer las cosas más deplorables delante de una cámara de video y si me negaba me pegaban o me encadenaban en una cama para que todo el que quisiera se aprovechara de mí.

Yo no era la única. Había otras mujeres encerradas conmigo en aquella casa. Cuando no estábamos grabando nos llevaban a fiestas privadas de personas con mucho dinero y esa gente hacía lo que quería con nosotras. Durante cinco años estuve en manos de ellos hasta que allanaron la casa y nos liberaron. Lo único que quiero es que los culpables paguen y que no sea como otra de esas veces en que el que tiene dinero y poder consigue lo que quiere.



No fue sencillo y en ocasiones fue necesario detener la grabación. Hablar sobre eso, era como echarle vinagre a una herida que aún seguía abierta y que dolía. Escuchar el testimonio de aquellas mujeres era extremadamente doloroso y si yo misma no hubiese estado envuelta en una situación como esa no lo hubiera creído. ¿Cómo es posible que existan personas capaces de usar a otro ser humano como objeto para enriquecerse?

La trata de personas es una forma de esclavitud moderna y uno de los crímenes más lucrativos. Día a día somos testigos pasivos de este mal en el mundo y ¿Qué hacemos para ponerle un alto?

De vuelta a casa

Día ciento cincuenta

Aeropuerto Internacional de las Américas, Santo Domingo, República Dominicana.

Son las 5:00 p.m. y el avión sobrevuela cerca de la pista de aterrizaje. Miro por la ventana y se me hace un nudo en la garganta. Ahí está mi tierra, mi patria, cubierta de sol y playa, la que una vez desprecié y le recriminé no ser suficiente para mí.

La nostalgia me inunda y tomo aire e intento calmar mis nervios. En pocos minutos el avión toca el suelo con sus ruedas. Ya estoy aquí. Mi corazón palpita con rapidez y tengo dudas. ¿Cómo me recibirán? ¿Qué dirán de mí? ¿Me perseguirá hasta la muerte la marca de lo ocurrido?

La muchacha que viene a mi lado me mira con los ojos llenos de lágrimas. Su nombre es Teresa y vivió en el mismo infierno que yo durante dos años, pero con otro amo. Sujeto su mano con fuerza y nos damos valor mutuamente. Tomadas de la mano atravesamos el pasillo, que une al avión del aeropuerto y caminamos con el grupo de personas rumbo a migración.

Mi corazón da un salto al escuchar la alegre música que despiden las bocinas incrustadas en las paredes. Mi querido merengue, mi espíritu danza al ritmo de tus tambores. El bullicio de la gente, alegre por regresar, me anima y reconforta. Cuánto amo aquel acento cantado del español de mi patria y el calor humano de mi gente.

La fila de migración es bastante larga, pero una de las azafatas nos lleva con dos mujeres que dicen ser representantes del CIPROM^[22]. Una de ellas es del Ministerio Público y la otra es una religiosa de las Oblatas del Santísimo Redentor que trabaja con mujeres como nosotras. Ellas nos dan la bienvenida y nos cuentan sobre las organizaciones que representan mientras nos hacen pasar por el área de diplomáticos. Luego nos llevan a una pequeña oficina donde toman nuestros datos y nos indican los lugares a los que debemos ir para una asistencia profunda y personalizada, en el que nos ayudarán a reintegrarnos a la sociedad. Además, nos acompañarán de regreso a nuestras respectivas casas.

—Imagino que están ansiosas por ver a sus familiares —dice la religiosa—. Síganlos, ellos los están esperando. Debo recordarles que no deben tener miedo, ya están a salvo y sus familias están contentas de que hayan regresado.

Nos dejamos guiar por estas buenas mujeres, que nos llevan a una sala de espera. Desde que entramos puedo verla sentada en una silla. Luce cansada y con surcos en las mejillas de tanto llorar. Su rostro se ilumina al verme aparecer. Su reacción no se hace esperar. Se levanta de su asiento con el corazón en la boca. Corre, tan rápido como sus pies le permiten, con los brazos abiertos.

Mi corazón se acelera y las lágrimas se desbordan de nuestros ojos de forma instantánea. Corro hacia ella y la atrapo en un abrazo. Nuestras almas están llenas de sentimientos y sólo el llanto es capaz de explicar lo que pasa dentro.

—Mi hija, mi hija... —repite sin soltarme.

—Mami ¿Por qué no te hice caso? Perdóname —las palabras salen entrecortadas de mi boca. El arrepentimiento y la vergüenza quieren tomar posesión de mí, pero el amor de mi madre me arropa y siento que todo estará bien.

—Mi hija, lo importante es que estás viva y ya estás aquí conmigo, gracias a Dios y la Virgen de la Altagracia que te cuidaron. Yo oraba todos los días por ti.

Lo que ocurre en esa sala conmueve a las dos mujeres que nos acompañan. Ambas limpian la expresión de su emoción de sus rostros. El esposo y los dos hijos de Teresa la abrazan con fuerza en un mar de llanto. La alegría rebosa nuestros corazones. Al fin estamos en casa e inicia para nosotras un nuevo camino hacia la recuperación.

Epílogo

Muchos días después...

El tiempo pasa veloz. Han pasado diez años desde mi experiencia en Europa. La Andrea de hoy es diferente a la de años atrás. Me he redescubierto como persona y como mujer. Fue difícil lograr lo que hoy soy. Por mucho tiempo el deseo de terminar con mi vida me dominó. No obstante, con el apoyo recibido y mis deseos de superación, he conseguido levantarme. Sigo teniendo pesadillas de aquellos días y, muchas veces, me muestro desconfiada; pero soy más fuerte que los demonios de mi pasado y estos no me impiden seguir adelante y tener una vida plena.

Terminé mi carrera de Psicología Clínica y me especialicé en terapia familiar. Me he convertido en una activista contra la trata de personas y dirijo una fundación que invierte recursos contra este mal en el mundo. Tal vez no podamos erradicar este veneno del todo, pero con nuestro esfuerzo, más y más personas se sensibilizan ante este complejo tema. El primer lugar donde inicié esta labor fue en mi propio barrio, donde día a día mujeres y niños son arrastrados a vivir una vida miserable, ante los ojos ciegos de la justicia y de una sociedad que voltea la cara y peca de omisión.

Doy conferencias en escuelas y universidades para que los chicos y chicas tomen conciencia, estén alerta de las señales de peligro y eviten caer en la trampa. Ya comprendo la frase de la monjita que vive en mi barrio. Cuando las personas tienen acceso a la educación, tienen las armas para empoderarse de su vida y salir adelante. Yo tuve que aprenderlo viviendo en un infierno y fui marcada por las secuelas de todo lo sufrido. Me engañaron cruelmente y quiero ayudar para que otros no sufran lo mismo.

Alessandro es un pilar en mi vida y me mostró que en el mundo también hay personas capaces de amar; además, colaboró para que la fundación tuviera alcance internacional en conjunto con otras organizaciones sin fines de lucro. A los dos nos une un gran amor y el objetivo de hacer de este mundo un lugar mejor.

La Donna y sus cómplices fueron enjuiciados y condenados de por vida, y a todas sus víctimas conocidas se les dio una indemnización por los daños psicológicos y físicos recibidos por esta organización criminal. Sin embargo, aún hay mucho trabajo por hacer, pues un demonio cae y otros se levantan.

Por otro lado, un día me enteré que habían encontrado el cuerpo sin vida de Julia, quien había sido asesinada por los mismos a quienes servía. Sentí lástima por ella, pues su ambición la había cegado y dejó que los hilos de la oscura mafia la manipularan a su antojo, pasando de ser víctima a victimaria.

Yo corrí con mejor suerte, pues son pocas las que logran sobrevivir. Ellos le pusieron un precio a mi cuerpo, me dieron otra vida, me quitaron mi nombre, mi dignidad, me rompieron en mil pedazos y me proporcionaron un oficio deshumanizante, pero ahí no quedó todo. Hoy puedo decir que aquel día que me dispararon y fui libre de las garras de la esclavitud, fue cuando realmente comenzó mi nueva vida.

Hablemos de Trata de Personas

Más de 12 millones de personas son víctimas de trata de personas en el mundo. Dos de cada tres víctimas son menores de 12 años, una de cada tres víctimas son niñas entre los 15 y 18 años de edad. En el 2016 Europol descubrió que al menos 10 mil niños que viajaban a Europa desaparecieron y se han identificado víctimas de trata de 152 nacionalidades de 124 países del mundo^[23].

La trata de personas es considerada como una forma de esclavitud moderna. En ella la persona pierde su libertad, mientras que otros se creen los dueños de ese ser humano y es considerado como un crimen en casi todos los países del mundo. Según las leyes dominicanas, quienes comenten este tipo de crimen pueden ser condenados de 15 a 20 años de prisión.

Existen diversos factores que llevan a la persona a ser víctima de trata, la realidad de desigualdad que vive la sociedad, la pobreza, las situaciones de crisis económicas, las guerras en algunos países y los desastres naturales, coloca a las personas en situaciones de vulnerabilidad. Esa misma vulnerabilidad los lleva a caer en manos de mercenarios que se aprovechan de las crisis y las necesidades para lograr sus objetivos.

La República Dominicana es un país de origen, tránsito y destino de trata y tráfico de persona. “Es uno de los países de mayor expulsión de mujeres víctimas de trata: de 276 países y territorios existentes en la actualidad, se ha verificado por lo menos la presencia de dominicanas traficadas, tratadas, o involucradas en el comercio sexual en 66 (23.91%) de ellos” (OBMICA tomado de UNFPA, 2013).

La antropóloga Tahira Vargas afirma que las mujeres víctimas de trata tienden a pertenecer a un contexto socio-económico de pobreza y vulnerabilidad en las que sus familias están insertas en el sector informal o inestabilidad laboral, esta situación genera una tendencia a la desesperanza y a ver el país con pocas opciones para su desarrollo y para una mejora de su calidad de vida. De ahí que la migración es la gran expectativa de cambio en las mujeres y en sus familias. (OBSERVATORIO MIGRANTES DEL CARIBE- OBMICA, 2011).

En la mayoría de las víctimas, los tratantes son personas vinculadas a sus familias, a la vecindad, es decir, que son personas que generan cierta confianza. La mayoría de las víctimas de trata son personas de bajo nivel educativo y tienen muy poca orientación e información de la realidad social de la migración y de la trata de mujeres. Casi nunca indagan sobre la oferta de trabajo que les hacen sus conquistadores, no hay contratos ni ningún tipo de información que avale la oferta laboral. Una vez son captadas ocultan sus actividades a sus familiares y estas desconocen la realidad en que viven en el país de destino.

En la mayoría de los casos las víctimas no tienen conciencia de haber sido víctimas de violación de sus derechos ni de la magnitud de esta transgresión que sufrieron. Esta poca conciencia de sus derechos y su situación las convierte en vulnerables de ser engañadas.

Existe gran complicidad de las personas tratantes con personas de poder. Las redes de trata están interconectadas en diversos países del mundo y muchas veces es muy difícil identificar quiénes son los verdaderos líderes del negocio. Los estados deben actuar con diligencia para prevenir y combatir la trata de personas, garantizando así los derechos humanos de las víctimas de

trata.

De acuerdo con el informe del Latino barómetro 2018, en República Dominicana el 53% de los ciudadanos dicen que se irían a otro país. Según los datos de ese estudio, la República Dominicana está al mismo nivel de Venezuela, país que está pasando por una grave crisis económica desde hace varios años. En el 2017 la Gallup también realizó un estudio en el cual se revelaba que el 49% de la población adulta desea emigrar del país. Es en ese espíritu del deseo de salir del país, de emigrar, que muchos jóvenes, especialmente mujeres, se ven envueltas en redes de trata y tráfico de personas.

«El Precio de Andrea» es una novela que trae la ficción a una realidad muy latente en nuestra sociedad. En ella se relata la dura realidad de una joven dominicana que va detrás del sueño en el extranjero, quien es orientada y acompañada por una querida vecina y amiga de toda la vida. En esta obra podrás con facilidad identificarte no sólo con el deseo del progreso y de viajar que tiene la mayoría de la población, sino también con el engaño, los abusos y la lucha por sobrevivir de Andrea.

Que «El Precio de Andrea» no sea una novela más de estas que se leen y quedan en el estante, que esta se convierta en una gran herramienta para concientizar a la población, especialmente a las jóvenes, sobre los peligros que traen las ofertas engañosas de viaje. Que la misma sirva para orientar a las familias, pero que sobre todo sirva para que cada lector decida actuar en contra de este tipo de crimen que sigue afectando nuestra sociedad y denigrando a la persona convirtiéndola en mercancía.

Mis felicitaciones a Eridania Reinoso por este gran trabajo, por la pasión y la claridad con la cual nos transmite esta maravillosa historia. Es un tema que no suele generar mucho interés entre los jóvenes escritores, pues no es un tema trivial que atraiga a muchos lectores. Sin embargo, este trabajo ha sido maravilloso y espero que el mismo sirva para abrir y continuar el diálogo que es necesario sostener sobre esta problemática que nos afecta a tantos niveles.

Ana Belique
Socióloga y Activista Social en DDHH

Acerca de la Autora



Eridania Josefina Reinoso Reinoso nació el 23 de octubre del 1988 en San Pedro de Macorís, Rep. Dominicana. Sus padres son los señores Francisco y Josefina Reinoso, y es la mayor de tres hermanos. Desde muy temprana edad manifestó su interés por la lectura, participando en las Olimpiadas de Lectura realizadas por el Ministerio de Educación. El amor por el mundo de las letras la empujaron a escribir y de ahí nacieron diferentes cuentos y novelas.

Eridania es licenciada en Educación Básica, egresada del ISFODOSU y actualmente se desempeña como docente en la Escuela Santa María del Proyecto Esperanza de Barrio Blanco. Es estudiante de término de la carrera de Psicología Clínica en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Ha realizado diplomados en Modificación de la Conducta y Disfunciones del Aprendizaje en ISPE y estudios de teología e inglés en el Saint John Vianney College Seminary en Miami, Fl.

Ha autopublicado en la plataforma digital Litnet dos novelas tituladas «Divina Tentación» y «Crónicas Épicas: Leandra». «El Precio de Andrea» es la primera que publica en papel y quiere ser un aporte a favor de la concientización y lucha contra la trata de personas.

Bibliografía

1. Decreto 97-99 que crea el CIPROM.
2. Informe «The Globalization of Crime, A Transnational Organized Crime Threat Assessment». Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC), 2010.
3. Ley 137-03 sobre el tráfico ilícito de migrantes y trata de personas.

Webgrafia

1. Redacción Aciprensa (6 de junio de 2017) <https://www.aciprensa.com/noticias/5-crudos-testimonios-que-prueban-la-relacion-entre-pornografia-y-trata-de-personas-56179>
2. Redacción Aciprensa (11 de abril de 2019)

<https://www.aciprensa.com/noticias/el-papa-pide-que-se-considere-la-trata-de-personas-como-crimen-de-lesa-humanidad-63781>

[1] Sirvienta

[2] Universidad Autónoma de Santo Domingo

[3] Persona de piel clara y pelo muy rizado.

[4] Ella es Andrea

[5] Mi amor.

[6] Cariño.

[7] Puedes irte.

[8] ¿A dónde vas, mi amor?

[9] ¿Quién es ella?

[10] Gallo al vino, plato típico francés.

[11] Plato hecho con papas.

[12] Hola, ¿cómo estás?

[13] ¡Todo bien! ¡Muchas gracias!

[14] Buenos días, mi amor.

[15] Expresión de sorpresa, equivalente a ¡Caramba!, ¡caray! En ocasiones con connotación sexual.

[16] Prostitutas.

[17] Amor mío.

[18] Club nocturno Estrella

[19] Hijos.

[20] Trabajo.

[21] Es pan comido.

[22] Comité Internacional de Protección a la Mujer Migrante

[23] Datos de: ONU-UNODC